

ESADE



Quinta jornada de reflexión y debate

El liderazgo en tiempos de crisis

La gobernanza de la geopolítica global

Una agenda de cambio económico y social

Cátedra Liderazgo**S** y Gobernanza Democrática

Monasterio de Sant Benet de Bages,
27 y 28 de septiembre de 2010

SANT BENET V

LIDERAZGO EN TIEMPOS DE CRISIS

Transcripción editada de la quinta jornada de reflexión
y debate en Sant Benet de Bages,
27 y 28 de septiembre de 2010

Lugar de publicación: Barcelona
Edición: Cátedra LiderazgoS y Gobernanza Democrática
Año de edición: 2011

En el marco universitario mundial, con frecuencia se da un trato diferencial y específico al estudio de algunos temas que destacan por la importancia de su contenido o por su relevancia pública. En estos casos, una de las opciones preferentes y con mayor prestigio es la creación de una cátedra. Entendemos, pues, que se trata de una unidad académica de excelencia.

La Cátedra LiderazgoS y Gobernanza Democrática de ESADE se propone desarrollar un programa que promueva la profundización de los interrogantes que se plantean en torno de esta temática. La Cátedra tiene la vocación de promover un foro de diálogo permanente entre las organizaciones (empresas, administraciones, ONG) y los actores (empresarios, directivos, representantes políticos, sociales, cívicos, sindicales, etc.) que actualmente asumen, de forma responsable y comprometida, los retos y desafíos que comporta gobernar un mundo a la vez global y local. Asimismo, quiere asumir el reto de estudiar y promover formas innovadoras de liderazgo adecuadas a nuestros entornos complejos.

Son promotores de la Cátedra:



ESADE
Business School

Executive Education

SUMARIO

- 7 **Bienvenida y apertura de la sesión**
Pedro Fontana, Manel Rossell, Eugènia Bieto,
Adolf Todó, Jordi Pujol y Felipe González
- 19 **Tiempos de crisis: la gobernanza de la
geopolítica global. Ponencias inaugurales**
Javier Solana y Enrique Iglesias
- 35 **Tiempos de crisis: la gobernanza
de la geopolítica global. Coloquio**
Primera réplica: Felipe González, Antonio
Garrigues Walker, Antoni Castells y Jordi Pujol
- 97 **Tiempos de crisis: una agenda de cambio
económico y social. La reforma del estado
del bienestar**
Ramon Jáuregui y Eugenio Recio
- 137 **Tiempos de crisis: una agenda de cambio
económico y social. La reforma de la
administración pública**
Francisco Longo y Elena Pisonero
- 163 **Clausura**
Eugènia Bieto y Jordi Pujol



BIENVENIDA Y APERTURA DE LA SESIÓN

Pedro Fontana

Bona tarda, muy buenas tardes a todos, *benvinguts a Sant Benet*.

En primer lugar, quisiera agradecer a todos vuestra asistencia a esta V Jornada de Sant Benet. Quisiera agradecer especialmente a la Fundació Caixa Manresa y a su presidente, Manel Rosell, la hospitalidad y patrocinio de la jornada, así como a CatalunyaCaixa y a su director general, Adolf Todó, su decidido apoyo a las Jornadas de Sant Benet.

Estas jornadas, que ya han llegado a su quinta edición, son un referente entre los foros de reflexión y debate de nuestro país y se consolidan con cada edición como una cita obligada para académicos, políticos y empresarios que quieren debatir sobre liderazgo. Desde ESADE, estamos muy satisfechos de haber impulsado estas jornadas, en su inicio, conjuntamente con Caixa Manresa.

En la presente edición, vamos a abordar un tema de máxima importancia como es el liderazgo en tiempos de crisis. Trataremos tanto de la crisis global como de la crisis local. Hoy nos dedicaremos a discutir cuáles son los nuevos escenarios que presenta la geopolítica, así como los requisitos necesarios para liderar la gobernanza global. Contaremos, para ello, con valiosísimos ponentes. Mañana, los académicos nos propondrán que seamos capaces de elaborar una agenda del cambio económico y social que contribuya a la salida de la crisis.

Quiero felicitar a los componentes de la Cátedra LiderazgoS y Gobernanza Democrática y, en particular, al su titular, el *Molt Honorable* Jordi Pujol, por su tarea a lo largo de todo el curso y también por el esfuerzo que supone organizar estas jornadas, cada edición de las cuales mejora la anterior y logra reunir, en este magnífico lugar, a destacados líderes políticos, empresarios y académicos.

Teniendo en cuenta que en nuestra casa, en ESADE, ha habido cambios importantes, quiero agradecer públicamente la magnífica labor realizada por Carlos Losada, como director general de ESADE, en los últimos diez años, que ha situado ESADE entre las mejores escuelas de negocios del mundo y siempre ha mantenido un decidido apoyo a estas jornadas. Muchas gracias, Carlos.

Y, por supuesto, dar la bienvenida a estas jornadas, en su calidad de directora general, a Eugenia Bieto. La doctora Eugenia Bieto tomó posesión de su cargo como directora general el pasado 1 de septiembre. Quiero aprovechar para deseárselo los mayores éxitos al frente de esta casa. Estoy seguro de que lo conseguirá, de que conseguirá grandes logros al frente de la escuela y de que seguiremos contando con su apoyo a las jornadas de Sant Benet.

A todos vosotros, os agradezco la asistencia y os deseo que los debates y las reflexiones que aquí tengamos sean muy fructíferos. Muchas gracias.

Manel Rosell

Bona tarda a tothom, benvinguts a Món Sant Benet, benvinguts al Bages.

Como presidente de la Fundació Caixa Manresa y, especialmente en esta edición, como vicepresidente primero de CatalunyaCaixa, es para mí una gran satisfacción darles la bienvenida a esta V Jornada de reflexión y debate, en un espacio tan emblemático para nosotros como es Món Sant Benet.

Hace ahora un año, en este mismo espacio, y en mi intervención de bienvenida, les expliqué mi preocupación sobre la reforma de las cajas que, en aquel momento, veíamos difusa y con demasiadas sombras. La reforma se ha llevado a cabo. Reflexionaba entonces, si lo recuerdan algunos de ustedes, que solo con mucho liderazgo podría ser



posible impulsarla. Y acabé mi intervención con el siguiente párrafo: «La falta de objetivos y de líderes puede alterar el futuro de unas instituciones clave para el desarrollo de nuestro país y, lamentablemente, no nos lo podemos permitir.»

Un año más tarde, el proceso ha evolucionado mucho, muchísimo, hasta encarrilarse sólidamente. Pero no todos los procesos han tenido la misma intensidad ni han conseguido un final acertado. Estoy convencido de que la diferencia entre los procesos que conseguirán el éxito –y el nuestro, no lo duden, es uno de ellos– y los que no lo conseguirán está en el liderazgo ejercido desde cada una de las instituciones implicadas. Los liderazgos internos de las cajas, aun siendo necesarios, no eran suficientes; era imprescindible un liderazgo fuerte de las instituciones clave en todo este proceso de concentración para que finalmente se produjera. Se necesitaba un liderazgo claro, y lo ha ejercido el

propio Banco de España, con el que hemos tenido muchas divergencias, y un liderazgo claro del *consejero* de Economía, que, de forma impecable, ha sabido dirigir el proceso con discreción.

Por esta razón, me apetece reconocer que este complejo proceso es un ejemplo claro de liderazgo, a diferentes niveles: institucionales, personales, buenos y no tan buenos e, incluso, algunos son tóxicos. Si lo analizan, verán que el éxito del proceso se debe a que los que han ejercido de líderes tenían claro cuál era el modelo, tenían visión de futuro y unos objetivos concretos y, a menudo, honestos.

Me apetece recordarlo, porque estas jornadas, el año pasado, me hicieron reflexionar sobre todo el proceso, y salí de aquí con unas ideas mucho más claras. Y de esto se trata, de estar con ustedes, reflexionar, aprender, y así cumplir uno de los objetivos de la Cátedra: transmitir conocimiento.



Quisiera acabar expresando un agradecimiento inmenso, muy especialmente, a ESADE, un año más, por su implicación y su compromiso, su saber hacer y su generosidad para compartir todo su conocimiento aquí. Y, a todos ustedes, les agradezco su participación, aportaciones y complicidad en este proyecto.

Nada más. Bienvenidos de nuevo a Món Sant Benet.

Eugenia Bieto

Es para mí un enorme placer darles la bienvenida, junto con el presidente del Patronato de la Fundación ESADE, Pedro Fontana, a esta V edición de las Jornadas de Sant Benet. Este, prácticamente, es mi primer acto público como directora general de ESADE. En las cuatro anteriores ediciones, en esta mesa, en este sitio, estaba sentado Carlos Losada. Carlos fue un gran impulsor de estas jor-

nadas y, por tanto, yo me siento muy honrada de poder recoger esta herencia.

En la primera edición –yo he asistido a todas ellas– éramos un grupo de treinta personas. Este magnífico edificio no estaba acabado. Hicimos la reunión en un edificio provisional, pero entonces ya vimos la gran potencia que podían tener estas jornadas.

Año tras año han ido creciendo y hoy podemos decir que hemos llegado a una exitosa convocatoria en la que estamos más de cien personas preparadas para debatir sobre algo que la Cátedra LiderazgoS y Gobernanza Democrática de ESADE ha intentado promover siempre: el debate y la investigación alrededor de todas las dimensiones que tiene el liderazgo, sea este liderazgo empresarial, político o social. A lo largo de estas jornadas, se han tratado diferentes ámbitos de liderazgo, pero, por el momento en el que se organiza, por los gran-



des retos que tiene la sociedad y la economía, creo que en esta jornada vamos a asistir a unos debates sumamente interesantes.

Quisiera agradecer, una vez más, la presencia de todos ustedes. Espero que tengamos una jornada –tanto esta tarde como mañana– rica, de la que podamos sacar buenas conclusiones. Y también muchísimas gracias a la Cátedra LiderazgoS Gobernanza Democrática por seguir organizando este tipo de encuentros.

Adolf Todó

Buenas tardes a todos. Estoy muy contento de estar un año más aquí, en este magnífico escenario que es Món Sant Benet, en esta V jornada –ya consolidada– que organiza ESADE, con la colaboración de CatalunyaCaixa. Aún me acuerdo de la

primera edición, en la que éramos menos, y celebramos esta reunión en un edificio provisional, pero solemne –de hecho, era en la iglesia, que era lo único que estaba en funcionamiento, porque todo estaba en obras–; seguramente, algunos de vosotros también lo recordaréis.

Hoy y mañana parece ser que tenemos que hablar de «Liderazgos en tiempos de crisis». Hace pocas semanas, Josep M. Lozano y Àngel Castiñeira escribieron un magnífico artículo en *La Vanguardia* en el que nos decían que, en tiempos de crisis, los líderes deberían frecuentar más los monasterios y menos los gimnasios. Parece ser que, al menos en este aspecto, les hemos hecho caso: estamos aquí, en este magnífico monasterio, en un espléndido marco, ideal para la reflexión. Sin embargo, a veces me pregunto, puesto que ya estamos en la V edición de estas jornadas, si no deberíamos ir un poquito más allá y pasar de la reflexión a una cierta acción.



Tagore decía que no es suficiente con mirar el mar para atravesarlo; de hecho, para atravesarlo, hay que lanzarse al agua y mojarse. En este sentido, me atrevería a proponerles que considerásemos la posibilidad, en esta edición o en sucesivas, de mojarnos un poco como colectivo. ¿Cómo hacerlo? Pues encontrando un común denominador en las ideas, los valores y las actitudes, el famoso IVA del *president* Pujol, con el que todos nos sintiéramos cómodos, y que pudiéramos proponer como el necesario para que, cuando salgamos de esta crisis, salgamos reforzados.

La verdad es que, si fuéramos capaces de hacer algo así como el «manifiesto de Sant Benet», y nos atreviésemos a firmarlo todos, quizás tendría un cierto interés. Y sería, por supuesto, una manera de pasar de la reflexión, que está bien y es necesaria, a una cierta acción. Quizás esta sea una propuesta que en estos momentos les puede parecer

descabellada, atrevida, y tampoco estoy seguro de que sirviera de mucho. En cualquier caso, no haría ningún mal, pienso yo.

Gracias, un año más, por estar aquí y gracias por toda vuestra atención. Gracias.

Àngel Castiñeira

Buenas tardes a todos. Soy Àngel Castiñeira, coordinador académico de la Cátedra, y os quería dar las gracias y la bienvenida en nombre de todos los organizadores de este acto, que, aunque parece sencillo, es complejo, sobre todo por convocar a personas tan importantes y con tantos compromisos. Por tanto, de antemano, muchísimas gracias por vuestra confianza.

En breves momentos voy a explicaros cómo vamos a proceder en la sesión de esta tarde. Y mañana

por la mañana, después del desayuno, volveré a intervenir para recordaros cómo lo haremos durante toda la sesión de la mañana.

Esta sesión, que realiza la función de inauguración de la jornada, va a ceñirse a una reflexión sobre «La gobernanza de la geopolítica global». Un tema que nos obliga –podríamos decirlo así– a mirar desde dentro hacia fuera. A saber qué está ocurriendo y a plantearnos, como actores, en qué podemos contribuir; en un mundo que está en cambio; un mundo, en algunos aspectos, desordenado o inestable.

Contaremos, para ello, con unos ponentes iniciales de primera magnitud. Va a hacer la apertura el *president* Pujol, como ya es habitual en todas las jornadas. Inmediatamente después, habrá dos intervenciones de peso: por un lado, nuestro amigo y colega Javier Solana, que prácticamente también estrena centro, el Center for Global Economy and Geopolitics de ESADE, que ha sido responsable de Seguridad y de Asuntos Exteriores de la Unión Europea durante muchos años y que, por tanto, ha tenido una mirada privilegiada sobre el mundo. Y, por otro lado, otro gran amigo de la Cátedra, al cual ahora hacía tiempo que no veíamos pero que estuvo en su inauguración y nos acompañó también como miembro del Consejo Asesor, que es Enrique Iglesias, secretario general de la Cumbre Iberoamericana, que seguramente también puede tener un punto de vista privilegiado sobre estos cambios del entorno geopolítico, al menos desde el continente americano.

Inmediatamente después vamos a iniciar un coloquio. Vamos a dar una primera palabra a los ex presidentes Jordi Pujol y Felipe González. A Felipe González quisiera también agradecerle de nuevo, especialmente, su asistencia: «Presidente, muchísimas gracias por contar contigo.» Y también a Antonio Garrigues Walker y al *conseller* Antoni Castells. A Antonio Garrigues Walker, que es también un asiduo de la Cátedra y al *conseller* Antoni Castells, que nos acompaña por segunda vez.

Después de estas intervenciones, moderaré el coloquio con todos vosotros, hasta aproximadamente las ocho y media, momento en el que haremos una primera pausa para caminar hasta el recinto donde vamos a realizar la cena, que está a pocos metros de aquí. Cenaremos y, durante los postres, iniciaremos de nuevo el coloquio hasta una hora que nos parezca prudente.

Este sería el orden del día para la jornada de esta tarde-noche. Una jornada, sin duda alguna, cargada, densa, pero también con el privilegio de poder escuchar voces enormemente sabias sobre, no solo cuál es la situación de la gobernanza global hoy en día, sino cuáles podrían ser algunos de los instrumentos para mejorarla.

Por mi parte, nada más. De nuevo, daros la bienvenida y el agradecimiento por vuestra confianza. Paso la palabra al *president* Pujol, que hará la apertura oficial del acto. *President*, cuando quiera.

Jordi Pujol

Brevemente, porque de lo que se trata es de que los ponentes hablen más largo y tendido.

Ustedes ya han visto de lo que vamos a hablar: nada menos que de si Occidente realmente está perdiendo peso en el mundo, por ejemplo. Por cierto, recuerdo que Solana, en una intervención que tuvo en ESADE no hace mucho, dijo algo importante: «En el mundo está habiendo una desoccidentalización, no solamente desde el punto de vista del peso demográfico, del peso económico y, en cierto sentido, del peso político, sino también desde el punto de vista de los valores.» Había unos valores occidentales que en algún momento había parecido que iban a ser universales –y que, en realidad, creo que lo son más de lo que parece–, pero que estaban en una cierta situación de crisis. Por tanto, estamos perdiendo –Occidente, nosotros– peso en el mundo. O bien, miren ustedes, esta otra pregunta: ¿Cuál



puede ser el papel de Europa en este nuevo mapa geoestratégico mundial? O bien: ¿Los países emergentes son un contrapeso real de las superpotencias? O bien: ¿Cómo se ha de conjugar la tensión entre competencia y cooperación en el mundo actual? Y algunos temas más por el estilo. Por tanto, aquí hay mucho que hacer, mucho de qué hablar.

Lo que pasa es que alguien me preguntaba: «¿qué es el liderazgo global? ¿Y por qué os preocupáis tanto del liderazgo global?» Esta persona en cuestión pensaba que donde no tenemos liderazgo es aquí. Cuando decía *aquí*, yo deduje que tanto se podía referir a Cataluña, como a España, como a Europa. Hablamos del liderazgo global cuando resulta que nosotros no tenemos un liderazgo adecuado, por ejemplo, en Europa, según él. Yo le dije: «Mira, pues es verdad que los que nos reunimos ahí, con algunas excepciones, como podrían ser Felipe González, Javier Solana y algunos más, poco podemos influir a escala internacional de forma realmente importante; poco podemos liderar.» Pero, de todas formas,

vale la pena que esto se haga, por diversas razones. Voy a decir dos, por las cuales vale la pena, desde una perspectiva española y, sobre todo, también desde una perspectiva particularmente catalana.

Primer punto: siempre hemos querido saber cómo iba el mundo. En la política catalana y en la sociedad catalana hay siempre un componente -lógicamente y necesariamente- identitario muy importante. Esto nos obliga a hacer un esfuerzo de complementación de este componente identitario y de abrirnos al mundo. Los países tienen dos formas de morir -tienen muchas más-: por dilución, porque te echan en una gran piscina y no sabes nadar y te diluyes; o bien por ahogo, porque el país se protege tanto, se encierra tanto en sí mismo, que termina ahogándose. Por tanto, hay que procurar no diluirse en la gran piscina que es el mundo, y para eso también sirven las identidades; pero, además, hay que evitar que, por miedo, por exceso de prudencia; en fin, por una sensación de incapacidad para enfrentarse con los grandes problemas

y con las grandes magnitudes, nos vayamos cerrando y terminemos nosotros mismos, por así decirlo, ahogándonos. Y eso vale en lo económico, en lo cultural y en lo político.

Por tanto, es muy importante que hagamos siempre este ejercicio, que a alguien le puede parecer inútil: «¿Por qué hacen estos proyectos? ¡No van a mandar nunca en el mundo!» Hombre, algunos de vosotros habéis mandado. González ha mandado. Y Solana no está mal la influencia que ha tenido. Pero la mayoría de nosotros, yo, por lo menos, no.

Sin embargo, precisamente por esto, hay que hacer un ejercicio frecuente de apertura, y no simplemente por curiosidad, sino para impregnarse de los temas. Al menos así se entienden cosas locales. Es decir, algunos temas de Cataluña, se comprenden sabiendo lo que pasa en China. O, previendo lo que va a pasar en China, se podrían prever algunas cosas que van a pasar en Cataluña o en España o, por supuesto, en Europa. Por tanto, es bueno que hagamos este ejercicio.

Segundo punto: creo que sería imperdonable que no aprovecháramos la suerte que tenemos. Nosotros tenemos, para una reunión de este tipo, aquello que llaman en el teatro «un buen elenco». La definición que da la Real Academia Española de la Lengua sobre la palabra *elenco* dice textualmente: “Nómina de una compañía teatral.” Bueno, pues nosotros tenemos un elenco excepcional. Tenemos a Felipe González. Oigan, ustedes habrán leído *Proyecto Europa 2030*, supongo. Y si no lo han leído, hagan ver que lo han leído, porque es imperdonable que no hayan leído una obra tan importante... Aunque creo que uno de los problemas que hay es que ha tenido poca resonancia.

Felipe González

Tampoco los destinatarios lo han leído.

Jordi Pujol

Tampoco los destinatarios lo han leído. ¡Hombre! No lo digas aquí, porque no lo va a leer nadie. Yo lo he leído. *Proyecto Europa 2030*. Tenemos al personaje que ha dirigido este grupo de trabajo. Y no podemos desaprovechar una oportunidad de este tipo. Y tenemos a Solana. Y a nuestro buen amigo Enrique Iglesias. Enrique Iglesias es uno de los políticos latinoamericanos, primero, más simpático; segundo, mejor persona; pero, además, más abierto, más comprensivo, más positivo, más constructivo, ... Y fue, nada menos, que presidente del Banco Interamericano de Desarrollo y, ahora, es secretario de la Secretaría General Iberoamericana.

Garrigues Walker también se conoce el mundo al dedillo, y Castells. Resulta gratificante, en la política española y en la política catalana, encontrarse con personajes como Garrigues Walker y Castells, porque son gente que lee prensa extranjera, que lee no solamente *The Economist*, sino muchas más cosas, que sigue los temas relacionados con el Tribunal de Luxemburgo, etcétera.

Hay gente que puede pensar que, bueno, cuando hay que enfrentarse con el alcalde de Premià de Dalt, con el que de vez en cuando he tenido que enfrentarme yo, esto no sirve. Pero sí sirve. He dicho Premià de Dalt porque es mi pueblo, pero con quien sea: sí, sirve. Y, en todo caso, un país que no tenga a gente de estas características es un país pequeño, es un país que no habrá necesidad de que nadie lo ahogue porque se irá ahogando poco a poco a sí mismo. O sea que con Felipe González y Javier Solana; con Enrique Iglesias, Garrigues Walker y Castells; y con todos ustedes, que muchos son también especialistas en estos temas, se da una dimensión internacional a nuestro debate y a nuestra formación. Y, además, un baño de realidad al tema. Porque todo es muy fácil de resolver desde el sillón de tu casa. Hay gente que todo lo ve muy fácil. Pero el conflicto entre Israel y Palestina no es fácil de



resolver. Claro, he puesto uno de especialmente difícil, pero los hay que son también muy difíciles, aunque no tanto. Pero todo, visto desde casa, parece que es fácil de resolver. El problema del Sáhara teóricamente es fácil de resolver. Y resulta que no lo es. Y, como esto, tantas y tantas cosas. Es bueno, por tanto, que tengamos este intercambio de impresiones aquí.

Y nada más. Simplemente ha sido un pequeño repaso –por así decirlo– de lo que va a ser el menú de esta tarde –el de mañana también es muy bueno, claro, pero el de esta tarde yo creo que es excelente.

Para terminar, quisiera recoger algo que ha dicho Todó. No sé si nosotros somos capaces –los aquí presentes– de elaborar según qué. Pero hacer una reflexión, un día, sobre estos temas del mundo, aunque sea para nuestro mercado –

pienso, sobre todo, en Cataluña–, tener una idea clara de cuál es nuestra situación en el mundo y la situación de España en el mundo, desde el punto de vista económico, cultural, etc., quizás sí que podríamos hacerlo. Tendrá la repercusión que tenga pero, en todo caso, es un ejercicio de maduración de nuestra reflexión política; es un esfuerzo para comprender y para hacer entender a la gente lo que es el mundo, en el que no vamos a influir mucho, pero en el que estamos. Nosotros quizás no influiremos en el mundo, pero el mundo influirá en nosotros, eso seguro.

Vale la pena saber de dónde vienen los peligros o dónde se ofrecen posibilidades, por dónde se abren ventanas, etc. Quizás sí valdría la pena que hiciésemos algo de ese tipo. Todó siempre tiene ideas brillantes y hoy no ha sido una excepción.

Bien, señoras, señores, nada más.



TIEMPOS DE CRISIS: LA GOBERNANZA DE LA GEOPOLÍTICA GLOBAL

PONENCIAS INAUGURALES



Àngel Castiñeira

Iniciamos ahora las dos ponencias iniciales que hemos encargado expresamente: por un lado, a Javier Solana, que será el primero en intervenir, e inmediatamente después, a Enrique Iglesias. Javier, cuando quieras tienes la palabra.

Javier Solana

Muchas gracias, *president*, por tus cariñosísimas palabras. Empiezo con la primera parte del elenco, de la obra teatral de la tarde, que espero que no sea muy aburrida y, sobre todo, que no sea muy larga. Gracias por haberme invitado; gracias por haberme traído a este sitio tan bonito. Mañana voy a pasearme por estos magníficos terrenos, bellísimos, alrededor de la abadía.

Creo que me toca hablar poco, según me han dicho, y sobre una lista de temas tan largos que no sé por dónde empezar ni, sobre todo, por dónde acabar. He decidido elegir, de los muchos que había en el papel, cuatro (quizás cuatro y medio). Y, si me da tiempo, hablaré de un quinto.

El primero sería la transferencia de poder; el segundo, las instituciones globales; competir y cooperar sería el tercero, y algo sobre Europa y las otras unidades que, como Europa, existen en el mundo, el cuarto.

Empiezo por el primero: transferencia de poder. No cabe duda –y se ha dicho muchas veces, pero lo reitero una vez más brevemente– que lo que estamos viviendo ahora en el mundo es una enorme transferencia de poder como no se había dado en la historia, posiblemente, desde la primera Revolución Industrial, cuando Gran Bretaña se hace

con el poder en el polo europeo, hasta la Primera Guerra Mundial. Hasta el año 1945 no se había producido una transferencia de poder de esta dimensión. Y lo importante es que esta transferencia de poder no se da, digamos, entre los miembros de la misma familia, es decir, no se da en el mundo occidental y prácticamente hablando inglés, sino que se da en todo el mundo, con todo lo que ello supone, con potencias emergentes y potencias re-emergentes (que quizás son tan importantes como las emergentes), con lenguas distintas, con culturas distintas, con tradiciones distintas, con civilizaciones distintas. Tenemos que adaptarnos a ello. Si no queremos adaptarnos, haremos muy mal. El mundo no podrá funcionar si no somos capaces de adaptarnos a esa nueva realidad.

Transferencias, por tanto, de esa naturaleza, pero transferencias también dentro de los estados. La primera transferencia la he señalado muchas veces, por eso quiero insistir hoy un poco más en esta segunda: hay una gran transferencia de poder dentro de los estados. Hoy –lo queramos o no–, los gobiernos mandan menos, porque parte del poder que tenían ha sido transferido a otras entidades: entidades sociales, mercados, organizaciones no gubernamentales buenas y malas... Lo sabéis muy bien. El ejemplo quizás más claro que hemos vivido en los últimos tiempos ha sido ver cómo el presidente de Estados Unidos es incapaz de resolver un problema como el de British Petroleum (BP) en el golfo de Méjico, que ha sido una lección para todos, especialmente para los ciudadanos de Estados Unidos. Hay algo que está pasando en torno a la transferencia de poder que se hace dentro de cada estado, de tal manera que, desde mi punto de vista, en nuestro mundo, los gobiernos hoy mandan menos de lo que mandaban antes; eso no quiere decir que ocurra igual en China, pero sí en nuestro mundo, en el mundo occidental.

Si somos honestos, tendríamos que decir que hay una cierta disfuncionalidad en nuestros sistemas políticos. En el momento que estamos viviendo,

no estamos funcionalmente bien preparados para enfrentarnos a una crisis de estas dimensiones. Otros en el mundo están mejor preparados para hacerlo. Cuando queráis, en el coloquio, hablamos de eso. Tenemos unas sociedades gobernadas todavía por los gobiernos, por las empresas, por los líderes de opinión, con una visión tan a corto plazo de las cosas que otros que tienen una visión a mucho más largo plazo nos ganarán la batalla si no cambiamos.

Por tanto, tenemos falta de liderazgo, falta de visión a largo plazo, falta de funcionalidad en nuestros encajes políticos, ya sea de los gobiernos o de las propias sociedades. Esta es la primera cosa, pues, que me parece importante subrayar y sobre la que me gustaría que reflexionáramos.

Segunda cuestión: instituciones globales. ¿Por qué necesitamos instituciones globales más que nunca? Porque, por primera vez, tenemos una serie de problemas globales que no tienen otra posible solución que no sea global. A problemas globales, soluciones globales. Para hacer esa conexión entre problemas globales y soluciones globales, necesitaremos instituciones globales. ¿Cuál es el problema?

Que las instituciones globales todavía no existen, y que dos elementos fundamentales que las instituciones globales deberían tener están todavía en manos del Estado-nación. Me refiero, fundamentalmente, a la legitimidad, es decir, a la política y, en segundo lugar, a los recursos. Hoy no tenemos todavía instituciones globales que tengan el grado de legitimidad necesario ni los recursos necesarios para enfrentarse a los problemas y ayudar a sus soluciones.

Las dos instituciones llamadas de “Bretton Woods”, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, como sabéis, aunque están haciendo una gran labor en este momento, hoy, ayer y mañana estarán todavía frenadas porque la distribución

de poder en ellas mismas no es la correcta. Ahora mismo estamos paralizados. A finales del mes de agosto, los Estados Unidos han vetado el reparto de poder en el seno de las instituciones de Bretton Woods, las dos, y lo han hecho, fundamentalmente, para que los europeos respondamos de una manera sensata. Se va a reducir el número de derechos de voto y no es posible que los europeos sigan teniendo el mismo número de derechos de voto mientras otros no los tienen.

Ejemplo. Bélgica tiene hoy el mismo número de derechos de voto en el Fondo Monetario Internacional que China. Yo creo que, dicho eso, no hay que insistir: cualquier persona con sentido común tiene que darse cuenta de que eso no puede seguir así mucho tiempo. Si no llegamos a un acuerdo rápidamente, lo que va a ocurrir es que van a expulsar a países o a suprimirles el número de derechos de voto que tienen: habrá países como Turquía, por ejemplo, que dejarán de tener derechos de voto. Con lo cual, estamos en una situación realmente difícil, que tenemos que resolver de aquí a la cumbre que tendrá lugar en Corea del Sur. Es un tema serio, que nos atañe en tanto que europeos, porque tenemos que ser parte de la solución y no parte del problema. Por tanto, instituciones globales.

Una institución, a la que se requerirían las resoluciones de los problemas económicos, la crisis en concreto, que creo que ha nacido o está naciendo: es el G-20. El G-20 está naciendo; todavía no es perfecto pero, sin duda, es mejor un G-20 que un G-7. Yo he estado en no sé cuántos G-7, cientos de G-7, y era realmente vergonzoso ver cómo el presidente de China, el de Brasil y el de la India estaban esperando a que los otros siete, con mucho menos poder que ellos, terminaran de hacer la resolución y luego la aprobaran conjuntamente durante los postres.

Hay que acostumbrarse a que en estas reuniones, ya desde el principio del almuerzo, no en los postres, se tienen que sentar todas las personas o to-

dos los países que tienen algo que decir. Afortunadamente, con el G-20 hemos empezado ese camino y esperamos que lo podamos consolidar.

Ahora bien, el G-20, por el momento, no tiene capacidad de resolver ningún problema de carácter político internacional o de seguridad internacional. Lo hemos visto clarísimamente hace muy poco tiempo. Pongo un ejemplo: una declaración reciente sobre Irán, en la cual dos miembros del G-20 y dos miembros del Consejo de Seguridad toman una decisión distinta de los demás. Me estoy refiriendo a Turquía y a Brasil. Para que el G-20 tuviera también un componente político y de seguridad habría que hacer un esfuerzo para que los miembros del G-20 y los miembros del Consejo de Seguridad trataran de hablar con una sola voz y coordinadamente. No elaboro más, pero creo que entendéis todos lo que quiero decir. Ese problema hay que intentar resolverlo para que no se repita.

Tenemos problemas, desde finales del mes de agosto, de seguridad mundial, casi todos en el Pacífico. Hay una buena noticia, que es que se ha empezado a discutir de nuevo el problema de Oriente Medio. Pero existen dos problemas serios en el mar de China. Uno, relacionado con la bandera de China en las aguas del mar de China, haciendo una clara declaración de que ese mar es de su interés vital. Es la primera vez que se hace esta declaración. El segundo ha sido provocado por la detención del capitán de un barco chino por parte de Japón. Al final Japón lo ha soltado, pero China todavía quiere que se pida perdón. Es decir, tenemos una situación de cierta tensión en esa parte del mundo, y no hay institución alguna capaz de ver cómo afrontar esa situación.

En los mismos días que esto estaba ocurriendo, la Asamblea General de las Naciones Unidas estaba reunida y los chinos impidieron que ese debate tuviera lugar en su seno. Por tanto, tenemos un problema de legitimidad claro en donde se debaten estos problemas, en este momento: Naciones Unidas.



Me he pasado el primer fin de semana de este mes de septiembre encerrado con el secretario general de las Naciones Unidas y sus catorce consejeros; hemos pasado dos días juntos. ¿Cómo enfrentarse, desde las Naciones Unidas, a los problemas de hoy? Las Naciones Unidas no tienen hoy, como he dicho antes, la legitimidad para hacerlo. Hay que ver cómo, entre todos, somos capaces de dar a las Naciones Unidas una legitimidad, para lo cual sería absolutamente necesario hacer alguna transformación seria en el ámbito del Consejo de Seguridad, cosa que es muy difícil; o habría que hacer unas Naciones Unidas que fueran más eficaces en la resolución de los problemas.

En cuanto a lo primero, sabéis que Kofi Annan lo intentó y fracasó, pero se puede volver a intentar. Se puede volver a intentar, sobre todo, con relación al derecho de veto, y creo que se puede llegar a alguna ventaja, a alguna cosa positiva sobre esa materia.

Pero el segundo tema es cómo se gestiona la Organización de las Naciones Unidas para que resulte más eficaz. La Cumbre de Copenhague pone de manifiesto que el sombrero de las Naciones Unidas es demasiado grande para intentar resolver todos los problemas diarios. Quizás haya que dejar que resuelvan los problemas otras unidades y que, al final, el gran sombrero de legitimidad sí sea el de las Naciones Unidas. Eso es lo que habría de ser capaces de mantener.

Hoy tenemos una novedad muy importante, que tuvo lugar el día en que yo estaba reunido con ellos: un catalán, un antiguo alcalde de Barcelona, se ha hecho cargo de una dirección general sumamente importante de las Naciones Unidas, la primera que tenemos en la historia de España, que se llama ONU-Habitat. Joan Clos va a ser el gran responsable de un tema nuevo, fundamental, que es el tema de la ciudad en los paí-



ses emergentes. Creo que por ahí hay formas por donde se puede avanzar y dar legitimidad a este tipo de cuestiones.

Tercero: ¿Competir o cooperar? Yo creo que competir *y* cooperar. No se trata de competir o cooperar entre instituciones (entre instituciones, sin duda, hay que cooperar). Competir y cooperar tiene que ser, más bien, entre instituciones de la sociedad civil. Y aquí hay que pensar qué hacemos. Por ejemplo, cómo se compete o se coopera –por poner uno de los casos más difíciles de todos– con China. ¿Qué hacemos con China? ¿Competimos? ¿Cooperamos? ¿Nos confrontamos? ¿O claudicamos? Cuatro posibilidades. Evidentemente, la última no es posible o no se debiera hacer, aunque la historia dirá qué es lo que ocurre. Creo que hay que hacer un esfuerzo por cooperar, pero, a la vez, por confrontarse. Confrontarse no quiere decir confrontarse militarmente, por supuesto, pero sí

creo que a China hay que obligarle también, con buenas formas, por ejemplo, a que se comporte del modo que debe comportarse en las instituciones internacionales y, muy fundamentalmente, en la Organización Mundial del Comercio. Un ejemplo muy claro: China acaba de entrar con una oferta imbatible, en materia de infraestructuras, en Polonia, país de la Unión Europea. No hay compañía europea que la pueda batir. Pero China tiene todavía compromisos que no ha cumplido con la Unión Europea que debería cumplir. ¿Debemos confrontarnos con respecto a ese tema? Yo honestamente creo que sí. *Confrontarnos* es una palabra demasiado gruesa, pero sí que debemos discutir con China seriamente que, para que puedan entrar a competir a los precios con los que quieren competir, tienen que comportarse de otra manera, por ejemplo, en algunos otros elementos, como puede ser la compra pública, en la que no están cumpliendo con la Organización Mundial del Comercio.

Los empresarios tenéis muchos ejemplos sobre ello y los que no sois empresarios muchos más... Sin embargo, me parece que, sin duda, hay que cooperar y, sobre todo, cooperar en operaciones entre China y terceros países: creo que eso es factible y es posible. Tenemos que tratar de decirnos las cosas de verdad, lo que lleva a confrontarnos –ya me entendéis lo que quiero decir– y, desde luego, lo que no hay que hacer es claudicar, porque la participación de China como accionista fundamental de las instituciones internacionales es absolutamente fundamental.

Y cooperar también –y me gusta subrayarlo aquí, porque lo creo de manera muy profunda. Creo que, en el momento que estamos viviendo, la cooperación público-privada es absolutamente fundamental, en todos los terrenos, hasta en los más insólitos: en las infraestructuras, en las empresas de tecnología sofisticada, en el desarrollo económico. Ahora mismo, por ejemplo, algunas de las fundaciones más importantes a escala mundial, como la fundación de Bill Gates, están haciendo más por África que muchos países, incluso más que algunos países ricos. Dicha fundación lo está haciendo mejor, lo está haciendo de manera más eficaz, y esa cooperación es absolutamente fundamental.

El cuarto punto que quería destacar es la Unión Europea y otros. ¿Qué quiero decir con esto? Quiero decir que la Unión Europea es una asociación libre de países que deciden compartir soberanía libremente, no por las armas –a lo largo de la historia, se ha obligado a compartir la soberanía por la violencia. Ahora se comparte la soberanía libremente y, por tanto, este edificio fantástico y hermoso de la Unión Europea, por muchas que pueda tener en algún momento, por pequeñas salpicaduras que pueda tener en su piel en estos momentos, es un edificio que tenemos que cuidar,

en el que tenemos que creer y al que tenemos que ayudar para que siga siendo un actor importante en la esfera internacional. A eso, desde luego, seguiré jugando y creo que en eso ayudará mi buen amigo Felipe González dentro de un ratito.

Pero hay otros también. Podemos pensar, por ejemplo, en la *Association of Southeast Asian Nations* (ASEAN), la agrupación de los países del sudeste asiático, que están medio copiando lo mejor que creen que pueden copiar de lo que es la Unión Europea; es decir, empiezan a cooperar mucho más allá de la mera yuxtaposición: están empezando a pensar en tener una moneda única; tienen un equipo de trabajo muy serio sobre ello. Es decir, están moviéndose en esa dirección. Si eso fuera verdad, el mundo sería más fácil de gobernar que si no existieran estructuras como la Unión Europea u otras instituciones de esta naturaleza, sea la Unión Africana o muchas otras que van a surgir. Enrique espero que nos diga lo que está pasando en Latinoamérica también en ese sentido, y nos ayudará a organizar y a estructurar unidades de distintos países que puedan contribuir a una globalización mejor.

Y paso a la última cuestión que quería comentar. He dicho que con China, con la India, con otros países más grandes que están emergiendo o que están reemergiendo, tenemos que competir. Ahora hablo de nosotros. Hablo de Europa y hablo también de nuestro propio país. ¿Cuál es nuestro mejor valor para competir? Sin ninguna duda, el valor más importante que tenemos es la inteligencia. Es decir, la materia gris; es decir, la educación; es decir, la investigación; es decir, el desarrollo tecnológico. Ahí todavía podemos tener una zona en la que podemos competir y ganar. Por tanto, todo lo que podamos hacer en educación, todo lo que podamos hacer en investigación, todo lo que podamos hacer en desarrollo tecnológico, hay que hacerlo.

Y dejadme que os diga que, en ese momento, nuestro mundo, el mundo occidental en sentido amplio,

no está haciendo todo lo que puede, y los recortes que estamos viendo en los presupuestos de muchos países, incluso en el nuestro, creo que no van por el buen camino. Habría que seguir defendiendo lo que es más valioso para nosotros, que es la educación, la investigación, el desarrollo tecnológico.

Una idea para reflexionar. La última empresa que tuvo un premio Nobel en Ciencia, en una disciplina científica, fue la IBM de Zúrich, hace muchos años. Recuerdo que, cuando era profesor de Física (no hace tantos años, pero ya hace mucho), Bell Telephone tenía todos los años un premio Nobel o dos. Las empresas farmacéuticas, las empresas químicas, tenían dos o tres premios Nobel. Hoy, desde hace ya muchos años, ya no hay. Primera cosa.

Segunda cosa. Los mejores no están yendo a las escuelas de física, ni de matemáticas, ni de química: se van a la banca, tomando la peor dirección que se puede para ir a la banca: van a hacer de *traders*, y eso se está notando. Y estamos cometiendo un gravísimo error al no distribuir nuestro capital humano de mejor manera.

Tengo frente a mí al secretario de Estado de Universidades y a él me dirijo. No sólo en España, sino también en Europa y en Estados Unidos, empezamos a perder a una parte importante del capital humano, de lo mejor de la inteligencia, que se va donde menos rentable es pero más dinero gana. Algo tenemos que hacer si queremos seguir compitiendo en el mundo de una manera eficaz y con la esperanza que todos tenemos para que el mundo siga viviendo con algunos de los valores y más de los que ha dicho el *president* Pujol que queremos defender.

Por último, una palabra sobre soberanía. Creo que el término *soberanía* lo tenemos que volver a pensar, y hay que pensarlo con tranquilidad, con sosiego, pero hay que volver a pensar lo que quiere decir *soberanía*. Las fronteras empiezan a ser porosas, o son ya muy porosas. Por tanto, no tiene mucho sentido que sigamos pensando de la misma manera en que pensábamos antes.

Por ejemplo, afortunadamente, hoy no es concebible una guerra como la Segunda Guerra Mundial o como la Primera Guerra Mundial. ¿Y por qué es inconcebible? Pues, en cierta manera, porque las fronteras se han hecho más porosas de lo que eran antes. Este tema es muy serio y comprendo que no es fácil hablar sobre él, pero hay que empezar a hablar de un concepto que yo llamo *soberanía responsable*, donde otros países tienen algo que decir sobre el país vecino o sobre el país lejano. Los ejemplos son clarísimos: si tú arrojas CO₂ a la atmósfera, no arrojas CO₂ a tu cielo, al cielo de tus fronteras: arrojas CO₂ al planeta entero. Y lo mismo puede pasar con enfermedades, y lo mismo puede pasar con la crisis económica. Por tanto, algo tenemos que hacer para que la soberanía sea un concepto distinto del que es hasta ahora. No me atrevo a ir más lejos en este tema, que sé que es muy complicado y muy difícil.

Lo mismo puede ser cuando en un país no se defienden o no se respetan los derechos humanos: a lo mejor no estaría de más que otros pudieran hacer que se cumplieran los derechos humanos. Comprendo que es un tema también difícil, que a algunos puede sonarles a colonización por la puerta de atrás, pero creo que es algo que se aprobó ya en la Asamblea General de las Naciones Unidas de hace tres años y que no se ha podido aplicar nunca. Pero, bueno, creo que habría que hacerlo. Por tanto, la *soberanía compartida* me parece que es un concepto que tendríamos que repensar y, alrededor de mesas como ésta, seguir pensando en ello.

Me callo ya... El mundo ahora es muy distinto: todavía no somos conscientes de lo distinto que es el mundo de lo que era, y más nos vale rápidamente ponernos a pensar seriamente sobre ello y a encontrar soluciones con liderazgo. No hay liderazgo, no hay pensamiento a largo plazo; otros lo están haciendo y, si no lo hacemos nosotros, perderemos.

Gracias.



Àngel Castiñeira

Muchas gracias, Javier. Tiene ahora la palabra nuestro amigo Enrique Iglesias.

Enrique Iglesias

Muchas gracias. Me siento muy honrado con esta invitación de ESADE. Lamentablemente, en otras ocasiones no pude asistir, pero hoy finalmente estamos aquí. Estoy muy contento de compartir esta mesa con tan buenos amigos y tan distinguidas personas.

Voy a tomar la última frase que dijo Javier en su excelente exposición, y es que no somos realmente lo suficientemente conscientes del mundo en el que estamos viviendo; por lo menos, no es una conciencia generalizada. Por supuesto, hay pensadores

y políticos que sí la tienen, pero, en general, creo que el mundo no ha asimilado todavía la magnitud de la transformación a la que estamos expuestos.

La crisis –y aquí no voy a hablarles de nada que no sepan– fue realmente, y sigue siendo, un fenómeno de extraordinaria complejidad y de extraordinaria proyección. Por de pronto, fue imprevisible, porque la verdad es que se nos escapó, a la academia, a los economistas, a las instituciones internacionales, la magnitud de lo que se estaba gestando. Es sorprendente que alguna voz que aparecía por ahí –le llamaban Cassandra– daba cuenta de lo que se avecinaba, pero la magnitud de lo que sucedió no estaba prevista en los modelos refinados con que solemos manejar los temas económicos.

También se manifestó la complejidad que tiene frente a otras crisis debido a la globalización: está



todo globalizado hoy en el mundo, y este mundo de la información y de la comunicación llegó a darle a la crisis una complejidad que, por cierto, no tenía la crisis de los años treinta. Esa crisis fue esencialmente una crisis norte-atlántica. Hoy tenemos una crisis eminentemente global, y eso, ciertamente, complica mucho las cosas, porque no tenemos tampoco experiencia en manejar una crisis de esta magnitud.

La otra cosa que sabemos es que es una crisis de lenta salida. Con respecto a esto, yo creo que el mundo todavía no ha percibido que de este baile se sale lentamente. Entre otras cosas, porque también la salida es imprevisible. Estamos entrando en un nuevo mundo y, curiosamente (y esto tiene algo que ver con lo que dijo Javier), uno tiene la impresión de que hoy, políticamente, hay una mayor capacidad para administrar la crisis que para salir de la crisis, que no es lo mismo.

El G-20 hizo movimientos espectaculares, rompiendo todas las normas a las que estamos acostumbrados con los bancos centrales, con el Fondo Monetario, e hizo bien: había que salir del pozo y se salió, razonablemente hemos evitado la catástrofe. Pero cuando llegamos a preguntarnos si el mundo está capacitado para promover soluciones para salir de la crisis, ahí tenemos problemas. Y me parece que los problemas tienen que ver, por una parte, con la complejidad de la globalización a la que me refería hace un instante, pero también con el hecho de que ha disminuido el poder arbitral de Occidente en las respuestas a la crisis. Esto es particularmente visible en los Estados Unidos y también en Europa. Es decir, Occidente ha perdido vitalidad para dar pautas que permitan ordenar, en este confuso panorama global, los caminos de salida. No solamente es así, sino que, además, cuando se manifiesta, entra en contradicción. Hay distintos puntos de vista entre la salida vía diver-

sificación y la salida vía consolidación fiscal; estímulos o no estímulos. Todo eso, por la complejidad que tiene, realmente no tiene detrás este andamiaje teórico, y no tiene detrás tampoco un liderazgo político inspirador que pueda realmente orientar la tendencia que tenemos hoy en el mundo.

Nuevo mundo. ¿Es una nueva economía en la que nos movemos? Sí. Y es una nueva sociedad y es un nuevo sistema de relaciones internacionales. Sabemos más o menos hacia dónde va la nueva economía. Sabemos que esa nueva economía es, ante todo, una economía multipolar y que ningún problema del mundo actual se va a resolver en el ámbito económico sin los países emergentes. Pero tampoco sin los países desarrollados. Todo el mundo tiene que estar en el paquete. Aunque, ciertamente, un hecho nuevo es que no hay salida si no aparece el mundo emergente claramente comprometido.

Y, como muy bien decía Javier, nos enfrentamos a la transferencia de poder más grande de la historia del planeta, donde el centro, que en cierto momento pasó de Inglaterra a los Estados Unidos, más tarde o más temprano irá pasando a Oriente, hacia el mundo asiático.

En esa transferencia, otro hecho que parece cuestionado y que a mí me impresiona mucho es que el mercado ha perdido prestigio, y no porque nadie pueda dejar de reconocer que el mercado es el mayor poder de creación de riqueza y de oportunidades en el mundo, sobre todo en el mundo actual, sino porque, de alguna manera, nos hemos dado cuenta de que el mercado no puede con todo. Yo me acuerdo que, cuando vivía en Washington, había una hostilidad a cualquier cosa que significara interferir en los mercados (*the market*), es decir, la intervención se consideraba casi como una especie de violación a la racionalidad o al sentido común.

Esa pérdida de prestigio del mercado levanta un nuevo frente en el que el mundo económico tendrá

que trabajar, y es que hay que redefinir la relación Estado-mercado.

Es una nueva economía que va a ser altamente competitiva, donde las reglas del juego son fundamentales. Yo también creo lo que dijo Javier, respecto al problema de China: es muy importante que todo el mundo juegue con las mismas reglas. Si eso no se produce, esa nueva economía va a vivir tensiones muy importantes en el futuro.

Entramos en una nueva sociedad, más educada, más informada, más comunicada y más longeva. Esa nueva sociedad, que tiene estas características, ha de enfrentarse a nuevas realidades para las que no estamos preparados, y que ni siquiera conocemos. Hablo en función de mi experiencia latinoamericana. ¿Qué está pasando en la sociedad? ¿Qué está pasando con las clases medias, que hoy ya son más del 50 por ciento en América Latina? No solamente ustedes tienen clase media; nosotros tenemos más del 50 por ciento hoy en América Latina.

¿Qué está pasando con los valores, que hoy en día aparecen tan largamente cuestionados? Ciertamente, hay una mudanza de valores, que van desde los fundamentalismos hasta la indiferencia por la política. Todo eso está ahí. Pero hay tres aspectos que ciertamente a mí me preocupan cuando veo esa nueva sociedad que hay que afrontar.

Uno es el empleo. Se trata de un tema realmente muy grave. Lo decía el otro día el director gerente del Fondo en el encuentro que tuvo en Oslo con la Organización Internacional del Trabajo (OIT). El modelo que está surgiendo en esta nueva economía crea riqueza, pero no crea empleo, y este es un tema muy grave. Nosotros sabemos qué fue la crisis de los años treinta, cuando empezaron a surgir las cohortes de desempleados en el mundo, y adónde nos llevó el fenómeno del empleo. Fue mucho más grave el fenómeno del empleo que el fenómeno de la balanza de pagos. Así pues, ahí tenemos un tema importante.



Creo que el envejecimiento es otro tema de máxima importancia. En mi país, en Uruguay, tendremos, en el año 2020, a más mayores de 65 años que niños. Esto implica cómo administrar ese problema y cómo encontrarle una salida, una vez que se activa. Ahí hay todo un desafío fantástico.

Y el otro tema en esa nueva sociedad tan compleja en materia de valores, clases medias y gente desempleada es la violencia. Yo les diría a ustedes que, hoy por hoy, a mí me parece que, en el caso de América Latina, el tema de la violencia es mucho más grave que el de la pobreza. No tengo ningún empacho en decirlo: el de la pobreza tiene solución; del de la violencia, no sé cómo se sale, aunque uno tiene aproximaciones...

Estos temas nos enfrentan a una nueva sociedad todavía en plena ebullición, que no conocemos

exactamente cómo está funcionando ni hacia dónde se dirigen los tiros en los años que vendrán.

Y luego está el problema es el de las relaciones internacionales. Creo que eso es muy importante y parte de algo fundamental: hay que compartir el poder, como decía muy bien Javier. Y eso no es fácil para Occidente, que está muy acostumbrado a que sus valores y sus formas, sus visiones del mundo, sean las buenas para todos. En Estados Unidos, cuando había alguna dirigente política muy importante, uno sentía que le estaban diciendo: ¿Cómo no se dan cuenta ustedes de que este es el mejor país del mundo y que lo mejor que pueden hacer es ser buenos ciudadanos americanos?

Esa convicción de Occidente creo que tenemos que revisarla, porque, de alguna manera, hay nuevas visiones con las que tenemos que compartir un poco la acción, sobre todo cuando uno habla de

compartir el poder. ¿Para qué? Para que haya nuevas reglas de juego y para tratar de conciliar visiones diferentes. Yo creo que el gran tema del futuro es que esta traslación de poder va a comportar también visiones distintas sobre la persona, sobre la sociedad, sobre las relaciones entre unos y otros. Y, ahí, de alguna manera, compartir valores va a ser el gran tema de la sociedad: ponerse de acuerdo sobre el concepto de solidaridad, por ejemplo. En Asia, no necesariamente coincide con la forma en la que la vemos nosotros en el mundo occidental. O el concepto mismo de los derechos humanos, por no decir el concepto de democracia. Es decir que, de alguna manera, ahí tenemos una nueva relación internacional extremadamente compleja. Yo coincido con la apreciación de Javier sobre la necesidad de llegar a tener instituciones realmente fuertes –hay que tener las Naciones Unidas–, si no, habría que inventarlas de vuelta. ¿Qué otra cosa vamos a hacer, en este mundo confuso, que tener instituciones para hacer frente a los temas de carácter global? Ese es un tema con el que queremos y tenemos que convivir.

Estas tres orientaciones –economía, sociedad y relaciones internacionales– nos llevan a los desafíos que tenemos por delante, que son, por supuesto, un nuevo orden económico y financiero, que es fundamental. Vamos a llegar a eso. Pero también estamos ya llegando poco a poco –porque, Javier, el primer G-20 no es el último G-20: aquí ha habido una especie de repliegue respecto a la voluntad y capacidad de salir al encuentro real de los problemas. Miren ustedes, sino, las dificultades que hay en el tamaño de la banca, en el capital. Los intereses creados que hay en Occidente están ejerciendo poderes muy importantes que hacen que no tengamos todavía una forma concreta de avanzar. Vamos a avanzar, estamos avanzando. Yo creo que se han hecho cosas importantes, pero debo pensar que el tema ese es un desafío de primera magnitud.

Hay que crear un nuevo orden financiero. Siempre se ha planteado ese tema. Yo me acuerdo que, en

los años noventa, cuando estaba Michel Camdessus en el Fondo Monetario y yo estaba en el Banco Latinoamericano, el tema surgió muy claramente: el nuevo orden. Es decir, la reforma del sistema financiero es un poco como el estómago: uno lo aprieta y lo aprieta pero, cuando levanta la mano, vuelve para arriba. Así pues, ahí hay un tema del que vamos a salir, pero que no va a ser fácil, porque la presión de sectores interesados existe.

Y, dentro de ese orden económico y financiero, está la cuestión del comercio. Por ahora, a decir verdad, en la solución de la crisis las tendencias proteccionistas no han aparecido con todo su vigor, gracias a Dios, pero van a aparecer. El tema del empleo es un mal consejero de las medidas de liberación comercial –un mal consejero comprensible, pero un mal consejero. Creo que vamos a tener nuevos frentes de proteccionismo, con su nueva forma, porque no se trata solamente de proteccionismo arancelario, sino de proteccionismo financiero, de proteccionismo en la forma de invertir, etc. Lo primero es eso.

Y, lo segundo, confirmando lo que decía Javier, es una nueva gobernanza mundial. Y ahí hay que reconocer que el mundo en el que estamos viviendo se enfrenta a peligros de paz y seguridad que no habíamos conocido nunca. Ustedes conocen muy bien todos los nuevos peligros que han surgido a raíz de los fundamentalismos, las armas de destrucción masiva, el medio ambiente... Pero luego hay una presencia cada vez mayor, en la nueva gobernanza mundial, de los problemas globales. El mundo que vendrá es un mundo que va a tener que convivir con el cambio climático, con las migraciones, con el medio ambiente. Es decir, todo eso está en una agenda muy complicada, desafiante, para la cual los liderazgos, hoy por hoy, no están a la altura de las expectativas, en la dimensión personal.

En cuanto a los liderazgos políticos –y aquí hay distinguidísimos políticos que sabrán contestar esta pregunta mucho más que yo–, cuando uno

mira la historia, al menos la que yo viví hace medio siglo, constata que hay momentos en los que se dan constelaciones astrales y surgen un conjunto de líderes que parece que se combinan y salen con soluciones. Hoy yo no creo que estemos con constelaciones astrales; es mi versión personal. No tenemos eso que yo vi en otro momento. Van a aparecer, pero es bueno que aparezcan por la razón y no por la fuerza de las crisis.

Me parece muy importante destacar –me atrevo a entrar en ese campo que tanto Felipe como Jordi y los que están aquí presentes conocen muy bien– que, en este momento, tanto como el poder de las ideas, en nuestro mundo mediático está el poder de la capacidad de comunicar y convencer. Hoy por hoy, por ejemplo, en América Latina percibo una cosa interesante: los líderes que se comunican son los que más llegan a la gente. Llega mucho más el poder de la comunicación que las ideas. Cuando se juntan ambas cosas, tenemos lo ideal, pero es muy importante el poder de la comunicación. Poder administrar las democracias mediáticas ciertamente es un tema de un enorme desafío.

Termino diciendo una palabra de nuestra región. América Latina, una región emergente, afronta una gran oportunidad. Quizás si nosotros fuéramos para atrás, diríamos que desde finales del siglo XIX nunca ha aparecido la oportunidad que se puede dar ahora. ¿Por qué? Primero porque aprendimos a manejar la macroeconomía, cosa que es muy importante. Nos costó sangre, sudor y lágrimas entender que la macroeconomía hay que hacerla bien, como a veces he oído decir a Felipe en más de una oportunidad: no es de derechas ni de izquierdas: es lo que es. Eso lo hemos aprendido. Y ustedes ya no escuchan que se den grandes inflaciones en América Latina, ni grandes crisis de balanza de pagos, ni grandes refinanciaciones. Yo hasta las extraño, porque vivimos todo ese mundo durante mucho. Se terminó, y eso es muy interesante: es una ganancia neta importante. La gente le tomó respeto al déficit fiscal, a la inflación, a la

libertad, a la independencia de los bancos centrales... Hemos aprendido.

Lo segundo importante es que hay dos “Américas Latinas” hoy en cuanto al ciclo: “Panamá al sur” y “Panamá al norte”. “Panamá al norte” es el ciclo americano; “Panamá al sur” es el ciclo asiático, sobre todo chino. Hoy por hoy, el tema en nuestro mundo es ese “segundo piso” que supone el mundo asiático, con 2.500 millones de personas que empiezan a consumir y a producir. Resulta que América Latina tiene todo lo que ellos necesitan: tenemos energéticos, tenemos alimentos, tenemos metales, tenemos recursos forestales –el 25 por ciento del planeta–, el 35 por ciento del agua potable de todo el mundo. En fin, es un *stock* importante. Nosotros somos conscientes de que con eso solo no hacemos el desarrollo, pero, bueno, es mejor, como decía Cervantes, tener que no tener. Eso es muy importante para emprender un desarrollo, y creo que en eso hay una conciencia bastante general. Estamos con un ciclo que, por primera vez en la historia contemporánea, nos abre importantes puertas para sentar sobre él la educación, la innovación, etc.

Pero yo diría que el tercer elemento que hoy me permite mirar al futuro con cierta confianza es el pragmatismo. En América Latina predominaba, históricamente, el ideologismo por encima del pragmatismo, y siempre hemos puesto el ideologismo antes que la realidad. En ese sentido, estamos avanzando bien. América Latina hoy es una parte importante de la solución de los problemas; ya no es, como en otras épocas, parte del problema, sino que somos parte de la solución. Los grandes retos pasan por el frente de la educación y la innovación, por el gran frente de la reforma del estado, las políticas de pobreza y, como decía antes, tratar de lograr liderazgos políticos que, al mismo tiempo que tener ideas, tengan capacidad de comunicación con la gente y con la opinión pública.

Si nos va bien, y sobre todo si el mundo no se descompone. En este momento, se está pensando, por ejemplo, qué pasaría si China tiene un ritmo de crecimiento menor-, y empezamos a salir de la crisis, creo que América Latina tiene una gran oportunidad.

Hay en América Latina una conciencia clara de esto. Se empieza a sentir, al punto que hoy se está tratando de recuperar, en el ámbito de la región, un cierto liderazgo regional en las soluciones de sus problemas. Yo que estoy ahora trabajando para la Comunidad Latinoamericana digo: «Gracias a Dios. Ojalá que América Latina tenga capacidad de administrar sus problemas.» Se han creado grandes instituciones regionales, y eso hace que, por ejemplo, instituciones interamericanas con países del norte, o iberoamericanas con países de Europa, deban tener cuidado en la forma en la que intervienen, porque creo que es importante que América Latina resuelva sus problemas con su propia capacidad de hacerlo. Y ayudar: «Ayudar y cooperar para que eso sea así.»

Por ello, en ese contexto, un comentario final: creo que es muy importante que en Europa, particularmente en la Península Ibérica, se entienda realmente que una asociación inteligente con América Latina es una enorme oportunidad para nosotros, pero también lo es para la Península Ibérica. Yo recuerdo cuando aquí -muchas veces hablamos con Jordi de ese tema- se miraba con cierto recelo la inversión española en América Latina. Hoy por hoy, creo que ha sido una buena apuesta. Desde mi punto de vista, en ese contexto internacional, una visión inteligente, pragmática y vigorosa de las relaciones públicas y privadas con América Latina por parte de esta Península es un buen negocio para todos.

Muchas gracias.

ESADE

CatalunyaCava

CX

Fundació Caixa Manresa

CatalunyaCava

CX

ESADE

Fundació Caixa Manresa

CatalunyaCava

CX

ESADE

Fundació Caixa Manresa

CatalunyaCava

CX

ESADE

Fundació Caixa Manresa

CatalunyaCava



J. Pujol

TIEMPOS DE CRISIS: LA GOBERNANZA DE LA GEOPOLÍTICA GLOBAL.

COLOQUIO



Àngel Castiñeira

Muy bien. Hemos acabado la primera parte de la sesión, con el despliegue de las dos primeras ponencias. Tenemos, aproximadamente, una hora para la primera parte del coloquio, antes de la cena.

En esta primera parte del coloquio, damos la palabra privilegiada, en primer lugar, a aquellas personas que nos han venido acompañando como interlocutores de la Cátedra. No voy a pedirles que intervengan en este orden, sino que, simplemente, cada uno de ellos intervenga cuando lo desee. Son el *president* Pujol, el presidente González, Antoni Garrigues y Antoni Castells.

Después abriremos las intervenciones a todos los asistentes, hasta prácticamente la hora de ir a cenar.

Felipe González

La verdad es que aquí se está bien y se discute bien. Yo agradezco que no solo este foro, sino que Cataluña sea capaz de generar este clima para poder hablar. Además, sugiero que se tome en cuenta la propuesta de Todó, porque probablemente hay, en el mundo occidental en decadencia, un exceso de *think tank* y una carencia de *action tank*. Así que probablemente tenga cierto sentido pasar de las musas al teatro y decir algo, tocar el tambor para ver quién escucha, porque tampoco importa nada. Es verdad que, a veces, el esfuerzo puede conducir a la melancolía –a Javier no le va a gustar que diga esto–, que es la sensación que tengo después de presentar el informe, de un año y medio de trabajo, a la Unión Europea. Más bien tengo la impresión de que los líderes a los que va dirigido, porque es un encargo del Consejo, no lo han leído. Es demasiado largo, son treinta y pico folios; ya

comprendo que, para los tiempos que corren, habría que haber hecho un PowerPoint.

A pesar de que algunos esfuerzos conduzcan a la melancolía, creo que tenemos que reaccionar en los foros que podamos y como podamos para llamar la atención, recogiendo algo de las reflexiones y de la experiencia. Tengo que decirles que estoy de acuerdo con todo lo que se ha dicho anteriormente, desde la introducción de Jordi Pujol hasta las palabras de Solana y de Enrique Iglesias. Por tanto, solo añadiré algunas cosas, por ejemplo, contextualizar esto en el espacio europeo, reflexionar complementariamente sobre América Latina y también analizar algunos problemas conceptuales, los problemas del liderazgo.

Vamos a ver. Tenemos un problema de liderazgo en las sociedades desarrolladas. El ejemplo más claro de lo que quiero decir es la crisis institucional del Estado de California, que sigue siendo el más rico en términos de producto *per capita*, el más avanzado desde el punto de vista del I+D+i de este planeta, pero que tiene una crisis institucional y una crisis de deuda de las que no puede salir, y sus líderes reconocen que no pueden salir.

¿Y qué empiezo a notar? Por favor, no se lo tomen al pie de la letra, porque todo esto después se distorsiona, y es verdad que a veces intervengo y se crea una especie de provocación no querida. Empieza a haber una cierta fascinación por el *mandarínato* chino... Bastante gente, de un muy buen nivel intelectual, dice: «Oiga, si estos pueden pensar a medio y a largo plazo y tomar decisiones, si pueden decidir que van a hacer veinte ciudades de veinticinco millones de habitantes; o veinticinco centrales nucleares, entonces ¿cómo es posible que no puedan hacer una refinería en California?» Pues no pueden. Ya se pueden poner de acuerdo los que quieran con quienes quieran... Hay una fantástica crisis de liderazgo en las sociedades democráticas desarrolladas. ¿Pero es falta de liderazgo por falta de líderes? Yo creo que no es solo

ese el problema, ni siquiera es fundamentalmente ese el problema.

Creo que ha habido una evolución, hacia la que ha apuntado Javier Solana, que me parece muy interesante: crisis del Estado-nación, en su doble dimensión, de intranacionalidad y de supranacionalidad. Desafíos globales que se enfrentan desde ámbitos locales, y también crisis en una redistribución del poder, que no es de redistribución del poder entre los responsables políticos de las democracias representativas, sino a sectores diferentes de la sociedad.

Así que creo que estamos empezando a discutir de un futuro que ya pasó. Creo que el mundo ya ha cambiado. En Europa, por ejemplo, por situarnos cerca de nuestro espacio, llevamos bastantes años distraídos. ¿Hay una explicación para comprender esta distracción? Sí. Se cayó, o derribaron, el muro de Berlín, y ha sido necesario realizar un esfuerzo desde ese momento hasta hoy para soportar la unificación alemana y para pasar de doce a veintisiete países. No estoy hablando de lo que significa este aumento en número, sino de cuánta complejidad introduce en el proceso de toma de decisiones y en la diversidad de sentimientos de pertenencia, así como del impacto psicológico que supone, para los países que salen de las dictaduras comunistas, la recuperación de su soberanía para tomar decisiones y, al mismo tiempo, la necesidad de compartir soberanía libremente con los demás, pero compartirla realmente. Dicen: «¡Pero si es un juguete que tenemos por primera vez en no sé cuánto tiempo! ¿Y ahora tengo que compartir el puñetero juguete con los demás?»

Hay, pues, una enorme resistencia. Y es verdad que también hay un problema de comprensión. La Unión Europea se ha pasado un montón de años intentando digerir ese proceso de ampliación e intentando actualizar los instrumentos de toma de decisiones para una dimensión completamente distinta. Pueden ustedes imaginarse las charlas



en torno a la chimenea de seis países, de nueve, de diez, de doce... Pero ¿de veintisiete? ¡Si cada reunión es una asamblea! Es decir, el Consejo Europeo reúne a más número de personas que los que estamos aquí, pero todos mandan, y aquí solo manda Pujol. En Europa, es que mandan todos, y todos mandan lo mismo. ¿Lo comprenden? Es extraordinariamente complejo.

Y en ese recorrido, en el que hemos pasado por el Tratado de Niza (¡que Dios lo mantenga en su gloria!), que hemos hecho el esfuerzo de la Constitución Europea, que fracasa (y fracasa por el referéndum de los países teóricamente más europeístas, más vinculados a Europa, etc.), y que después hemos llegado a resolver con el Tratado de Lisboa, y veo como Javier Solana –participaré con él mañana en la presentación de su libro– dice: «No toquen más los tratados.» Yo digo lo mismo, pero no porque no se tuviesen que tocar los tratados (sería

ideal hacer un ejercicio teórico para que Europa se reencuentre consigo misma y tenga instrumentos de decisión serios, ¿no?), sino porque ninguna reforma de los tratados va a pasar ya, sea la que sea. Cualquiera la va a bloquear, cualquiera, y cuando digo cualquiera me refiero a los veintisiete, en cualquier nivel. Por tanto, hay que utilizar los instrumentos que tenemos para ganar la batalla al futuro, que ya tenemos detrás.

Vamos a ver, la pregunta, que acaso sería ociosa –por eso, yo he hablado de California, en cuyo lío me he metido, por si no tuviera líos en la proximidad, para ver qué está pasando allí–, es: ¿Por qué el espacio que compartimos como Unión Europea está sufriendo más el impacto de la implosión financiera que nace en Estados Unidos y que contamina Europa, que se globaliza...? ¿Por qué todas las epidemias serán pandemias en estos problemas? (Eso es la globalización.) ¿Y por qué relativamen-



te más que otros? ¿Por qué pensamos que incluso más que Estados Unidos? Y ahí empezamos una reflexión sobre si los elementos de flexibilidad, Estados Unidos, no sé qué y tal y cual.

El problema es que Europa lleva por lo menos quince años sin afrontar los problemas estructurales que es inevitable que afronte. Y, desde luego, al menos diez años desde la Estrategia de Lisboa, que era un diagnóstico sobre la enfermedad o los múltiples síntomas de la enfermedad europea; diez años con algo que hay que decirlo con claridad. Ahora tenemos una nueva estrategia para los próximos diez años. Aquella era de 2000 a 2010, para convertir la Unión Europea en la primera potencia económico-tecnológica del mundo, con el mejor sistema de cohesión social. ¡Ahí es nada! Diez años después, tras varias revisiones, incluso la intermedia, a la que se refiere Javier, de Wim Kok, reconocemos que el *gap* tecnológico que tra-

tábamos de reducir respecto a Estados Unidos es mayor, y que en el sándwich China empieza a apretar, no solo como la gran factoría del mundo, sino que se toman en serio el I+D+i. Por tanto, muchos empresarios españoles saben que hay bastante inversión que toca elementos básicos, desde el punto de vista de la investigación, el desarrollo y la innovación.

Por tanto, diez años después no hemos dicho –yo lo avanzo porque, una vez más, en este foro diré que la libertad para decir lo que uno piensa es inversamente proporcional a la responsabilidad institucional que se tiene, y yo no tengo ninguna ni quiero tenerla: «Oiga, usted, la estrategia de Lisboa ha fracasado ya. Que los ciudadanos sepan que reconocemos que ha fracasado.» Que será el único punto de partida para que nos crean, para decir «y la que proponemos para 2020 no va a incluir un método abierto de cooperación» –que era

un invento fantástico para conseguir los objetivos, que, traducido al lenguaje popular, significaba «que cada uno haga lo que quiera». Este es el método abierto de cooperación.

Europa, por tanto, tiene problemas demográficos gravísimos a medio y largo plazo, que no podrán resolverse si no hay, de verdad, un liderazgo político, que, para afrontarlo, tiene que ser compartido y consensuado. Lo vivimos contradictoriamente, porque hay una creciente rentabilidad electoral que ataca el temor que genera el flujo migratorio A, B o C en unas sociedades castigadas por el desempleo. Pero, en el año 2050, tendremos 70 millones de activos menos, sobre 300 millones, y 90 millones de pasivos más. Así que la ecuación está ahí. ¿Cómo se hace para afrontar un problema de esa magnitud? Tiene razón Javier, cuando dice: «Nosotros no podemos competir por salarios baratos, de ninguna manera.»

Es verdad que el poder en el mundo se está desplazando rapidísimamente hacia Oriente y hacia el sur, en esas líneas que dividían el mundo: Occidente, Oriente; Norte, Sur. Bueno, son Oriente y el Sur lo que emerge. O, como dice Javier, reemergen –e insiste mucho en ello–, porque hay una parte que no está emergiendo sino que está reemergiendo, porque es verdad que, por ejemplo, hace un siglo y medio (que no es tanto, por lo menos para los chinos), China tenía el PIB *per capita* medio del mundo. Y, poco tiempo antes, tenían más peso China y la India que Europa, es verdad. Y ahora, aunque todavía no han llegado al PIB *per capita* medio, van a alcanzarlo muy pronto. Por tanto, están reemergiendo de aquellas catástrofes seculares.

Pero en Europa hay problemas estructurales que son clarísimos, que están perfectamente diagnosticados. Aparte de algunos problemas que son discutibles, sobre cómo hacer frente a la crisis (yo el otro día lo puse sobre el papel porque, ya que no lo leen los líderes, por lo menos que lo lea la gente). Y es verdad que no es tiempo de acabar con todas

las políticas activas, anticíclicas, aunque haya estados que hayan perdido el margen de maniobra para hacer políticas anticíclicas. Hay que acudir a otros instrumentos, y los hay, como el Banco Europeo de Inversión. Y los estados que pueden liderar algunas políticas anticíclicas no las están liderando, porque han renunciado a liderar Europa más que “por arrastre”, como es el caso de Alemania. Esa es la verdad.

Y la verdad es que tampoco estamos resolviendo el problema de la regulación financiera. Lo diré con una frase que es una idea fuerza: hoy estamos incubando ya la siguiente crisis financiera. ¿Por qué? Porque no hay manera de reformar el funcionamiento del sistema. Se ha aludido aquí a ello más o menos directamente. Los intereses son tan fuertes y el modo de operar está tan consolidado, que ahora ya estamos volviendo a hinchar la burbujita. ¿Cuándo va a terminar eso? Tal vez la siguiente ocasión será dentro de seis, siete u ocho años, como decía Enrique Iglesias, para desprestigio del mercado, que es el único factor que homologa el mundo, con excepción de Cuba y Corea del Norte. Todos los países aceptan el mercado.

Por tanto, esta es una crisis del mercado que se mira en el espejo y que no busca una alternativa posible: se mira en el espejo de sus propios errores, y la relación Estado-mercado, que se ha reclamado aquí. Es la relación Estado-mercado o gobernanza global frente a mercado global. Porque la relación Estado-mercado no va a resolver el problema de la crisis financiera. Si ni siquiera Europa y Estados Unidos se ponen de acuerdo en una mínima propuesta de reforma en el G-20, pueden esperar tranquilos los demás. ¿Por qué? Porque, por esta vez, no fueron ellos los causantes de la crisis financiera. En 1998, fueron los que fueron pero, esta vez, ni América Latina ni el sudeste asiático, ni Turquía ni Rusia... Ha sido el corazón del centro quien ha hecho implosión; por tanto, Estados Unidos y la Unión Europea.



No estaría mal que hubiera una propuesta. ¿La va a haber? No lo creo. Estamos en tensiones curiosas, porque ustedes dicen que hay una crisis de liderazgo en una parte del mundo, y es verdad. Hay diversas razones, algunas solo las he señalado –no digo apuntado–, pero también hay, incluso en América Latina, las tentaciones de lo que podríamos llamar, en palabras de Fernando Henrique Cardoso, “utopías regresivas”. Algunas de las más notables y de las más sonoras las identifican ustedes. Son teóricas alternativas de sistema, que no son alternativas de sistema, que son ya fracasos históricos.

Pero también hay la tentación de decir permanentemente –y eso me produce una cierta revuelta: «Lo que tenemos que hacer en la gestión de esta crisis es recuperar la senda de la prosperidad perdida.» Así que, hagamos lo que sea para volver al camino del que nos hemos desviado. Pero, entonces,

decimos: «No, no, si ese camino nos llevó a la crisis.» Por tanto, estamos –lo diré una vez más, aunque ya Enrique estará cansado de oírme, después de dos años–, ante una crisis sistémica y global. No va a dejar de ser global el problema, aunque haya reacciones más o menos proteccionistas nacionalistas. Pero es que no hay alternativas de sistema –y yo diría que por fortuna–, porque las utopías regresivas no lo son. Por tanto, tenemos una tarea –lo digo solo por el nombre, que sonará más que por la tarea en sí misma– un poco más keynesiana, pero no en la orientación, sino en la necesidad de reformar el funcionamiento del sistema para salvarlo de sí mismo.

Y ahí es donde falta poder. Javier Solana ha citado Copenhague, que es un ejemplo de dos cosas: «¡Qué poco pueden hacer las Naciones Unidas en los problemas globales como el del cambio climático!» Y yo añadiría: «Y ¡qué poco puede hacer la Unión Europea, que tenía una posición común,

pero no una estrategia común!» . Javier sabe la diferencia que hay exactamente en eso, y que no fue invitado a la mesa de la decisión, aunque fuera a Copenhague y tuviera la mejor posición.

Por tanto, estamos ante desafíos que son realmente muy interesantes. Yo me he centrado en Europa, pero también lo podría hacer en América Latina. Crisis de gobernanza en los estados-nación, crisis de gobernanza en los desafíos globales. El G-20 es el germen de una posible gobernanza económico-financiera, pero todavía la única hegemonía que mantiene claramente Occidente es el control de la circulación de capitales por el mundo: en eso, Occidente todavía pesa muchísimo, y los mercados financieros de Estados Unidos y de Europa pesan mucho más que el resto.

Pero el ejemplo que ponía Javier no es nada ofensivo. Yo pretendo que el mío tampoco lo sea. El presidente Obama, que tiene una crisis de gobernanza seria, hace un fantástico discurso en Wall Street sobre la reforma financiera, de forma y de contenido, cuya conclusión final es pedir a los actores de Wall Street que le ayuden a resolver el problema de la crisis financiera, y le dicen: «No, no, nuestro modo de vida no era tan malo; ayúdenos a salir de esto y devuélvanos a nuestro modo de vida. No nos pida que lo cambiemos.» Pero, claro, no se lo pedía a ellos, se lo pedía a sus congresistas, que algo tienen que ver en su relación con Wall Street.

Así pues, la crisis de liderazgo está ahí también. Y en California. Está en mil ejemplos que les pondría poner. Ahora nos ha dado por creer en la “democracia directa”, como una cosa que es mejor que otras. Por tanto, ¿cómo no vamos a atender iniciativas populares de no sé qué? Tantas miles de firmas y directamente a votarlo en el Parlamento. Y dos tercios del Parlamento en California para aprobar los presupuestos ¿Pero quién aprueba un presupuesto, necesitando los dos tercios de los votos? Todo es mentira. Y cada iniciativa legislativa se vota en la Cámara, y se vota, ¿por qué? ¿Pensando en la gobernanza del Estado, en las cuentas

públicas, en los equilibrios? No. Pensando a ver quién queda bien o quién queda mejor con la última propuesta, lindísima, pero demagógica, que ha llegado a la Cámara y se vota. Por tanto, tenemos un problema, realmente de gobernanza.

Una cierta fascinación por el *mandarinato* y, a la vez, por otra parte, hay una cierta fascinación por el modelo europeo. ¿Por qué? Porque sí que piensan a medio y a largo plazo, y saben que a medio y a largo plazo, querido Jordi, las cuadernas van a chirriar, a medida que la sociedad vaya desarrollándose y tenga más capacidad de acceso a internet. Yo pregunté a los dirigentes chinos, pues tengo buena amistad con ellos (no tanta como Javier, pero tengo buena amistad): «Bueno, ¿cuántos militantes tiene el Partido Comunista?» Se lo pregunté hace cinco años. Me dijeron: «Ochenta millones.» «¿Cuántos internautas van a tener el 2010 (este año)?» Me dicen: «Unos cuatrocientos cincuenta millones.» Digo: «Bueno. Pues ya saben, como no pueden renunciar a eso, pueden renunciar a Corea del Norte, o a tratar de controlarlo. Ustedes no pueden renunciar a esto, porque es el fundamento básico de su modernización, de sus cuatro reformas, como decía Deng Xiaoping. Y no es fácil administrar a cuatrocientos cincuenta millones de internautas, que mañana serán seiscientos millones, que se informan por sí mismos, no a través de la jerarquía que usted cree que tiene que ser la fuente fundamental de información».

Por tanto, están pensando en los modelos sociales europeos, están pensando en cómo superar algunas de las fricciones que, inevitablemente, se les vienen encima. No digo que tengan fascinación por nosotros, no (que no es verdad, porque su estado de ánimo es diferente al nuestro), pero sí están pensando, como dice Javier, en la ASEAN, en cómo funciona esto en la Unión Europea.

Por tanto, estamos en un mundo cambiante. Y además de hacer algo de *action tank* en un centro de pensamiento como éste, deberíamos –sí pudiéramos

mos, pero naturalmente voy por la iniciativa— confrontar las ideas con ese mundo emergente o re-emergente del que hablamos desde nuestra óptica civilizatoria y conceptual —yo he estado en foros de ese tipo— y prestar un poco de atención a cómo perciben ellos el mundo, no nosotros, ni a nuestra interpretación de cómo ellos perciben el mundo. Incluso su actitud ante la OMC no estaría nada mal, porque hay no solo intereses, sino pautas culturales que todavía no somos capaces de entender y que seguimos interpretando una vez más.

Es una costumbre muy europea y muy occidental. Solo conocemos el Islam y su evolución por los estudios, algunos magníficos, que han hecho autores occidentales, sobre todo ingleses, pero nunca se nos ocurre ver si hay alguno, entre ellos, que hable de la evolución y de las contradicciones del Islam. Esa parte nos parece no apreciable o, por lo menos, le damos menos aprecio.

Seguimos viendo el mundo desde una visión occidental, aun reconociendo que el mundo ya ha cambiado y que Europa está retrasada en la respuesta a la crisis y en las reformas estructurales que están ahí sobre el papel y que —insisto en ello— tiene que hacer sí o sí. Y cuanto más tarde en hacerlas, más oportunidades perderá.

¿Tiene solución? ¡Claro que tiene solución! Cuando digo esto, dicen: «¡Eres muy pesimista!» Digo: «No soy pesimista, no, no; soy pesimista en la voluntad. Creo que la inteligencia nos permite ver los desafíos, pero creo que no hay voluntad ni liderazgo compartido para hacer lo que hay que hacer en las reformas que son inevitables, y nos escapamos por discursos más bien populistas, de uno u otro signo, que no nos están permitiendo avanzar en nada.»

Ángel Castiñeira

De los otros tres ponentes, ¿alguien quisiera intervenir? ¿Antonio Garrigues? Adelante.

Antonio Garrigues Walker

Muy rápido, para decir lo siguiente: la crisis que estamos viviendo, es una crisis lógica, es una crisis pasajera y es una crisis que va a durar razonablemente poco tiempo. Yo creo que la sensación global que estamos generando, por ejemplo en Europa, dándole vueltas permanentemente al concepto de una crisis dramática, es un ejercicio típicamente europeo y profundamente negativo.

He tenido la oportunidad de estar con el senador Dodd, que dirige el Comité de Finanzas en el Congreso americano, y que ha hecho la Ley de reforma financiera. Hemos hablado muy a fondo de todo este tipo de temas y reconoce que los americanos son conscientes de que la crisis financiera americana es la que ha puesto en marcha esta crisis global, pero que ese tipo de crisis se va a arreglar y que la reforma financiera que está en marcha en Estados Unidos tardará más o menos, pero pasará.

La idea de que esta crisis es una crisis incontrotable, es una crisis absolutamente perversa, a mí me parece que no es correcta, en el sentido de que podemos dar por seguro, primero, que esta crisis vamos a superarla sin duda alguna, en un plazo, además, razonablemente corto, porque estas crisis, dada su importancia, no las puede soportar la humanidad.

Una diferencia entre Europa y Estados Unidos, en estos momentos, es que en Estados Unidos ya nadie habla de crisis. Hablamos de crisis en Europa; le damos vueltas y más vueltas y más vueltas. En Estados Unidos, hablan de la nueva época y de las nuevas ideas. Pero es verdad que en Estados Unidos están viviendo ahora un problema muy delicado y muy difícil, porque estamos en época de problemas delicados y difíciles. Y es que, por ejemplo, la reforma financiera está generando un coste político y una resistencia enorme del sistema financiero americano, fundamentalmente de la banca de inversión, que ha sido la verdadera cul-



pable de todo lo que nos está pasando. Pero vamos a salir de esta crisis, y lo vamos a hacer razonablemente pronto.

Segundo. ¿Quién gana y quién pierde? La *pax romana* era, en términos acumulativos de poder, mucho más importante que la *pax americana*. Roma tenía una influencia en el mundo muy superior a la que puede tener, en estos momentos, Estados Unidos. ¿Por qué el Mediterráneo se llama así? Porque está *in medium terrae*. Porque teníamos la obsesión de que estábamos en medio de la Tierra. Pues el Mediterráneo ya no está en medio de la Tierra.

Pero la *pax romana* cayó y la *pax americana* también caerá. Yo lo que creo es que la *pax americana* va a tardar algo más en caer de lo que la gente prevé o estima, porque todavía no se dan las condiciones básicas para que se produzca su desaparición.

Con respecto a Europa, los americanos tienen una ventaja decisiva, hablando de quién gana y quién pierde. En primer lugar, por ejemplo, los temas demográficos, de los que han hablado tanto Javier como Felipe, son distintos radicalmente. Allí, en Estados Unidos, se mantiene el dato de que cada mujer tiene 2,1 hijos y, por tanto, se mantiene la población. En Europa, estamos bajando completamente. Además, me temo que eso es difícil de controlar, no por muchos motivos concretos, sino simplemente porque la mujer está cumpliendo en Europa un papel radicalmente distinto al papel del hombre, y el tema de los hijos lo valora y lo mide de otra manera distinta.

Es verdad que países como España y como Italia, que son profundamente católicos y con tradiciones muy conservadoras en ese tema, somos los países que tenemos una ratio peor. Yo siempre digo que la más baja la tiene el Vaticano, pero todavía no hay



estadísticas profundas, en esa materia... Pero, en definitiva, ¿quién va a ganar?

Aquí estamos luchando tres ejes. Primero, está el eje americano. El eje americano es muy complejo, porque incorpora a Canadá y está incorporando a Méjico. Después está el eje europeo, con sus veintisiete países. Y luego está el eje del Pacífico, que está teniendo un desarrollo espectacular. Estos tres ejes están en confrontación económica, en confrontación tecnológica y en confrontación también cultural. De momento no en política, aunque lo estarán.

Pero aquella frase bíblica de que también lo que nos amenaza está en peligro es verdad: China es un poder emergente tremendo. Felipe lo ha mencionado de alguna forma cuando ha dicho: ¿Cuánta gente van a tener conectada a internet? Pues, claro, si tienen a cuatrocientos millones, ahí tienen

un problema. Y es que la democracia es la democracia. Y China, por muy lento que actúe, tendrá que pasarse a la democracia y tendrá que afrontar una serie de problemas muy serios y muy internos que, por ejemplo, no tienen la India, que ya es por fin una democracia, o Japón, que es también una democracia, o Corea del Sur, que es también una democracia. Incompletas como democracia, pero lo son.

Si nos preguntáramos: ¿Quién va a ganar esta batalla? Yo diría que el que tiene muy pocas papeletas para ganar, o no tiene ninguna, es Europa. Sus posibilidades de ganar la batalla, son realmente escasas porque, por mucho que queramos pedirle a Europa –y yo soy hoy de los que he leído el informe de Felipe González y, además, lo comenté con Mario Monti, que estaba realmente encantado y maravillado de la tarea que había hecho nuestro presidente en esa comisión, pues es además un tema que se está leyendo muchísimo, cada vez



más, y que en Europa está generando un impacto—, yo creo que Europa es que no puede... La idea, que luego comentaré muy rápidamente, de un gobierno europeo, la idea de una capacidad de acción económica europea, está completamente limitada; no tenemos capacidad para poner eso en marcha, salvo que entráramos en un caos, en el que todavía no hemos entrado. Y, por tanto, estamos viviendo este tipo de decadencia, que es más o menos como la decadencia romana, de la que uno no se da cuenta. Seguimos teniendo una Europa culta, con una calidad de vida tremenda, a pesar de todo, y la capacidad de tomar decisiones urgentes importantes es pequeña.

Termino con el tema de las instituciones globales, pues me ha interesado mucho lo que ha dicho Javier Solana. Vengo estudiando ese tema, más que nada conectado con el Derecho global, pero también con el tema de las instituciones globales.

Es verdad que, si hay globalización, las primeras exigencias que todos tenemos que asumir es tener la mente global. Si estamos en la globalización, hemos de tener una mente global, capaz de entender que el mundo es redondo, que sabemos que es redondo. Pero, en fin, hay que entenderlo.

Y lo segundo es que hay una resistencia a las instituciones globales. Esa resistencia generalmente se achaca a Estados Unidos. Estados Unidos no quiere que haya instituciones globales. Por ejemplo, todo el mundo cree que en el mundo tiene que haber un tribunal, una corte penal internacional, y hay la Corte Penal Internacional que dirige el fiscal Luis Moreno Ocampo, que fue un gran defensor de la lucha contra la corrupción en Argentina. Y es un fiscal que ha hecho todo lo que ha podido. Pero es un tribunal penal internacional que no tiene poder. ¿Por qué? Porque Estados Unidos no lo apoya, porque Rusia no lo apoya, porque China no lo

apoya, porque nadie quiere someterse a la idea de un tribunal penal internacional, hasta el punto de que el convenio del Tribunal Penal Internacional lo firma el presidente Clinton, y cuando el presidente Bush toma el poder, decide “desfirmarlo” (*to un-sign it*), que es un concepto diplomático realmente desconocido, pero lo cierto es que decide “desfirmar” una cosa que había firmado el señor Clinton.

Para que se vea hasta qué punto llega la resistencia americana a las instituciones globales, sucede algo similar con el Protocolo de Kyoto. Toda la gente que habla del Protocolo de Kyoto dice: «Jamás firmará Estados Unidos en estos momentos el Protocolo de Kyoto, jamás.» «Punto y aparte. No lo haremos. Nada más.» Y esa resistencia a las instituciones globales es lo que hace que los déficits democráticos y jurídicos que acompañan a la globalización sean cada vez mayores y cada vez más fuertes.

¿Puede eso generar en nosotros un sentimiento de pesimismo? Por de pronto, en este mundo, una clave de todo liderazgo es la renuncia al derecho al pesimismo. Un líder no puede ser pesimista: es que no tiene derecho a ser pesimista, no lo tiene. Por difícil que sea la situación, un líder tiene que transmitir optimismo.

Y –insisto en ello–, lo que ha pasado es bastante claro. En Estados Unidos, se sabía que había una crisis financiera, lo sabía todo el mundo. Era un latrocinio perfectamente organizado por la banca de inversión. Eso todo el mundo lo reconoce y lo acepta. Igual que en España sabíamos que había una crisis inmobiliaria. ¿O es que no sabíamos que había una crisis inmobiliaria? Eran crisis que sabíamos que tenían que explotar. Han explotado y ahora hay que corregirlas. Si hay algún país que puede corregir una situación es Estados Unidos. La sociedad civil americana, con su peso y su dinamismo interno, es la única que puede afrontar ese problema de una manera sensata. Yo creo que lo va a hacer. Gracias.

Àngel Castiñeira

Bien. *Conseller* Castells.

Antoni Castells

Amics de la Fundació de Caixa Manresa, de Catalunya Caixa, *d'ESADE, presidents* Pujol, González, amigos Solana, Iglesias, Garrigues.

Iré muy al grano en dos cuestiones. Una primera cuestión: estamos hablando de crisis y liderazgo, y creo que esta crisis nos debería servir también para sacar alguna conclusión. Y ahí hay una cierta paradoja. Es una cierta falta de liderazgo, de previsión, de anticipar los problemas, de hacer frente a los poderes del mercado por parte del poder político, que en parte conduce a la crisis. Pero también es cierto que, quien evita lo peor es el liderazgo del poder político. El mundo estuvo al borde del abismo desde el 15 de septiembre hasta el 12 de octubre de 2008, Javier, en la Cumbre de la Eurozona con Gordon Brown. Durante aquel mes, el mundo estuvo al borde del abismo. Estabais aquí reunidos cuando recibisteis la noticia de que el Congreso americano había tumbado el primer proyecto de Polson, ¿lo recordáis?

¿Qué quiere decir “al borde del abismo”? Quiere decir que, de la recesión, hubiéramos pasado a la gran depresión, y que las entidades financieras hubieran ido cayendo una detrás de otra como un castillo de naipes, lo cual, en aquel momento, no estaba descartado. Ahora lo vemos todo con dos años de perspectiva y este es uno de los problemas: que no hayamos aprendido las lecciones.

Ahora decimos: «¡Hombre! ¡Esto es impensable! ¡Estamos fantásticos!» No, perdonad: en aquel momento eso no lo descartaba nadie, nadie. Y si esto se evitó, es decir, si evitamos lo peor, fue por la acción decidida de los gobiernos y los bancos

centrales, es decir, por el liderazgo político. Esa es la realidad: por un decidido activismo gubernamental.

Y de la misma forma que el mundo aprendió las lecciones del pasado, de los años treinta, y evitamos caer en lo peor, ahora deberíamos tratar de aprender modestamente algunas de las lecciones de esta crisis. Algunas, no todas, porque ya iremos aprendiendo con el tiempo. Para evitar que, como decía hace un momento Felipe, en dos días digamos: «Oye, pues estamos exactamente sembrando las semillas de una nueva crisis en no sé cuánto tiempo.»

¿Y cuáles pueden ser estas lecciones? Cuando el enfermo estaba empezando a salir del momento más crítico, ahí todo el mundo decía: «Virgencita, virgencita, si salgo de esta, voy a cumplir con esta promesa, la otra y la de más allá.» Por ejemplo, en torno al Informe De Larosière, en lo que se refiere al sistema financiero internacional, y a las siete, ocho o nueve medidas que había planteado.

¿Cuáles son estas lecciones? Primera, como decía Enrique Iglesias, no hay mercado sin Estado; dicho de otra forma, no hay mercado sin reglas del juego e instituciones que las hagan cumplir. Esto no es el mercado, esto es otra cosa. Ha habido una suerte de imperio de la trampa. Lo que estaba diciendo Antonio Garrigues, que no es sospechoso. Todo el mundo sabía que esto era una verbena infinita. Esto no es mercado, no hay mercado sin reglas del juego e instituciones que las hagan cumplir.

Se ha acabado la época del *«the government is the problem»*. El eslogan era este, pero tampoco hemos de caer en el otro extremo. La solución es un equilibrio apropiado, un nuevo equilibrio apropiado entre mercado y Estado, o poderes públicos, llamémoslo así. Si esto es verdad a nivel general, más lo es en Europa. Javier Solana decía: «Es que las instituciones globales adolecen de dos problemas muy serios: no tienen legitimidad, es decir, un origen democrático, y no tienen recursos.» Pues

si esto es un problema para las instituciones globales, imagínate si lo será para las instituciones europeas.

Yo preguntaría: «¿Adolecen también, en muy buena medida, de estos dos problemas las instituciones europeas?» Probablemente sí. Y ahí nos hace mucha más falta. Pero una manera de hacer una fuga adelante es decir: «Necesitamos un gobierno mundial y, como eso no es posible, pues nos vamos a conformar sin nada.» No, perdonadme, entre el problema del Gobierno mundial y lo que ocurre en Europa va más en serio la integración política en Europa, que es el espacio de integración económica indudable, y es mucho más real. Y ahí sí que tendríamos que avanzar mucho más. Por tanto, hace falta mayor liderazgo europeo en el mundo y en Europa para construir estas instituciones europeas.

Y acabo. Porque, ¿qué es el liderazgo? Vamos a ver: a mi entender, el liderazgo es levantar unas banderas y conseguir una mayoría detrás de estas banderas, una amplia mayoría, si pudiera ser la unidad, tras estas banderas. ¡Cuidado! La unidad se hace moviéndose, no quedándose quieto. Es el liderazgo el que hace la unidad, o una amplia mayoría. Las dos cosas. Es decir, no hay liderazgo político si no se logra una mayoría detrás. Puede haber otras cosas: hay gente que tiene razón cien años antes y estos son profetas, no líderes; el líder es el que hace una mayoría política detrás de unas banderas. Pero tampoco es liderazgo si no hay unas banderas, es decir, un proyecto. No es liderazgo decir lo que la gente quiere escuchar; coger una encuesta y decir exactamente lo que la encuesta dice; decir aquello que no te permite moverte de donde estás. Esto no es liderazgo. Liderazgo es levantar unas banderas y avanzar, y hacer una mayoría detrás. Esto es liderazgo.

Y esto, que es muy fácil cuando el viento sopla a favor y cuando no hay tormenta y cuando el mar está tranquilo, es mucho más difícil, pero mucho más necesario, cuando estamos en crisis. Es más



difícil, claro, pero mucho más necesario. Es más difícil, ¿por qué? Porque hay que decir verdades incómodas, hay que vencer resistencias, siempre hay grupos de un 5, un 6 por ciento que están en contra de lo que conviene a la mayoría. Y el secreto del liderazgo se encuentra en ser capaz de plantear un proyecto detrás del cual haya una mayoría que esté dispuesta a avanzar en él, porque confía en aquellos que lo plantean. Es decir, porque esos son capaces realmente de explicar que este proyecto es bueno para el conjunto y, aunque exija unos sacrificios, aunque exija renunciar a cosas, merece la pena apoyar ese proyecto.

Esto exige también que los sacrificios merezcan la pena, obviamente. Por tanto, explicar que aquellos sacrificios no son una especie de fatalidad impuesta por no se sabe quién y que, al final, nos van a acabar llevando igualmente a la tumba, pero después de haber padecido mucho más. Así, claro,

realmente es muy difícil que la gente te siga. Lo que es importante es ver que aquellos sacrificios merecen la pena para alcanzar un objetivo que en sí mismo es positivo. Esto es lo que es difícil. Y esto es proyecto, y la capacidad para explicar este proyecto, para tejer este hilo invisible, no solo es un problema de comunicación. No. No es solo un problema de marketing, de comunicación; es un problema de confianza en el proyecto, de capacidad para creer en él y de tejer este hilo invisible que una a la mayoría que ejerce este liderazgo.

Esto quiere decir también un cierto valor de ejemplaridad y quiere decir también –y con esto acabo– que no hay liderazgo político sin un cierto liderazgo moral. Para explicar que detrás hay unos valores y que estos valores merecen la pena. Y por ello es importante que este liderazgo sea compartido. Es muy difícil el liderazgo político si no hay también un cierto liderazgo social, de empresa-

rios, de líderes de opinión, de la cultura, etc. Sin esta transversalidad, es muy difícil, pero sin liderazgo político, todo lo demás es imposible. No hay bastante con el liderazgo político, pero el que tiene que coger la bandera, el que tiene que conseguir forjar también los otros liderazgos y lograr esta transversalidad es el liderazgo político.

Àngel Castiñeira

Muchas gracias, *conseller* Castells.

Tiene la palabra el *president* Pujol, si la quiere utilizar ahora, claro.

Jordi Pujol

Después de este debate, podría hacer muchas preguntas, muchos comentarios. Quisiera a hacer una pregunta a los otros ponentes aquí presentes, y de una forma muy particular a Felipe González, porque está más metido en este tema.

¿Podría suceder que la crisis actual, desde el punto de vista del proceso de unificación política e institucional europea, pudiera ser aprovechada? Porque en realidad ya ha sucedido algo de esto. A lo mejor ha sido solamente porque, con la crisis y el miedo, el riesgo era tan grande, que la gente lo ha aceptado. No sé si saldrá adelante, pero se habla de que Bruselas quiere tener derecho a conocer los presupuestos de los estados, antes de ser aprobados por los respectivos parlamentos, para poder presionar más y mejor, en el sentido de que se adapten a los criterios de base, del 3 por ciento de déficit, del 60 por ciento de deuda, etcétera. No sé si esto progresará pero se ha planteado.

Pero ha pasado otra cosa. En realidad, desde la primera semana del mes de mayo de este año, muchos gobiernos ya no mandan. Mejor dicho, las políticas se hacen de acuerdo con lo que les dicen:

«Haga usted esto, haga usted esto y haga usted esto.» El caso español es muy claro, en ese sentido. El caso griego lo es más todavía, porque en el caso griego hubo una intervención. Pero en el caso español, alguien (que podría ser no sé quién, podría ser el comisario Almunia –y, en este caso, no hablando como compañero del PSOE, sino como vicepresidente de la Comisión y como encargado precisamente de los asuntos económicos) podría decir: «Oiga, señor presidente, para que podamos ayudarnos y para evitar la intervención –porque, si no, puede que la haya–, hay que hacer esto». En ese sentido, yo diría que el presidente del Gobierno español ha tenido la suerte de que puede tomar decisiones que, evidentemente, no estaba dispuesto a tomar, porque alguien le ha dicho: «O hace usted esto o vamos a tener que intervenir.» Esto ahora está sobre la economía y también gravita incluso sobre las cuestiones que se debaten respecto a la huelga del miércoles [29 de septiembre].

Ante esto que ha pasado con España, con Grecia, con Portugal y con Irlanda, y que ha pasado menos con otros países, pero también un poco, el Banco Central Europeo tiene que actuar. Vamos a ver si se pueden suscribir bonos del Estado o deuda, etc. «Pero usted tiene que hacer esto.» Y esto ha ido así.

Naturalmente, en momentos de gran tensión y de mucho miedo, de mucho mucho mucho miedo, estas cosas se aceptan a la fuerza. Pero no sé si a partir de ahí se puede crear un cierto hábito de mayor intervención de la Unión Europea en según qué aspectos de la política económica y, concretamente, en la política presupuestaria.

Fíjense ustedes en otra cosa interesante que también ha sucedido. Excepto en Eslovaquia, el parlamento de ningún país europeo, a pesar de que algunos están en una situación de extrema dificultad, como los bálticos, por ejemplo, y otros muchos (Hungría, etc.), se ha opuesto a votar la cantidad que había que aplicar para el fondo que



se creó precisamente en aquella semana del 2 al 9 de mayo, para poder acudir en ayuda de las situaciones de extrema dificultad. Eslovaquia es el único país que dijo que no, que dijo: «Nosotros estamos dispuestos a aportar dinero a ese fondo, pero no estamos dispuestos a aportar ni un euro para ayudar a los griegos.» Y no lo hicieron. Fue el único país que no lo hizo, pero, en cambio, sí aportó dinero para este fondo, que se creó entre la Unión Europea y el Fondo Monetario precisamente para hacer de salvavidas.

Naturalmente, este es uno de los muchos temas que me ha sugerido lo que habéis estado diciendo, pero repito la pregunta: ¿Podría suceder que esta crisis permitiera avanzar en el sentido de una mayor coordinación, de un mayor “control” –en fin, esta palabra que siempre resulta desagradable–, de una mayor homogeneidad de la política europea, económica en este caso?

Felipe González

Encantado. Vamos a ver, ya está ocurriendo. Se dice que Europa se ha movido a golpe de crisis. Se ha hecho el Tratado de la Unión Monetaria y las crisis asimétricas que se han derivado de una sola política monetaria, con un Pacto de Estabilidad que está bien, que es condición necesaria, pero no suficiente, han hecho que la Unión Europea empiece a reflexionar y a caminar hacia una gobernanza económica mayor. Por tanto, no afecta solo a los problemas presupuestarios; algunas veces lo he dicho delante del Consejo. España era en 2007 el mejor alumno del Pacto de Estabilidad y Crecimiento: 2,5 por ciento de superávit del producto bruto hasta un margen del 3 por ciento de déficit en el Pacto de Estabilidad; 37 por ciento de endeudamiento público, hasta un margen del 60 por ciento como techo. En 2007, eran mucho peores alumnos Alemania o Francia. Es obvio que no es



lo mismo criticar una política presupuestaria o de déficit de Alemania que criticar a otros países. Pero esto era así. Y, para colmo, como le añadimos aquello de “crecimiento” al Pacto de Estabilidad para quedar bien, España andaba con cuatro puntos de crecimiento, aproximadamente, y con el 5 por ciento de crecimiento del empleo. Era el mejor alumno.

En dos años, todo eso se ha venido abajo. Hemos pasado a más del 10 por ciento de déficit y a un endeudamiento que ha ido galopando hacia el límite del 60 por ciento. ¿Por qué? Eso es lo que ha hecho que se mueva Europa, porque el problema no es solo de cumplimiento del Pacto de Estabilidad para que funcione la Unión Monetaria, sino que es de convergencia de las políticas económicas –no vale aprovechar lo de “convergencia”; solo lo digo a efectos de expresar lo que fallaba– para evitar los choques asimétricos que, inevitablemente, se iban a producir en la primera crisis financiera. Dirán: «¿Cómo, inevitablemente?»

Había allí un informe de los abajo firmantes, del año 1998, de los jarrones chinos, de los que estábamos fuera del poder, redactado entre otros por Giuliano Amato, que antes de entrar en funcionamiento el euro dijeron: «Oiga usted, además del Pacto de Estabilidad, tiene que haber convergencia en las políticas económicas para evitar los choques asimétricos que se van a producir en la primera crisis financiera.»

Obviamente, el informe no solo no fue tenido en cuenta, sino que irritó. Por tanto, primera aproximación. Evidentemente, se ha avanzado más en la gobernanza económica de lo que nadie se habría podido imaginar jamás antes que esto. Se están dando pasos. ¿Es suficiente la crisis? Pues no sé si tendremos que esperar a otro golpetazo para avanzar más en una Unión Económica y Monetaria realmente eficiente. En todo caso, se está avanzando en eso. Yo, en eso, soy menos pesimista y creo que Europa está siendo consciente de esta realidad.

En cambio, soy más pesimista en la conclusión a la que llegabas antes, Jordi. Al decir: «Bueno, está bien que obliguen a los países para que haya una gobernanza económica». Uno se plantea el problema de las soberanías compartidas. No estoy hablando de un caso como el griego, que, en realidad, sin la ayuda de Goldman Sachs no habrían podido engañar a todo el mundo durante tanto tiempo. Porque todo lo que ha pasado en Grecia viene de un engaño, de un fraude en las cuentas públicas absolutamente espectacular. Estoy hablando del resto. Tenemos que cambiar la mentalidad de que nos imponen las cosas, de que todo el mundo piensa en malo. El italiano piensa que se lo imponen a Italia cuando, en realidad, estamos compartiendo soberanía y estamos codeciendo. Incluso cuando se cometen errores. Porque, repito, España era el mejor alumno del Pacto de Estabilidad y tenía una divergencia económica que se venía cantando desde años atrás, por su balanza comercial, su balanza de pagos y el exceso de consumo basado en el ahorro interno, un consumo sobre todo de ladrillo y cemento. Eso lo cantaban las cifras, no las cuentas públicas, que eran muy buenas, sino las cuentas de país.

Por tanto, hemos de cambiar esta mentalidad —que temo que va a durar mucho— de que, en realidad, cuando hacemos las cosas que hay que hacer, más o menos duras, de reforma o de ajuste, es porque alguien (que nunca se sabe bien quién es) lo impone. Lo impone Bruselas, lo impone un comisario —ojalá la Comisión pudiera tener el poder que le atribuyen los tratados de iniciativa, de vigilancia y de aplicación porque, si hubiera tenido ese poder, cuando se detectó que las cuentas griegas no eran claras, la Comisión habría podido intervenir. Pero fue el Consejo el que impidió que la Comisión interviniera, porque parte del Consejo era el Gobierno griego, que no presentaba las cuentas claras.

No pensemos de verdad que el Consejo Europeo decide que tal país tiene que hacer tal cosa y se lo impone, salvo en un caso dramático —en el que

tampoco impone, porque el Gobierno griego podría haber ido al *default*. ¿Podría haber ido? Sí. ¿Quién no podría haberse permitido el *default* griego? Alemania y Francia. ¿Por qué? Porque acababan de rescatar a sus bancos con cuatrocientos y pico mil millones de euros —en el caso de Alemania— y cuatrocientos mil —un poco menos, Francia—, y tenían casi el 80 por ciento de la deuda griega. Así que, si hubieran ido al *default*, habrían tenido que hacer una segunda operación de rescate.

Por eso, cuando estuve con el Consejo en marzo, en la conversación que tuvimos por la noche decía: «Bueno, el rescate griego es sí o sí.» Ahora, hay que exigir responsabilidades sin duda alguna, porque hay cosas que se han hecho mal y ha habido un fraude, un engaño masivo.

Por tanto, haciendo esa corrección a lo que digo, estamos avanzando hacia la coordinación de las políticas económicas. Y probablemente deberíamos avanzar hacia un mayor grado de unión política. Pero es obvio que, con el 1 por ciento del PIB de la Unión Europea, es difícil que la Unión Europea sea ambiciosa para hacer políticas internas, política exterior y política de seguridad, las especialidades de Javier, pues ha dedicado muchos años a la sala de máquinas y sabe lo difícil que es eso.

Tomen solo un elemento de comparación para saber si es relevante o no un poder europeo en el mundo. Hablo numéricamente, y no quiero que se establezca una comparación lineal. Frente al 1 por ciento del que dispone la Unión Europea para actuar, Estados Unidos, en este momento, debe tener federalizado el 24 por ciento del producto bruto. Entonces, el margen de actuación del Gobierno, de la gobernanza federal de Estados Unidos, para ser relevante para sus ciudadanos y para el mundo, es ligeramente diferente al de la Unión Europea.

¿Vamos a avanzar a golpes de crisis? Sí, créanme, vamos a avanzar. Ojalá sea esta vez cuando se



produzcan pasos decisivos, y no esperemos a la siguiente situación de mayor dificultad o de dificultad añadida. ¿Vamos a salir de la crisis, como dice Antonio? Claro que vamos a salir. Alguna gente ha salido de la crisis porque se ha ido ya directamente al cementerio, pues creo que allí no exigen que se paguen letras. ¡Vamos a salir de la crisis!

El peor escenario que contemplo es un escenario paradójicamente a la japonesa, salvando las distancias. Y ese sí que me preocupa, porque Japón no es un país menor, aunque ahora nadie mire para Japón, lo cual es una tontería. Hay que seguir mirando para Japón, pues es un país con una enorme cantidad de ahorro. Pero, bueno, lleva dieciséis años sin salir de la crisis! Baja, sube, baja, sube... ¿Nos vamos meter en esa situación? Como decía Castells, se reclama la política para salvar el sistema de la crisis inmediata, pero de nuevo se la aparta para reformar el sistema y evitar que caiga en los mismos

errores que ha cometido. Veremos cómo se resuelve eso. Esa me parece que es la preocupación.

Àngel Castiñeira

Antes de continuar, quisiera preguntarle a Javier Solana si, sobre la pregunta que ha hecho el presidente Pujol y sobre la respuesta que ha dado el presidente González, quisiera añadir o matizar alguna cuestión.

Javier Solana

Normalmente estoy de acuerdo con lo que dice Felipe González, desde hace muchos años. Sí quisiera decir que soy más optimista que los que se han expresado aquí. Creo que, en un tiempo muy corto, en la Unión Europea, se han hecho cosas muy importantes en

política económica. Cuando lo vayamos mirando con más calma, nos daremos cuenta de la rapidez con que se ha hecho, en términos relativos. Hace un minuto, Antonio nos estaba diciendo que el tiempo necesario para que tome una decisión el Senado americano no es mucho más corto que el que tarda la Unión Europea. Es decir, los tiempos son los tiempos, y ahí está la disfuncionalidad nuestra con respecto a otros países. Pero la nuestra es la misma que la de Estados Unidos, en cierta manera.

Ahora estamos en fase electoral y será todavía mucho más difícil tomar cualquier decisión importante. Ahora bien, me gustaría decir lo siguiente: de aquí a muy pocos días o a muy pocas semanas, la Unión Europea, es decir, nosotros, no otros, tenemos que tomar una decisión fundamental sobre quién va a votar en el Fondo Monetario Internacional. Y cuando digan que tiene que irse España a lo mejor, o disminuir su presencia, ¿a ver que decimos? Y lo tenemos que decir nosotros. Cuando nos peleamos por estar en el G-20, sabíamos el trastorno que estábamos creando, y todos lo apoyamos. Mañana será Bélgica la que tenga que salir del Fondo Monetario Internacional para que entren algunos votos más de China, y es razonable que así sea. Y eso no es Europa: eso somos nosotros, aunque a veces nos gusta escondernos. Pero somos nosotros. Y cuando hablamos de liderazgo, el liderazgo sirve para eso también, para decir claramente las obligaciones que tenemos como país y cómo europeos. Si no, no saldremos jamás adelante. No podemos culpar a otros.

Tengo una enorme preocupación con eso, pues no nos damos cuenta de ello. Nadie asume la responsabilidad de defender Europa. En nuestro país, que era uno de los más europeístas, ya es muy difícil encontrar un artículo defendiendo todas estas cosas. Pues lo vamos a pasar mal. Y nuestra responsabilidad es ayudarnos. ¿Que necesitaríamos mejores líderes en Europa? Sin duda ninguna. Pero tenemos lo que tenemos. Y con eso tenemos que trabajar durante unos cuantos años. Ya veremos si después los hay mejores. Por el momento,

hay trabajar con lo que tenemos y estas son las responsabilidades que tenemos, unas así de graves.

Cuando hablaba de disfuncionalidades, realmente la tentación a la que se ha hecho referencia al “mandarinato” –Felipe lo ha dicho, y yo lo hago más duro todavía– la he escuchado. He estado los tres últimos fines de semana de septiembre en tres reuniones como esta o parecidas. He oído cosas realmente impresionantes. Oí al presidente de una magnífica e importantísima compañía europea decir: «Ojalá pudiéramos ser como los chinos.» No lo dijo en voz alta, sino en *petit comité*. Y dijo otra cosa que me gustaría que supierais también: cómo hablan de China el presidente de Mitsubishi –es muy interesante escucharlo– y el presidente de la minería de Australia. Japón y Australia son países «occidentales» pero de Asia, del Pacífico, y miran a China de una manera que no es la nuestra, pero tampoco la china. Tenemos que hablar más con ellos, con Japón y con Australia y con Nueva Zelanda; tenemos mucho que aprender de ellos.

Àngel Castiñeira

Como veis, nos queda por delante un largo debate, puesto que hoy simplemente se han puesto los puntos sobre la íes. Antes de finalizar, hay todavía una petición de palabra por parte de Enrique Iglesias. Enrique.

Enrique Iglesias

Se ha hablado un poco sobre el tema de si pesimismo u optimismo, con respecto al momento que estamos viviendo. Yo he sido siempre un optimista casi biológico. Y creo que la respuesta, de alguna manera, la mencionó ahora Felipe, en su última intervención. Vamos a salir y, ciertamente, Estados Unidos saldrá primero que Europa. Esta es mi impresión; en esto coincidimos.



Lo que pasa es que todo depende de cuándo salimos y de cómo salimos; ese es el tema. Japón está saliendo, como dice bien, hace dieciséis años. El problema se nos traslada de la solución financiera a la solución del empleo. Y cuando caemos en el empleo y la movilización de ese tránsito, nos encontramos que, hasta tanto el consumidor no asuma una actitud de confianza, esto no sale rápido. Cuando el consumidor americano sale del 70 por ciento de consumo y baja al 60, hace bien. Ustedes están en ese linde de ahorro, que ha subido una barbaridad, y la gente actúa normalmente. Frente a la incertidumbre, frente a la falta de tranquilidad, ahorra, y eso que es muy bueno en el largo plazo, es pésimo en el corto plazo. Y no es cuestión de decirle «consuman», como decía muy bien el presidente Lula, que salió a la televisión para decir: «Por favor, consuman.». Allá es más fácil, pero en otras partes no es tan fácil.

Entonces, el tema central no es si vamos a salir; sino cuándo y cómo. Y en el cuándo y en el cómo el consu-

midor tiene una palabra muy importante. El capitalismo de los últimos veinticinco años se movió gracias al consumidor americano, que fue el que movió la pelota. Ahora eso no está funcionando: hay miedo, hay temor y eso hace que la salida pueda ser lenta. Y, cuando la salida es lenta, el empleo pasa al centro de la preocupación. Y eso es hoy lo que realmente debe preocuparle a Europa y a Estados Unidos, que no presentan las cifras que quisiéramos tener.

Àngel Castiñeira

Bien, creo que ha sido una sesión extraordinaria en cuanto a contenidos y en cuanto a sugerencias de ideas. Vamos a poderlas retomar justo después de la cena. Levantamos la sesión y vamos a cenar, si os parece.

Muchas gracias.











Àngel Castiñeira

Os pediría un momento de atención, por favor.

Nos habíamos comprometido a seguir con el coloquio en el segundo plato; no imaginábamos que había tantos platos. Vamos a retomar el debate a partir del punto en que lo dejamos. Hay ya tres personas que han pedido intervenir. La primera palabra la ha pedido un compañero de mesa, Joan Majó, al cual paso el micrófono.

Joan Majó

Buenas noches. Meterse en este tema después de la contundencia de las cuatro o cinco intervenciones que hemos tenido antes de la cena y los platos que ya van llegando es un poco atrevido. Pero quiero hacer un comentario y una pregunta.

Nos habéis reunido para hablar de liderazgo, y algo que ha quedado clarísimo en todas las intervenciones y que, además, se ha explicado con mucha pedagogía, es que hay una transferencia de poder: Javier Solana me parece que ha utilizado exactamente esta misma expresión: «transferencia de poder». Una transferencia, o muchas, que, en cualquier caso, disminuyen la capacidad de los gobiernos. Los gobiernos mandan menos. Se ha analizado bastante este tema, y me han gustado mucho todos los análisis, pero tengo la impresión de que no se ha querido o no se ha podido llegar al final. Me explico, pues de ahí viene mi pregunta.

Queda muy claro que los gobiernos mandan menos, queda muy claro que es mucho más difícil mandar. Quedan muy claras muchas cosas, pero no se ha dicho con todas las palabras quién manda. Y, en cambio, en todas las intervenciones ha habido insinuaciones, medias palabras, que pueden dar una idea

—que es la que yo tengo— de quién manda, pero que nadie ha dicho con claridad. Me parece que ha sido Antonio Garrigues que ha hablado de un latrocinio y no sé quién ha sido —acaso Felipe— que ha hablado de lo que había ocurrido en el Congreso americano y en Wall Street con Obama. Creo que debemos ser conscientes, sin caer en la tentación de las conspiraciones ni de los excesos de poder, ni de cosas de estas, de que lo que ha habido sobre todo en estos últimos años es una transferencia clarísima de poder de la esfera política a la esfera económica —más concretamente, a la esfera financiera— y que hay un gran crecimiento del poder financiero.

Dejadme explicar en dos palabras un retrato caricaturesco que me gustaría que los ponentes me dijerais si es una obsesión mía o no lo es. Antes de la crisis, ¿de dónde venía todo? De la desregulación del mercado financiero. ¿Esto lo promovieron los gobiernos o lo hicieron porque alguien se lo fue pidiendo para permitir lo que Antonio Garrigues ha llamado «una serie de latrocinios», uno detrás de otro, por una parte de la banca? ¿Quién estaba detrás: los gobiernos o había alguien más? Llega la crisis y, en el momento inicial, lo que vivimos es un intento de un gobierno de decir: «Aquí mando yo y que este banco se caiga.» Y, a la semana, un plan de 700.000 millones de dólares para salvarlo.

Un tercer acto: la crisis griega. De la crisis griega —alguien lo ha dicho también—, lo que preocupaba a los otros europeos, sobre todo, no era el dinero de Grecia, sino que era su dinero —y no los de sus gobiernos, sino el dinero de sus bancos—, que estaba en peligro. Lo mismo ocurre en el caso de la pseudocrisis española. Siempre he pensado que quien ha impuesto al presidente del Gobierno español las medidas no han sido la primera ministra Merkel o el presidente Sarkozy; ha sido el mismo que se las ha impuesto a ellos. Eso que llaman el mercado, pues todo el mundo dice que quien manda son los mercados.

¿Pero quién manda en los mercados? ¿Quiénes son los que toman las decisiones? El poder financiero,

que es el que decide si se compra o si no se compra. Y ahora estamos un poco en esta misma situación. Cuando en el G-20 se intenta tomar una decisión que puede ser mala para unos o para otros, desde un determinado punto de vista, ¿qué es lo primero que se mira?Cuál será la reacción de los mercados. Claro, se puede tomar una decisión como la de decir a un país que baje las pensiones o que haga una reforma laboral, porque los mercados la aplaudirán. En cambio, la decisión de regular el mercado financiero no se toma. ¿Por qué? Porque la reacción de los mercados sería otra. Insisto: lo estoy caricaturizando voluntariamente. No es exactamente así, sino que es mucho más complicado.

Yo creo que, cuando se tiene un problema, o cuando se tiene una enfermedad, lo más importante es identificar el virus. Si no llegamos al final de esta bajada, no habremos identificado el virus. Para resolver el problema hay que saber qué hay que hacer. Y ahí es donde coincido con Javier cuando ha dicho que hace falta una institución fuerte, política, internacional, porque es la única que puede lograr hacer frente a esta situación que yo estoy describiendo. Así pues, mi pregunta es: ¿No se ha dicho esto porque no es así y yo lo estoy soñando, o verdaderamente puede que haya un cierto acuerdo en este análisis?

Àngel Castiñeira

Gracias, Joan. Tiene ahora la palabra Ignasi Carreras.

Ignasi Carreras

Muy bien. Cuando hablábamos antes de instituciones globales, y hablábamos de las Naciones Unidas y del G-20, a mí me ha sugerido dos cosas. Lo primero es que antes el mundo lo reducíamos a los cinco miembros del Consejo de Seguridad o a los siete u ocho miembros del G-7 o el G-8. Ahora



pasamos al G-20, pero en el mundo hay casi 200 países, y seguimos dejando fuera a muchísimos.

El G-20 es un avance, porque facilita la incorporación de los países emergentes, pero al potenciar el G-20 estamos socavando la capacidad de las Naciones Unidas. Las Naciones Unidas siguen siendo el único organismo que tiene legitimidad para tomar decisiones políticas, como se comentaba anteriormente. Seguramente, la eficiencia de las Naciones Unidas es muy limitada. Pero la gran dificultad que tenemos es cómo conseguir tener una serie de organismos intermedios –el G-20, quizás, o los organismos económicos regionales– y, al mismo tiempo, fortalecer las Naciones Unidas.

La semana pasada, cuando hubo la conferencia, en las Naciones Unidas, sobre los Objetivos de Desarrollo del Milenio, sorprendentemente el presidente Zapatero y también Sarkozy pro-

pusieron la medida de gravar las transacciones financieras internacionales con un pequeño impuesto. Solo con gravar con el 0,5 por ciento las transacciones financieras internacionales se recaudarían 400.000 millones de dólares al año, una cifra que es cuatro veces todo el conjunto de la ayuda oficial al desarrollo y prácticamente toda la inversión privada que están haciendo los países de la OCDE en los países emergentes y en los países pobres.

Este tipo de medida solo se puede lanzar desde un consenso político por parte de las Naciones Unidas –un poco recogiendo lo que decía Joan Majó–, en el que los políticos realmente lideren y sean capaces de superar la presión que va a haber por parte de las entidades financieras para oponerse a esta medida. El acuerdo para que sea efectivo solo se puede asumir en el contexto de las Naciones Unidas, y no solo en el contexto del G-20.

En esa arquitectura internacional, hemos de ser propositivos para poder ir mucho más allá de aquello que nos funciona en los países ricos y en algunos países emergentes, y ser más inclusivos con el conjunto de los países.

Y el segundo comentario, que es un poco más provocativo. En la discusión de esta tarde, cuando estábamos hablando sobre la crisis económica, ha habido una cosa que me ha gustado. Decía Enrique Iglesias: «La gran problemática del modelo de crecimiento que tenemos y que se puede auspiciar de cara al futuro es que es un crecimiento que no genera suficiente ocupación.» Nos tenemos que plantear si es un tipo de crecimiento con equidad. Lo que ha pasado en los últimos años, en las últimas décadas, es que los países ricos o emergentes que han crecido, han crecido; pero los que están en una situación más vulnerable siguen estando en una situación muy vulnerable. No ha sido un crecimiento con suficiente equidad.

Quizás, lo que nos debemos plantear como países ricos es si tenemos que aspirar a crecer infinitamente o indefinidamente un año después de otro o nos tenemos que acostumbrar a vivir con unas tasas de crecimiento que son razonables para mantener nuestro estado de bienestar, para mantener aquello que realmente es básico, pero aceptar que el crecimiento más alto ya no nos corresponde a nosotros, sino que corresponde a otros muchos países que tienen que crecer mucho más. Si ellos no crecen, la estabilidad a escala internacional no será factible.

Así pues, tenemos que reflexionar sobre el tipo de crecimiento, sobre nuestras aspiraciones de crecimiento: que sea más equitativo, más respetuoso con el medio ambiente, y que sepa ubicarse en un contexto más internacional.

Àngel Castiñeira

Muchas gracias, Ignasi. Tiene la palabra ahora Daniel Innerarity.

Daniel Innerarity

Bona nit. Se ha hablado esta tarde –me parece que era Felipe González– del mito chino, de la obsesión con lo mandarín. Creo que esto es complementario de otro mito que se ha impuesto ya como un lugar común, que es el mito de la decadencia europea, y creo que este mito es uno de los que hay que revisar.

Hace unos años, el Consejo Nacional de Inteligencia de Estados Unidos anunció que, para el año 2050, Europa se habría desecho en un conglomerado de nacionalismos, incapaz de poner orden en su propia casa, que desaparecería como superpotencia y que el mundo sería bipolar, es decir, Estados Unidos y China.

En paralelo con esta profecía, la otra profecía que hacía era que Estados Unidos y Europa cada vez se iban a distanciar más en sus decisiones políticas, sobre todo en lo relativo a las cuestiones militares. La realidad es que, hasta la guerra fría, Europa y Estados Unidos prácticamente estuvieron en desacuerdo en casi todas las intervenciones militares, salvo las del Líbano. Y al revés: desde la guerra fría, Europa y Estados Unidos han estado de acuerdo en todas las intervenciones militares, salvo las de Irak. Lo que pasa es que Irak produjo una falsa impresión de una divergencia de intereses.

Así que habría que volver a pensar este mito de la decadencia europea. ¿Por qué? Esta sería mi tesis: creo que ese mito se basa en dos presupuestos que son erróneos. En primer lugar, el presupuesto de que los conflictos en el mundo se resuelven con una transposición del poder en términos demográficos y de cantidad. Pienso que eso no es verdad. No creo que China pueda ser un actor geopolítico tan importante como lo es en relación con su tamaño, aunque solo sea porque tiene setecientos millones de pobres.

En segundo lugar, creo que el tipo de problemas que tenemos en el mundo contemporáneo son problemas que, cada vez más, tienen que ver con una implicación común de todos los actores, y cada



vez son menos los conflictos de tipo juego de suma cero. Es decir, cada vez estamos más confrontados con problemas que nos amenazan igualmente a todos y con oportunidades que son iguales para todos. Respecto a ese tipo de conflictos, hace falta otra estrategia en la que el poder duro tenga menos importancia que el poder blando.

Àngel Castiñeira

Muchas gracias, Daniel. Tiene la palabra Alfons Sauquet.

Alfons Sauquet

Gracias. Yo quisiera hacer un comentario al hilo de la última frase de Javier Solana, cuando hablaba del área de desarrollo competitivo y la zona de

competencia, y cuando cifraba la zona de competencia en el área de educación, de desarrollo tecnológico y de investigación. Me preguntaba por las condiciones que nos permitirían dar un paso más en ese sentido. Cuando hablamos de inversión en investigación, todos sabemos que se trata de una cifra en relación con el producto nacional bruto. Sabemos, también, que esa década perdida de la que ha hablado Felipe González existe: Europa no ha conseguido colocarse en el lugar al que aspiraba a principios de esta década. Entonces, uno mira las iniciativas que están teniendo lugar en alguna parte de Europa. Siempre, cuando hablamos de educación e investigación, hablamos de Finlandia. Y en Finlandia ha tenido lugar la iniciativa más importante de los últimos años, que ha sido la fusión de tres universidades: una universidad tecnológica; una escuela de negocios, de economía, y una universidad de diseño. Y las tres han creado un nuevo modelo que se llama Aalto University.



Lo interesante no es el paso; lo interesante es pensar en las condiciones que han permitido dar tal paso. En primer lugar, una idea muy clara: no formar más graduados para el presente, sino crear escenarios de futuro. Dos: han sido capaces de romper con el modelo igualitario de financiación en Finlandia. Esta universidad recibe 700 millones de euros directamente del Gobierno, lo cual ha creado grandes tensiones dentro del sistema universitario. Tres: las empresas han estado ahí desde el principio. Y desde el principio quiere decir que han sido las empresas las que se han acercado al Gobierno y han dicho: «Si no se hace algo con el modelo universitario finlandés, nosotros empezaremos a reclutar a nuestros graduados fuera de Finlandia.» Y, cuatro: el Gobierno que inició esta reforma no ha sido el Gobierno que la ha terminado; fueron dos gobiernos diferentes, de signos políticos diferentes, que se pusieron de acuerdo en esta línea.

Así que me pregunto: cuando hablamos de esa zona de competencia que reclamaba Javier Solana, ¿cuáles serían las condiciones que nos permitirían a nosotros, no copiar –porque llegamos tarde siempre en la copia–, sino tomar iniciativas de ese calibre –locales– que nos permitieran mirar el futuro de una manera diferente?

Àngel Castiñeira

Muchas gracias. Tiene la palabra Carlos Losada.

Carlos Losada

Mi pregunta es tremendamente breve y no tiene ni preámbulo. Es recolectar la sabiduría acumulada de los intervinientes durante la reunión anterior. A mí me gustaría saber lo siguiente.



Si tuvieran la oportunidad de reformar o crear alguna institución que mejorara la gobernabilidad global, ¿dónde pondrían sus esfuerzos? ¿Cuál sería aquella institución a reformar o aquella institución a crear para mejorar substancialmente la gobernabilidad global? Simplemente es esto.

Àngel Castiñeira

Había pedido ya un primer derecho de réplica Javier Solana. Le paso la palabra.

Javier Solana

Bueno, es difícil contestar a todas las preguntas. Primero, creo que hay gobiernos que mandan menos y gobiernos que mandan más,

dirigiéndome al mundo occidental. En otros mundos, los gobiernos mandan más de lo que mandaban antes. Nuestros gobiernos mandan menos de lo que mandaban antes, y eso es un diagnóstico de la realidad. El Gobierno de China manda más, el Gobierno de España manda menos. El Gobierno de Alemania manda un poquito menos –un poquito más que el nuestro, pero un poquito menos que el de China. Esto queda claro.

Segunda cosa. Aquí hay tres niveles a contemplar.

El primer nivel es el de la defensa en el sentido clásico del término: la paz y la guerra. Ahí no hay multipolaridad, sino que todavía hay unipolaridad. Hay un país que es capaz de dirigir los problemas de la paz y de la guerra, sin duda alguna. Pero este no es el único nivel.

Hay un segundo nivel, que es el económico, en el que la relación de fuerzas es distinta y no hay unipolaridad, sino multipolaridad. El G-20 es un ejemplo de todo eso.

Y el tercer nivel, que es muy importante, a mi juicio, es todo lo tiene que ver con las operaciones transnacionales, que van desde el mundo económico al mundo de las organizaciones no gubernamentales, buenas y malas. Hay organizaciones no gubernamentales buenas, a las que queremos ayudar. Las hay muy malas. De agentes no estatales, en el mundo hay muy malos; hay que reconocer a qué juegan. Estamos en Somalia: la operación militar más importante que se está haciendo, desde hace mucho tiempo, con chinos, europeos, americanos, etcétera, es para evitar que una ruta de comercio muy importante no sea atacada por lo que llamaríamos «piratas», que son actores no estatales, que no responden a ningún Estado, pero responden a una organización no estatal que gana mucho dinero haciendo eso. Todo este tema es lo que tenemos que contemplar en el tercer nivel.

Por tanto, hay tres planos de seguridad muy importantes, de soft a hard: el duro sigue siendo Estados Unidos; el otro es el económico, que es multipolar, y el tercero es sin polo (non-pole), en que no se sabe quién es el que manda.

La segunda cuestión que has preguntado me recuerda a una conversación larga que tuve hace muy poco tiempo con el antiguo senador Bradley, de Nueva Jersey, uno de los demócratas más importantes de Estados Unidos. Creo que toda la crisis viene del período de Clinton. John Roberts, Larry Samuelson, etcétera, son muy responsables de lo que ha pasado. La desregularización pasa porque hay un momento en el que el presidente Clinton dice: «Yo necesito que los pobres tengan capacidad de acceder a un préstamo para tener una casa.» Y ahí

empieza una parte de la desregularización. Lo recuerdo muy bien porque lo he vivido desde una proximidad realmente importante.

Después ya llegó al exceso total de lo que ha pasado y lo que hemos visto, pero fue todo una buena intención. La crisis que vivimos surge –y eso es lo tremendo– de hacer un poquito el bien, de ayudar a los que no tenían. Lo que pasa es que, cuando eso se pone en manos de los que no creen en nada de todo eso, sino en la codicia y en aprovecharse de ello, tenemos lo que tenemos. Eso no lo olvidemos: la crisis tiene un origen, en principio, noble –si creemos que el origen son las hipotecas; es ayudar al que no tenía vivienda.

Con eso te contesto. No tengo más brutalidades que decir, porque ya no es hora de decir brutalidades.

Carreras. El empleo y la equidad. Qué duda cabe de que el empleo va a ser el tema fundamental. Si mañana tuviéramos otro dip, otra bajada, no habría gobierno que tuviese margen de maniobra para resolverla. Lo repito. Si tuviéramos un double dip, no habría gobierno capaz de hacerle frente, porque no tienen margen de maniobra. El presidente Obama hoy no puede pasar una ley al Senado, porque los republicanos no apoyarán jamás una ley para otro estímulo, ya que creen que el primer estímulo no ha dado resultados económicos porque no ha generado empleo. Y esto es lo que está pasando en Estados Unidos en este momento. Es un tema gravísimo y difícilísimo de resolver, porque lo que pueda pasar en Estados Unidos nos puede pasar aquí también o en otros países de Europa. Creo que con eso te contesto un poco.

La segunda cosa que quería decir es sobre esa equidad. Al otro lado del Mediterráneo, hay todo un continente, África, en el que, en muy

pocos años, la media de edad será de dieciocho años. Me paro aquí. Pensad qué quiere decir eso desde el punto de vista de la educación y del empleo y desde el punto de vista migratorio. La media de edad en África, dentro de muy pocos años, será de dieciocho años. Pensadlo y llegad a alguna conclusión. Yo ya he llegado a la mía.

Daniel, completamente de acuerdo contigo. Europa no está en la decadencia que se describe. Creo realmente en Europa y no creo en un mundo bipolar. La bipolaridad China-Rusia no la quieren los chinos y no la queremos nosotros. Tampoco la quieren los chinos: no la quieren de ninguna manera.

Los conflictos en el mundo seguirán siendo conflictos, pero quedaos con algo en la cabeza: la posibilidad de una guerra como la Primera o la Segunda Guerra Mundial no existe. Los miembros permanentes del Consejo de Seguridad no van a entrar en guerra. Esto es una cosa extraordinaria para la generación que está reunida alrededor de esta mesa. Nuestros padres lo hicieron, pero eso no va a suceder. Van a pasar conflictos regionales, que son importantes –he descrito dos en la primera intervención que tienen que ver, sobre todo, con la parte asiática–, pero no creo que lleguen tampoco a mayores.

Me parece importante que seamos conscientes de que, si hacemos las cosas bien, no habrá una guerra como la Primera Guerra Mundial o la Segunda Guerra Mundial. Sí tenemos –y no lo hemos dicho en ningún momento, porque no quería meterme en este jardín– un riesgo enormemente importante, que es la guerra nuclear regional. El riesgo más grande que tenemos es Afganistán, Pakistán e India. He mencionado tres países, dos de los cuales tienen armas nucleares. Pakistán tiene cada día más armas nucleares; ya tiene más armas nucleares que

la Gran Bretaña. Y el siguiente país, que es India. Si se repite un atentado como el de Bombay, la manera como se ha comportado India no va a ser la misma. Ahí sí que hay un riesgo grande, una cierta tensión que no hemos contemplado nunca colectivamente: la posibilidad de que dos países con bombas nucleares estén en una tensión que pueda llevarles a la guerra. Esto es lo que, seguramente, hace dormir peor al presidente Obama y, a mí, dormir un poquito mejor que él, pero también mal.

Sobre Finlandia, Alfons. Finlandia tiene muchas cosas maravillosas, como la unión de dos universidades. Pero lo que tiene Finlandia es un respeto realmente espectacular por el maestro, por el que enseña. En Finlandia, no pagan más a los maestros que en España, vamos a dejar eso claro: no pagan más a los maestros que los nuestros, en términos relativos. Pero el respeto social hacia el maestro es de tal magnitud que han conseguido realmente ser el número uno en PISA. Pueden funcionar las universidades, pero el respeto que hay hacia la educación es espectacular, y esto es lo que tenemos que saber. Si fuéramos capaces de mantener ese respeto hacia el que educa, hacia el que enseña, seríamos un país del nivel de Finlandia.

Me parece que eso es fundamental: el respeto hacia el que enseña, hacia el profesor. Yo he sido profesor, sigo siendo profesor y, por tanto, me interesa que me respeten. Sin embargo, realmente, cuando ves el salario de un profesor en Finlandia, no es un salario alto, pero hay una responsabilidad realmente espectacular en la sociedad respecto al profesor. Eso es lo que nos hace falta. En nuestro mundo, los que estamos aquí, y también Europa, nos la jugamos en la competitividad intelectual; por tanto, nos la tenemos que jugar en educación, investigación y desarrollo tecnológico. Si no creemos en eso, nos irá muy mal.



Gracias.

Àngel Castiñeira

Muchas gracias. Tiene la palabra el profesor Josep M. Lozano.

Josep M. Lozano

Para la pregunta que quiero plantear, me sirve mucho el ejemplo que ha puesto Alfons Sauquet. Es una pregunta no solamente para los ponentes, sino para los asistentes, porque creo que nos afecta a todos. Una de las cosas que se han dicho es que salir de donde estamos sin liderazgo político no es posible, pero solo con liderazgo político tampoco. Hace falta

liderazgo en los distintos ámbitos. Además, se ha dicho que tiene que haber liderazgos compartidos. Mi pregunta es: ¿Qué perfil les ven a estos liderazgos? Estos liderazgos, ¿qué han de compartir? ¿Y qué pueden tener en común liderazgos que –por seguir con la imagen del conseller Castells– levantan banderas desde ámbitos distintos y son capaces, respetando los ámbitos distintos, de ser liderazgos que apuntan en una dirección? Sí es verdad este planteamiento de que sin liderazgos políticos no hay salida, pero solo con liderazgos políticos, tampoco.

Àngel Castiñeira

Gracias, Josep Maria. Tiene la palabra Esther Giménez-Salinas, desde la mesa presidencial.



Esther Giménez-Salinas

Gracias. Dos cosas bien diferenciadas. Una: respecto a Finlandia, comparto plenamente lo que acabas de decir, Javier, pero es que a raíz de la reforma que se produjo en Finlandia hace un año, concretamente, los profesores de las universidades públicas (porque todo el sistema de Finlandia es público), han dejado de ser funcionarios –me adelanto a lo que mañana se va a poder discutir– con los derechos adquiridos por los nacidos antes de 1980. Naturalmente, esto quiere decir que las cosas se han hecho de forma muy correcta: los nacidos después de 1980 tienen un estatus; los anteriores tienen los derechos adquiridos.

Básicamente, la reforma se hizo con los rectores, no contra los rectores. Así que es verdad que el Gobierno tuvo su parte, pero yo estuve

con la presidenta de los rectores finlandeses hace escasamente quince días y, por un lado, había el respeto a la cultura del maestro, a lo que es la educación y los valores, pero, por el otro, la reforma pasó, básicamente, porque se realizó –y este tema es fundamental, al menos para mí– de abajo para arriba, no de arriba para abajo.

Y la segunda cosa, un poco más complicada, es sobre una afirmación que ha hecho Enrique Iglesias, con una rotundidad muy importante: para él era mucho más complicado o difícil la violencia que la pobreza. Lo ha dicho con dos palabras, pero con rotundidad. Desde mi punto de vista, la pobreza es una consecuencia; la violencia es un poder. En la medida en que muchos países democráticos no pueden luchar contra la violencia, con las reglas del juego democrático –en este caso, me estoy refiriendo básicamente a Latinoamérica–, porque algunos países tienen el 97 por ciento de impunidad



en los delitos graves ¿qué alternativa queda?

Cuando oigo hablar del mercado –he aprendido muchísimo de lo que ustedes dicen, porque yo de economía sé bien poco–, creo que la vida es un valor superior al mercado. Si el Estado falla en la protección de la vida y resulta imposible defender la vida democráticamente, la transferencia de poder al Estado, ¿dónde queda? ¿Y qué es?

Àngel Castiñeira

Quedan todavía dos intervenciones, antes de devolver la palabra a los ponentes. Josep Oliu.

Josep Oliu

Muchas gracias. Yo quiero hacer dos reflexiones.

La primera, con respecto a lo que decía Javier Solana. De los cuatro puntos que ha enumerado en su conferencia, hay uno que me ha parecido más importante, desde el punto de vista filosófico: la necesidad de adaptación a los cambios o a las transferencias de poder económico. En todo este período, hemos vivido dos crisis hasta ahora: la crisis de Lehman Brothers –por tanto, la crisis de confianza del sistema financiero– y la crisis de confianza en la viabilidad de los países de la Europa periférica, que de momento tiene dos períodos críticos, pero sigue en período complicado.

De todo esto, lo más importante, me parece a mí, es que el mundo ha cambiado en un sentido, y es que se está produciendo un flujo de transferencia de poder económico y de riqueza. Es decir, la riqueza ha cambiado. Esta crisis –como decía un premio Nobel– no es una crisis de hambre; es una crisis de ricos. Es una crisis de transferencia de riqueza

entre el mundo occidental: el mundo americano, el europeo y dos países emergentes que han cambiado de manera radical.

Entonces, este cambio tan radical de la riqueza existente, de los precios relativos de los activos, de todo lo que ha ocurrido en el mundo en los últimos tres años, obviamente necesita una adaptación. Y esta adaptación es de muchas cosas pero, sobre todo, de las mentes y de las políticas, de las ideas, de los remedios a los problemas que cada uno tiene, etcétera.

Tras esta reflexión, simplemente os quería hacer una pregunta. Cuando el president Pujol era presidente y cuando Felipe González era presidente del Gobierno, tuvimos una crisis importante, la crisis de los años ochenta, y hubo un problema de paro muy serio.

Sabemos ahora que aquí –en todas estas cuestiones del sistema financiero, que son muy importantes– hay un desequilibrio presupuestario pero que, al final, el gran problema con el que nos quedamos en Europa hoy, como consecuencia de este cambio de poder económico fruto de diferencias de competitividad, es un gran problema de paro estructural del que no sabemos por dónde vamos a salir. No solamente en España, sino también en otros países de Europa, aunque sobre todo en España.

Cuando en 1982 –me acuerdo porque estaba allí, en el Instituto Nacional de Industria, con la reconversión industrial– había un problema de paro, había la mentalidad, en el propio Gobierno, de buscar salidas para generar empleo. Había toda una línea política de reconversión industrial, que era importante.

El president Pujol andaba por el mundo pidiendo inversiones para Cataluña. Iba buscando a los japoneses –¿te acuerdas, no, de los japoneses?– para que vinieran a instalar las fábricas en Cataluña,

porque entonces teníamos un factor competitivo: éramos gente disciplinada y con un coste laboral relativamente bajo.

En estos momentos, volvemos a tener un gran problema de paro. Este gran problema de paro va a centrar todo el problema de la adaptabilidad al nuevo equilibrio geoeconómico al que estamos haciendo frente. Pero me cuesta ver alguna receta en los que hoy tienen la responsabilidad de mandar. A mí me da igual que manden mucho o poco, o si mandan poco o si manda otro; en este sentido, me da igual que manden los de aquí o que manden los de fuera. Si mandan los de fuera y mandan mejor que los de aquí, mejor, porque no necesariamente el hecho de que mandemos aquí es una garantía de buen mando. Pero el tema importante es que no veo recetas ni fórmulas para salir hacia delante de este problema, que es, para mí, el gran problema económico que tiene hoy Europa y, en especial, España.

¿Cómo vamos a ser capaces de generar ideas para generar empleo? Oigo cosas como el I+D, que son cuestiones a largo plazo. Pero, a corto plazo, ¿qué posición tenemos con respecto a la inversión extranjera? ¿Qué posición tenemos con respecto a la migración? ¿Hay que fomentar la emigración de españoles hacia el extranjero o hay que seguir fomentando que vengan extranjeros hacia acá? ¿Hay que seguir fomentando la inversión española hacia Latinoamérica o hay que fomentarla hacia China? ¿O hay que fomentar que los chinos vengán a invertir a España y que los latinoamericanos vengán a comprar las empresas españolas?

Simplemente, como habéis mandado y ahora no estáis comprometidos, a ver si tenéis alguna idea al respecto.

Àngel Castiñeira

Muchas gracias. Yo también me había apuntado en

la lista, así que vais a permitir que haga tres aportaciones muy breves. Comenzaré por la primera, que tiene que ver con la última intervención de Oliu sobre el tema del paro.

Estamos escribiendo, desde la Cátedra, los resultados derivados de la Encuesta Europea de Valores aplicada a Cataluña, aunque, para lo que voy a decir, puede ser válido también para España. Decía Oliu que, en los años en que íbamos a buscar empresas japonesas para las industrias catalanas, disponíamos de una mano de obra o de una población laboral disciplinada y activa.

Un problema que nos vamos a encontrar en los próximos años, al menos en Cataluña, pero que también va a ser válido, creo, para España –y ese es el título del libro–, es que vamos a vivir tiempos duros, todavía con valores blandos. Es decir, esa población laboral catalana ya no es disciplinada, al menos de momento. Ese cambio de valores de la sociedad al que se refería Enrique Iglesias en su primera intervención, sobre todo en las clases medias, es importante. Seguimos con la inercia de los valores blandos, cuando los tiempos son duros y, para algunos, muy duros. Esta es una cuestión a tener en cuenta.

Mi segunda cuestión, pensada sobre todo para Javier Solana, es que la geopolítica –me sabe mal decirlo– es para mí una disciplina sucia. Es decir, salvo el idealismo geopolítico, la geopolítica realista, desde Kissinger hasta cualquier otro, es siempre la misma: ¿Dónde están mis oportunidades? ¿Dónde hay los peligros? ¿Dónde puedo obtener mejor tajada? Lo digo de la manera más realista posible.

¿Por qué lo digo? Porque, para la gobernanza de la geopolítica global, esa cuestión no es baladí. Es decir, creo que se combinan tres “fes” de difícil resolución.

La primera I, en la geopolítica actual, es la de las ideologías. Entre la defensa de una democracia li-

beral a la americana o a la europea, pero también con la presencia de teocracias y de autoocracias. Autoocracias que, como se ha dicho antes, pueden ser enormemente efectivas hoy. Y no tengo claro que, en esa I de la ideología, la democracia liberal lleve las de ganar.

La segunda I es la de las identidades. Lo ha dicho también antes Enrique Iglesias. Ya no estamos en un mundo arbitrado exclusivamente por la identidad occidental y sus valores. Por tanto, si vamos a tener que gestionar un mundo donde ni América Latina ni Asia ni África van a admitir ya los valores occidentales, gestionar eso también es enormemente difícil, a no ser que vayamos con la idea de los nuevos conquistadores, que supongo que no es el caso ni para España ni para Europa.

Y una tercera I que no ha salido, y que precisamente es la que puede tener una visión más sucia, es que la geopolítica tiene que ver con los intereses. Y los intereses tienen que ver con guerras por los recursos, por temas de petróleo, por temas de agua, por temas de tierra. China está comprando tierras en Somalia y en Japón para plantar, por ejemplo, arroz. Y los Estados Unidos de la zona sur están buscando agua en América Central, porque no van a tener agua para los próximos veinte o treinta años.

Las energías, entre ellas los hidrocarburos –de eso sabe muchísimo más que yo Javier Solana–, pero también el agua y otros recursos, se van a convertir, por los intereses, en un tema de difícil gestión. Por tanto, cuando digo que la geopolítica es una disciplina sucia, significa que tenemos que ver cómo se va a poder regular ante expectativas o escenarios de escasez.

Y una última cuestión, ya en discusión con el presidente González: creo que todos admitimos el peligro del mandarinato chino pero, ante la visión europea de la gobernanza global, no estamos equilibrando bien la relación entre legitimidad y

eficacia. Es posible que el modelo de gobierno de la Unión Europea sea profundísimamente legítimo, pero tengo dudas de que sea eficaz: es lento y es muy costoso. Y, probablemente, el modelo chino es lo contrario: enormemente eficaz, porque puede tomar decisiones mucho más rápidas que el Gobierno norteamericano y, sin duda, que el Gobierno europeo, aunque, clarísimamente, para nosotros no es legítimo.

En ese debate entre legitimidad y eficiencia, la gobernanza global, al menos a la vista del modelo europeo, pasa por ver cómo vamos a poder ser más eficientes, especialmente si pasamos de un G-20 a unas Naciones Unidas. Lo que no es gobernable es un mundo de 200 naciones en el que todas tomen decisiones. Eso es lo que ocurrió en Copenhague. Así pues, vamos a tener que buscar fórmulas de multipolarismo o de multilateralismo, pero en las que haya países que puedan tener una capacidad de decisión mayor que otros. Ahí hay un tema sobre el que también me gustaría conocer la opinión de los ponentes.

Antes de pasarles la palabra, hay una última intervención. Pedro Luis Uriarte.

Pedro Luis Uriarte

Buenas noches. Decía que estoy de sobra aquí, porque soy un jubilado. Un jubilado bancario. Una persona de edad muy avanzada –parecida a la de don Pedro Fontana, dicho sea entre paréntesis–, y en mi currículum profesional, que quizás les pueda interesar: tengo ocho crisis diferentes.

He pasado por todo tipo de crisis: económicas, españolas, vascas (porque vengo de ese remoto país del norte de España, remoto y montañoso), internacionales, etcétera. Y les voy a dar algunos datos de lo que es la crisis de verdad, de las que hemos vivido. He citado antes al señor Fontana, compañero mío de trabajo. En España, hemos tenido crisis –por citar una muy próxima, la del año 1992, que el

presidente González recordará muy bien–, en las que la situación del sector bancario fue absolutamente crítica.

Les voy a dar un dato. En estos momentos, la tasa de morosidad de la banca española es, más o menos, del 5 o el 6 por ciento de media. Y se mueve en una horquilla entre el 10-12 por ciento, en el caso de las instituciones peores, y el 3 por ciento. En España, en el año 1992, el Banco Bilbao Vizcaya tuvo situaciones de morosidad, en alguna zona de España, del 60 por ciento.

Les voy a dar otro dato. En la crisis del año 1980, que recordarán algunos de ustedes, tuve la suerte, o la desgracia, de ser el consejero de Economía y Hacienda del Gobierno Vasco. Pues bien, les voy a contar lo que era la crisis vasca en aquel momento, para que vean una cosa muy importante: que las crisis existen, pero siempre se superan. Luego voy a matizar este tema.

¿Cómo era el País Vasco en el año 1980? Se lo voy a resumir en datos muy importantes. Cuando fui consejero de Economía y Hacienda de aquel Gobierno –y no hay relación de causa-efecto– el PIB vasco cayó, aquel año, el 10 por ciento en términos reales. La tasa de paro estaba en el 17 por ciento. En el margen izquierdo de la ría del Nervión, donde estaban todas las grandes industrias vascas, era del 40 por ciento. El señor González lo recuerda muy bien, porque lo sufrió desde su propio partido.

Teníamos a ETA funcionando, a razón de 100 asesinatos por año, con 300 atentados y un funeral cada tres días, una situación de absoluta crisis económica, social, política, y una pre-revolución social. El País Vasco estaba absolutamente destrozado. Se empezó a trabajar y, en estos momentos, el País Vasco –han pasado treinta años– es la comunidad autónoma número uno de España en renta, con una renta que supera la española en más del 40 por ciento. Y eso no es el concierto económico, porque es imposible que desde el sector público



se pueda recuperar un país. Voy a hablar ahora de ese tema, porque es muy importante y no se ha sacado aquí: los procesos, no de transferencia de poder, sino de transferencia de responsabilidad. Este es el trabajo de una comunidad –en este caso, de una microcomunidad, una comunidad autónoma española, como es Cataluña–, que supo superarse.

Por tanto, de las crisis se sale. He vivido la crisis mexicana del año 1995, con tasas de interés del cien por cien. ¿Qué empresa puede aguantar una tasa de interés del cien por cien? Pues México más o menos ha salido adelante. Por tanto, de las crisis se sale; pero hay vencedores y vencidos.

Vamos ahora a mirar las realidades más próximas a España, a Cataluña y al País Vasco. En la crisis global actual, España sale vencida o, si queréis, para no decir mentiras, sale tocada. ¿Por qué? Porque sectores críticos de la economía española

tienen problemas muy complejos para resolver. Me refiero al sector inmobiliario, al sector de la construcción. Una posición competitiva importantísima, porque cinco de las grandes constructoras mundiales son constructoras españolas y siete de las grandes inmobiliarias mundiales son inmobiliarias españolas. Por tanto, algo se ha creado. Pero esos sectores están tocados y, como consecuencia, colateralmente, el sector financiero está también tocado, de una forma defendible.

¿Y esto qué le va a suponer a España? Pues que España no va a empezar a crear empleo de una forma razonable hasta el año 2015 o 2016. O, dicho de otra forma, que vamos a perder ocho años de vida económica. Y ahora vamos a ver si estamos en decadencia o en no decadencia. ¿Qué va a pasar en esos años? Pues tenemos las estimaciones del Fondo Monetario Internacional, que nos indican que el crecimiento de los países emergentes, hasta el año

2020 (es decir, un horizonte de diez años), se van a llevar el 70 por ciento del crecimiento mundial. Y España, en ese crecimiento, está mal posicionada. Es como una empresa que está vendiendo sus productos en un mercado que no crece. La relación comercial internacional de España está básicamente con la Unión Europea: ahí es donde están los principales clientes. En otros ámbitos, tiene una relación muy importante con América Latina, por inversiones muy importantes, pero dentro de América Latina, el 40 por ciento de esa economía –que es Brasil– tiene una presencia española muy pequeña.

Estamos mal posicionados. Entonces, cuando una empresa está mal posicionada, con unas perspectivas de crecimiento débil, ¿qué es lo que hace? Todos lo sabemos: tiene que hacer un proceso de reestructuración; tiene que hacer un proceso de replanteamiento; tiene que hacer un plan estratégico. ¿Quién tiene que hacer el plan estratégico de España? ¿Cómo se hace ese plan estratégico si los partidos políticos no se ponen de acuerdo, si los dos principales partidos políticos discrepan radicalmente en cualquier tema?

Y aquí voy a hablar de lo que quería decir, que no es solamente la transferencia de poder, sino la transferencia de responsabilidad. En esta situación de España, ¿dónde está la sociedad civil? ¿Qué líderes empresariales se han puesto en pie por una solución para España? ¿O para Cataluña? ¿O para el País Vasco? ¿Quién, quién? ¿Quién es Cataluña?

Si España está mal posicionada y la economía española va a crecer poco, ¿quién es la economía española? ¿No son sus empresas? ¿Y, en las empresas, quién manda? ¿No son los empresarios? Y si España tiene un problema de déficit de educación, en universidades, etcétera, y no se parece a la mítica Finlandia, ¿qué pasa? Los rectores, los profesores... ¿Qué sucede? ¿Quién tiene que reaccionar aquí? Esto es lo que quería decir.

Y termino. En esta situación estamos todos y todas en el mismo barco y no se trata de decir que el Gobierno –como antes decía Antoni Castells, que es verdad– tiene que levantar la bandera del liderazgo con un proyecto. Nosotros –yo no, porque ya estoy jubilado–, vosotros, los jóvenes, tenéis que levantar esa bandera para conseguir que podamos superar las dificultades que nos produce la coyuntura presente, con la confianza absoluta –y esa es una lección de muchos años de vida– de que todas las crisis, todas, son superables, y que esta no es ni la más difícil ni la más complicada por las que han atravesado España y Cataluña.

Nada más. Muchas gracias.

Àngel Castiñeira

Muchas gracias a ti. Vamos a pasar la palabra, si os parece, a la mesa, a los cuatro ponentes. En la medida de lo posible, si hay tiempo, luego podemos hacer un nuevo turno de réplicas.

Felipe González

Bueno, parece que me ofrecen el micro. Voy a empezar por el final. Cuando llegué al Gobierno, teníamos 4.500 dólares per cápita. En plena crisis, para afirmar lo que acaban de decir, estamos en 34.500. O sea, que tal vez lloremos demasiado. Ahora bien, es verdad que hay problemas, incluso cuando uno se plantea cómo habría que hacer un análisis del modelo finlandés o cómo habría que hacer un análisis de la reforma laboral o de lo que ustedes querrán. El problema es que se trabaja poco, es decir, que hay poca productividad por hora de trabajo y, si se dice, además la gente lo entiende. Por tanto, esta es la única manera de enfocar ese primer problema, antes de analizar todo el problema del capital humano, de la I+D+i, de la formación de ese capital humano, etcétera. De Finlandia, tuve la oportunidad de tener al lado, durante dos años, a



uno de los cinco tipos que hizo el informe sobre la transformación del capital humano en Finlandia. Era uno de los dos vicepresidentes que tenía en ese consejo europeo para definir la estrategia, Jorma Ollila, antes presidente de Nokia y, actualmente, presidente de Shell. En fin, no era una reforma vertical, pero había un informe, que se planteaba lo siguiente: ¿Qué hay que hacer en Finlandia para sacar al país de la crisis de 1991, de 1992?

En España, creo que algunas cosas se pueden decir con claridad. Hay poca productividad por hora de trabajo. La única manera de superar eso, antes de empezar a ver los efectos de una nueva formación de capital humano, es ligar el salario a la productividad por hora de trabajo. Eso suena durísimo. Cualquier reforma laboral que no se enfoque en ese sentido creo que tiene poco sentido, poca orientación. Y ligar el salario a la productividad por hora de trabajo significa que hay que ligar

también lo que podríamos llamar las retribuciones indirectas, con lo cual nos acercaríamos a un viejo discurso de un tal Pujol, que hablaba siempre de la economía productiva frente a otro tipo de dibujos económicos, que están en la raíz de una crisis que viene de muy atrás, como decía Javier Solana.

Clinton hizo un gran esfuerzo de financierización de la economía, con una buena voluntad. ¿Cuál era la buena voluntad? Compensar las rentas bajas del país, de la injusticia, en la distribución de los ingresos del proceso de globalización, que es mundial. No hay un solo modelo en el mundo en el que el impacto de la globalización no haya creado desigualdad en la distribución de la renta. Repito: ni un solo modelo, desde China a Dinamarca, pasando por Estados Unidos. Y hay maneras de compensar la desigualdad, que no el crecimiento de la pobreza. Porque, al final, estos últimos veinte años ha habido crecimiento de la riqueza y ha habido

mucha gente que ha salido de la pobreza. Ha crecido la población mundial pero, no nos engañemos: han crecido las desigualdades, a la vez que ha disminuido la pobreza. Los países que no podían, no querían o no sabían compensar ese crecimiento en la desigualdad de la renta con una redistribución más equitativa, más justa, del crecimiento de la riqueza, lo que han hecho es facilitar el acceso al crédito sin garantía de las rentas bajas. Se puede ver desde una parte absolutamente noble y se puede ver como una operación que, efectivamente, contiene una insatisfacción de fondo de grandes sectores de la sociedad.

Siguiendo con la última intervención, la verdad es que saldremos de esta crisis, como de otras, aunque no tenemos mucha orientación sobre cómo hacerlo. No quiero entrar en el debate de si esta es más grave o menos. Esta es global, es compleja, es sistémica. Tiene un origen que ya se nos ha olvidado. Es la financierización de la economía; por tanto, la falta de atención a la economía productiva, que diría Pujol, y, por tanto, el crecimiento exponencial de una burbuja financiera que, en nuestro país, ha ido acompañada de una burbuja inmobiliaria.

Cuando oigo hablar a los dirigentes políticos que hay que salir de la economía del ladrillo y el cemento, tengo el mismo reflejo del último interviniente. Habrá que salir, pero en El Corte Inglés no se encuentra la estantería en la que pone «Nuevo modelo de economía» para abandonar la vieja estantería del anterior modelo de economía. Hay que contar con lo que tenemos para cambiar: y, entre otras cosas, tenemos magníficas empresas de la construcción a las que no podemos menospreciar simplemente, entre otras cosas, porque hemos ayudado a crearlas.

En otros sectores, hay que basarse en lo que tenemos para cambiar. A mí me interesa mucho el tema finlandés, porque dice: podemos imitar. Les recuerdo una conversación que tuve con la señora Merkel a mitad del recorrido de este informe,

al que he dedicado un año y medio de esfuerzos. Cuando le hablé del modelo no solo finlandés, sino nórdico, me dijo: «Bueno, son países más pequeños...» –cosa que oigo aquí todos los días. Tienen una dimensión en la que es más fácil el consenso social. Tienen una cultura distinta pero, sobre todo, son de una dimensión distinta. «Alemania, con 80 millones de personas, no puede hacer lo mismo que Noruega o que Suecia o que Finlandia o que Dinamarca.» Y como ese era el argumento principal, le respondí: «Bueno, pero como son ustedes no sé cuantos Länder, dele la tarea a los Länder y se acercarán a la dimensión de los Países Nórdicos. Haga la reforma a nivel de Länder.» Porque, en el fondo, es una excusa: es una manera de protegerse para no enfrentar el problema y producir cambios importantes.

Algo de lo que ha dicho Javier me ha impresionado. De Finlandia, el gran desafío es que el estatus del formador del capital humano. Desde la infancia hasta el posterior a la universidad. No está pagado con más nivel de renta, sino con un respeto social que hace que uno se encuentre, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, a un funcionario o funcionaria magnífico, y le diga: «¿Y usted, por qué se dedica a ser funcionario de Exteriores?» «Porque no tenía nota, no tenía calificación suficiente para ser enseñante. Así que me rechazaron en la enseñanza y me he dedicado a lo que puedo: a Exteriores, a Relaciones Internacionales.» Lo digo porque es una cosa seria.

Al final, es un problema de estatus y de respeto. Pero no hay que olvidarse de dónde viene Finlandia, pues el estatus no se paga con dinero, aunque está bien retribuido. Muchas de las cosas que se degradan en nuestros países son debidas a la pérdida de estatus –como decía Solana–, de respeto. Como yo no me dediqué a la enseñanza –me echaron cuando era profesor ayudante de clases prácticas, allá en 1971–, ya no tuve más remedio que dedicarme a la política, a ser presidente del país, a esas miserias.

Pero Finlandia perdió la mitad de su producto bruto con la caída de la Unión Soviética. Es muy difícil encontrar históricamente una situación en que un país, en dos años, pierde la mitad de su producto bruto. Y el país dice: «¿Qué hacemos?» Y había cinco o seis personas que hicieron un informe sobre qué se podía hacer. Empezaron con un 30 por ciento de aportación del sector privado al esfuerzo de la I+D+i, contra un 70 por ciento del sector público. El sector público mantiene su apuesta, que era del 70 por ciento, aunque esta se ha convertido en el 30 por ciento, contra el 70 por ciento del sector privado. Por tanto, han entendido esa cosa que hoy ha salido aquí, en passant, de una relación público-privada importante, que ha cambiado la mentalidad del mundo universitario y que es extraordinariamente importante.

América Latina no es culturalmente diferente a nosotros, al contrario: parte de sus desgracias se deben a que es culturalmente como nosotros, y que un universitario que se precie no quiere mercantilizarse; el mercado es despreciable. Por tanto, como a mí me echaron de la Secretaría General o salí de la Secretaría General por defender el mercado frente al marxismo, hoy sigo defendiendo el mercado.

Las anécdotas a veces valen más que las categorías. Doce o catorce años después, cuando cae el muro de Berlín, en conversaciones con el viejo Bush, nos dice: «No importa este desorden, esta mafia de los países del Este, eso no importa; lo que importa es que haya mercado. Todo lo demás vendrá por añadidura.» Yo entonces me exasperaba pensando en que la relación entre el mercado y la democracia era una relación siempre desigual, porque el “señor mercado”, si no le va bien con la democracia, aspira a un mandarinato o a una dictadura para que le vaya un poco mejor.

Sin embargo, la democracia no puede prescindir del mercado –puede intervenir más o menos–, por eso las relaciones están desequilibradas. No exis-

te democracia sin libertad económica, y la libertad económica solo existe en el mercado. Pero si existe mercado sin libertades públicas, por tanto, sin democracia. Nosotros lo hemos vivido bajo la protección del Caudillo durante algún tiempo. Yo no tengo fascinación por lo que puede ser China como referente.

Uno ha vivido durante bastantes años para recordar que, hace veintidós o veintitrés años, no más, se decía que el modelo japonés iba a arrasar el mundo, iba a comprar la Quinta Avenida, iba a comprar Australia, iba a quedarse con el mundo... Solo hace veinte años. En cada sitio donde llegaba el representante de Toyota, de Mitsubishi o cualquiera de ellos, lo que decía se tomaba como la Biblia. Por tanto, no había manera de detener el poder creciente del organizado ejército japonés, que ocupaba los mercados de todo el mundo. Y hoy estamos cometiendo el defecto contrario: prestar muy poca o ninguna atención a Japón, cuando sigue siendo un actor relevante, aunque esté en crisis.

China va a tener problemas –claro que los va a tener– como cualquiera. El problema es que nos aterra que empiece a tener problemas. El problema es que, en la economía mundial, si China pasa de diez puntos de crecimiento a cinco, probablemente vuelva a haber una recesión mundial, porque todavía no hemos salido de ese atajo. Lo mismo les pasa a los chinos con Estados Unidos. ¡Hombre! Prefieren que no les vaya mal del todo, entre otras cosas, porque más de la tercera parte de la deuda de Estados Unidos –pública y privada– la tienen ellos. Ya saben ustedes que uno tiene que ser rico si debe mucho, no solo por tener mucho. Lo malo en esta vida es tener poco o deber poco: ahí te machacan. Pero, teniendo mucho, todo el mundo te cuida: no te vaya a dar un infarto. Todos los chinos están preocupados de que los americanos no salgan de la crisis. Hay una colaboración de intereses.

En una de las intervenciones, se ha hablado de los problemas globales relacionados con los intereses.



Tenemos muchas tensiones a la vista. La tensión de una crisis de oferta en materia energética, que va a ser evidente –porque, si la economía mundial crece al 2,5 o al 3 por ciento de media en los próximos diez años, no va a haber capacidad de satisfacer energéticamente (salvo que se produzca un descubrimiento todavía no esperable) toda la demanda de energía en el mundo. Por tanto, habrá tensiones, y habrá tensiones serias, que habrá que organizar. Eso tiene que ver con el poder blando y con el poder duro, esa teorización que se hace.

La política exterior siempre ha sido una política de intereses. Quien no lo reconozca hace discursos bonitos, sí, pero, al final, o hace política de intereses o no hace política. Está claro que los intereses pueden ir acompañados de valores, perfecto. Pero ¿hay una política de valores sin intereses? Es mentira; es un discurso banal. Por tanto, las relaciones políticas, las relaciones de poder a escala mundial,

van a ser relaciones de poder vinculadas directamente con los intereses. China va a aceptar en el Consejo de Seguridad todas las sanciones a Irán que sean necesarias, salvo las que afecten a sus intereses con Irán. Entre otras cosas, son 120.000 millones de dólares de compromisos energéticos con Irán, a cambio de productos chinos, ni siquiera pagando. Pero esto es así y va a seguir siendo así.

Queremos descubrir el origen de lo que nos pasa. Lo que nos pasa es que se ha financierizado la economía, y esa financierización de la economía nos ha llevado a una crisis sistémica y global, desde el punto de vista del funcionamiento del casino financiero global. Y, sin reglas, esta ha ido galopando con la introducción de un factor fundamental para la globalización, que es la revolución de la información. Que haya transacciones en tiempo real e instantáneas en todos los mercados de valores, 24 horas al día y 365 días al año, hace imposible que

se pueda arreglar sin una alternativa reguladora del conjunto.

De nuevo renace la tasa Tobin, o un elemento parecido a la tasa Tobin. He oído una valoración de lo que supondría el 0,5 por ciento de imposición o de tasa sobre las transacciones internacionales, y he oído 450.000 millones de dólares, aproximadamente. Les quiero decir que el negocio de la droga, con dos grandes mercados de consumo, Estados Unidos y Europa, está por encima de los 800.000 millones de dólares. Hablando de la violencia a la que se refería Enrique Iglesias, quiero decir que la principal amenaza a la seguridad en América Latina, a la capacidad de los estados para garantizar un derecho elemental, que es el derecho a la vida (Caracas tiene más muertos por día que Ciudad Juárez, teniendo en cuenta la dimensión de Caracas en relación con su población), a la capacidad de los gobiernos para responder a ello, es que el narcotráfico, que hace imposible que disminuyan los índices de criminalidad. Es un poder que, en los tres mil kilómetros de frontera de Estados Unidos con Méjico, supone más de 1.000 millones de dólares diarios como la renta de la droga que pasa hacia Estados Unidos, y más de 40.000 millones de dólares en transacciones de armas. Así que unos ponen los muertos y otros ponen el blanqueo de dinero. Es imposible que pasen más de 1.000 millones de dólares diarios a un mercado minorista sin que haya circuitos de financiación fantásticos. Lo he discutido muchas veces con americanos amigos y, además, en la época de Clinton. Se repite la descalificación tremenda y probablemente merecida: policía mejicana corrupta, ineficaz, etc.

Cuando he oído que el tambor suena muy alto en el tema de la violencia, que afecta a la gobernanza democrática de países que tienen fragilidad para gobernar, he puesto un solo ejemplo: «Se han descubierto 60 narcotúneles en la frontera, y los 60 se han descubierto en la parte mejicana de la frontera. Han sido los corruptos ineficaces los que han visto el agujero por la parte de Méjico. Se supone

que el narcotúnel sale por la otra parte, y los eficaces e impecables de la otra parte no han descubierto ni uno solo de los 60.» Algo raro sucede, y eso raro que pasa –perdóneme que les diga–, es que, mientras que uno pone los muertos y otro pone el problema de la droga, de la circulación, pues todavía se sobrelleva. Pero, a pesar de todo, hay más de 500.000 ciudadanos en Estados Unidos en cárceles por delitos de narcotráfico menor, más que en toda la Unión Europea, que tiene 500 millones de habitantes.

Como he hablado de California, y no querría abusar, porque me gusta ese país (de verdad, me gusta Silicon Valley: fue allí donde aprendí algo sobre los efectos de la globalización, I+D+i, la cooperación público-privada...), les quiero decir que, este año, California tiene más presupuesto para prisiones que para educación. Cuando se llega a ese punto, uno tiene que decir que eso no va a seguir funcionando.

Última reflexión sobre el liderazgo. Tenemos varios problemas de liderazgo. Algunos nos los explicó claramente Javier Solana. El primero es que, frente a problemas globales o desafíos globales, el liderazgo del Estado-nación es insuficiente. El Estado-nación, en las democracias maduras, está en crisis: el Estado-nación chino no está en crisis (puede llegar a estar en crisis pero, por el momento, no está en crisis), pero las democracias maduras están en crisis. Hay una descentralización del poder hacia dentro y hacia fuera, y hablo del reparto del poder político, que es inexorable y no malo, siempre que se mantengan la perspectiva y los elementos de cohesión. Y hay otra descentralización, no querida, hacia poderes que emergen en la sociedad de uno y otro signo, de manera que se debilita el poder del Estado.

Al fin, debería decir: «La política –después de veinte años de estorbar, a partir de la caída del muro de Berlín y de la liquidación de la política de bloques– ha sido reclamada para rescatar al mundo financiero

de la crisis. Y, una vez que se siente rescatado, vuelve a pedir a la política que se aparte y que la senda que llevaba siga manteniéndose como estaba.»

Por tanto, eso que llamamos el mercado –que tampoco es nada: es una abstracción– y su funcionamiento necesitan un marco regulador que los salve de sus propios problemas, sin cargarse al mercado, sin caer en la utopía regresiva de un gobierno como el de Chaves, que quiere intervenir en todos los sectores de la economía y que pone a la empresa petrolera a hacer frigoríficos y líneas blancas, cuando no sacan más que el 40 por ciento del petróleo que se corresponde con su capacidad instalada. Pues tienen que hacer otra cosa. ¿Por qué? Por lo arbitrario del intervencionismo del Estado, que está destruyendo el aparato productivo de Venezuela. Hoy ya ha empezado a cambiar la cosa, créanme: hoy ya ha empezado a cambiar.

Eso es tan peligroso como ese fundamentalismo estúpido de que lo único que hay que hacer es restablecer la situación anterior. Yo viví la crisis de 1980, de 1982; la reconversión industrial; la promesa de 800.000 puestos de trabajo que, cuando acabó mi primer mandado, eran 800.000 desempleados más, y nunca volví a poner en el papel que iba a crear 800.000 puestos de trabajo, porque comprendí, de una vez y para siempre, que el empleo lo dan los empleadores y no quien lo pone sobre el papel, que lo resiste todo. Por tanto, uno se hace pragmático, en el mejor sentido de la palabra.

Y quiero decir que mi único punto de discrepancia es que, teniendo 34.500 dólares, aunque perdamos 5.000 o 6.000 por cápita, no va a ser lo mismo que 4.500 de 1982. Por tanto, no deberíamos llorar mucho, sino ponernos a trabajar e identificar nuestros problemas. Pero quiero decir: «Esta crisis es más difícil de diagnosticar que la anterior.»

Por tanto, si el diagnóstico es más difícil, la terapia será más compleja y, desde luego, al nivel de España, solo es posible una respuesta europea,

con derivaciones españolas que tienen sus problemas específicos. Por eso, algunas veces digo: «¿Por qué impacta la crisis más en Europa que en el resto del mundo?» Y analizo los problemas europeos. ¿Y por qué, dentro de Europa, el impacto en España es específico? Y trato de analizar los problemas españoles. Creo que es la única manera de operar. Al revés no se puede operar. Ahora, ¿lo estamos haciendo responsablemente? Les aseguro que las fuerzas políticas, no. La sociedad en su conjunto, no.

Usted ha dicho: «¿Qué hacen los empresarios?» Mientras acepten que la representación de la CEOE es la que es, estamos muertos, porque les importa un bledo.

Antonio Garrigues

Da gusto escuchar a personas como Felipe González. Quiero agradecerle, ante todo, su claridad y sus manifestaciones. Quisiera transmitir solamente un mensaje que para mí es muy importante, que tiene que ver también con la intervención de Pedro Luis Uriarte. Yo viví la crisis de 1992 y, como ha dicho Felipe González, posiblemente la crisis actual es menos importante que la de 1992 pero es una crisis más global.

Ahora bien, recuerdo los análisis que se hacían en aquella crisis de 1992, en que decían que España no tenía salida, que había una crisis inmobiliaria, que había una crisis tremenda. Y después de esa crisis de 1992, España ha vivido el mayor proceso de crecimiento económico de la historia; nunca ha habido un proceso de crecimiento mayor que el que siguió a la crisis de 1992.

Mi teoría sobre las crisis es que, o aceptamos que la condición humana es la que es (y que las crisis son absolutamente inexorables e inevitables, que es imposible imaginar un mundo sin crisis, pues estas forman parte del sistema glo-



bal de funcionamiento de la sociedad) o estamos equivocándonos profundamente. Las crisis son absolutamente decisivas y necesarias en el proceso de crecimiento de la humanidad. La humanidad ha superado todas las crisis: parece como si, de vez en cuando, la humanidad quisiera buscar el caos, pero nunca busca el caos, jamás busca el caos.

Lo que digo, inequívocamente, es que esta crisis que parece tan importante, en un plazo corto –yo diría no superior a dos o tres años– va a empezar a dar resultados profundamente positivos, en lo que respecta tanto a Europa como a Estados Unidos y al resto del mundo. Esta crisis va a ser tremendamente positiva, porque va a generar unos sentimientos de globalidad efectiva y de globalidad eficaz que van a ser profundamente positivos.

Con respecto a España, en relación con esta crisis, siempre recuerdo la frase de Charles Chaplin: «Cuando uno es pobre tiene que ser listo, porque ser pobre y tonto es sumamente peligroso.» Es decir, o empezamos a ser listos y a darnos cuenta de dónde están nuestras opciones, o no hay nada que hacer. Alguien ha dicho antes, por ejemplo: «En estos momentos, España ha de tener varias prioridades. Hemos de tener la prioridad latinoamericana. Hemos de tener la prioridad europea. Hemos de tener la prioridad norteamericana.»

Pero, ¿qué pasa? Que nos hemos olvidado de China, de India, de Japón, de Indonesia. Nos hemos olvidado de todo ese tema. Eso no puede ser. ¿Por qué? Porque cuando hablamos de estrategia, si miramos a un escenario de cinco años –datos inequívocos–, el eje del Pacífico va a ser decisivo.



Jordi Pujol conoce esto bien. Jordi Pujol –lo digo siempre públicamente y, además, lo menciono en todas mis conversaciones– ha sido, por ejemplo, el líder político que más se ha ocupado de Japón, sin ningún tipo de duda. Jordi Pujol iba al Japón todos los años, al menos una vez, y muchas veces dos veces. Y se ocupó del Japón de una manera eficaz e importante en la época en la que el Japón era un país importante.

¿Cómo generamos en España ahora un sentimiento de que de verdad podemos afrontar esta crisis sin ninguna duda, que sabemos que tenemos un problema un poco superior a los demás, pero que no pasa absolutamente nada? Lo que pasa es que aquí tienen derecho a quejarse los inmigrantes, tienen derecho a quejarse los parados, esos sí tienen derecho a quejarse. Nosotros, no. Es decir, tenemos que transmitir seguridad absoluta en este aspecto. Y lo que detecto en España, en estos

momentos, es una sensación realmente de juego político –y ahí sí que reclamo a una acción nueva– profundamente negativo. Tenemos una izquierda que no sabe todavía bien lo que es; tenemos una derecha seca, con ramalazos al estilo del Tea Party, que solamente aporta espavientos y miedo, y luego tenemos un mundo como el empresarial –que está aquí muy bien representado–, del que afirmo, inequívocamente, que ha entendido la globalidad. Si alguien ha entendido la globalidad en España, estos son los empresarios. Y lo que están haciendo los empresarios españoles en materia de globalidad no lo ha hecho nadie, mientras que el estamento político lo está haciendo razonablemente mal en ese aspecto.

Lo que quería transmitir antes, cuando he dicho que un líder tiene que renunciar al derecho al pesimismo, es que el que dude que de aquí vamos a salir, y no mal, sino bien, está profundamente equivocado.

Jordi Pujol

A quina hora hem de plegar? No tingueu por, no tingueu por. Tienen miedo de que hable demasiado. Vamos a ver. Quisiera hacer una pequeña defensa de los políticos. Antes he dicho: «Si los mercados son importantes, ¿para qué sirven los políticos?» Y esto está dentro de una especie de planteamiento general; los políticos, además, son muy malos...

No olviden que un país que no tenga políticos está perdido. Se trata de que tenga políticos buenos, claro. Pero necesita políticos. Por tanto, esta actitud de «si los mercados lo resuelven todo o lo estropean todo, ¿para qué sirven los políticos?» es un poco displicente. Un país que no tenga sociedad civil está perdido. Pero un país que no tenga, además, políticos, tampoco funciona, porque hay muchas decisiones, a pesar de todo, que las toman los políticos, y la sociedad civil, para que pueda sacarlas adelante, necesita de los políticos.

Como Felipe González y yo estamos retirados, no lo decimos para defendernos. Sin políticos, un país no va adelante. Por tanto, ayuden ustedes también un poco. La sociedad que ayude también un poco. La prensa que ayude también un poco. Los políticos tienen sus limitaciones –o las teníamos en nuestro tiempo, y ahora también, me imagino. Una vez fui a ver a Calvo Sotelo, que entonces era presidente del Gobierno, y me dijo: «Oye...» –hablábamos de una cosa que él quería hacer y que no podía hacer– «... es que la gente piensa que los presidentes –él era presidente del Gobierno y yo era presidente de la Generalitat– podemos hacer cualquier cosa y la verdad es que los presidentes hacemos lo que podemos.»

Pero, claro, la diferencia con un país como Alemania, pongamos por caso, es que, cuando todavía no había crisis, hubo un político, Schroeder, que decidió tomar una serie de decisiones impopulares, que además le enfrentaron a los sindicatos y a su

propio partido. Hizo una cosa parecida a lo que hiciste tú en cierta ocasión, Felipe. El partido le llama: «Señor canciller y secretario general del Partido Socialdemócrata, oiga, si usted sigue con esta política vamos mal y vamos a perder las elecciones.» Y él contesta –y que conste que Schroeder no es un personaje de mi preferencia, pero fíjense lo que dice: «Oiga, yo soy secretario general del partido pero, además, soy canciller de la República Federal. Por tanto, yo dimito de secretario general del partido, pero sigo haciendo de canciller.» Aquí está el caso.

Otro caso: la señora Merkel. Es muy fácil burlarse de sus pantalones y todas estas cosas, pero la señora Merkel es una señora que, cuando todavía no había crisis, subió el IVA, no sé si dos puntos o tres. Dijo: «Tenemos que ahorrar.» Subió el IVA. Y la criticaron mucho. Segundo: ahora está entrando en una situación difícil, porque está tomando decisiones que no cuentan con el apoyo ni de parte de su partido, ni de su partido aliado, que es el Partido Liberal. Y ella las va tomando. Y cuando le dicen algo, ella responde: «Oiga, yo voy a hacer una política para que no cierren las empresas.» Su obsesión es que no cierren las empresas, porque cuando una empresa cierra cuesta mucho de que vuelva abrir. Y se va creando una cierta aureola de impopularidad, pero lo hace.

Por tanto, ustedes respeten a los políticos, incluso a los malos, porque también hay empresarios malos. ¿O no? Y también hay profesores de universidad malos. ¿O no? Bueno, pues ya está.

Otra cosa. Lo que ha dicho Uriarte es verdad. Cuando empecé de presidente de la Generalitat, en 1980, la crisis era tremenda y larga: 1980, 1981, 1982, 1983, 1984. Tuvimos un paro muy elevado; usted hablaba del 17-18 por ciento en el País Vasco, pero aquí teníamos el 22. Los tipos de interés estaban al 17 y al 18 por ciento. Y aquí, en esta comarca, no hay que ir lejos, toda la industria textil del río Llobregat, toda la industria textil del río Cardener desapareció: no queda nada.

De aquella empresa que había en Manresa, con tres mil trabajadores, que se llamaba la Fábrica Nova, no queda nada. Y, evidentemente, aquello se superó. A mí, de vez en cuando, me gusta pasearme por el país, para ver qué pasa, no por nada, simplemente porque a mí me gusta verlo. El otro día estuve en Sallent, que era un pueblo especialmente castigado: las empresas cerraron, la industria textil cerró, etcétera, y las minas iban mal. Bueno, pues hoy Sallent es un pueblo que ha reaccionado, y Manresa, Sabadell, Terrassa. En general, toda Cataluña ¿Qué queda de la industria textil de Sabadell y de Terrassa? Pues queda algo, más de lo que parece incluso, pero queda poco. Todo aquello finalmente se superó. Hubo una buena política y la sociedad reaccionó.

Quisiera añadir otra cosa. Alguien ha dicho antes, y lo celebro, que no le parecía acertado hablar de decadencia europea.

Miren ustedes, yo soy un patriota europeo, ¿saben? Para mí, Europa no es solamente una idea teórica, sino que desde que a los dieciséis años leí el discurso de Churchill en Zúrich sigo con pasión, con interés y con gran afecto todo esto. Estoy muy contento de saber que dicen que no hay tal decadencia. No sé si tenemos o no decadencia, pero sí sé que tenemos muchos activos y, por tanto, podemos superar esto, y conviene que lo superemos. Tendríamos que convencernos de que es bueno para el mundo que lo superemos y que, por así decirlo, asumamos esta actitud orgullosa de decir: «¡Es que es bueno para el mundo! ¡No es bueno para Europa: es bueno para el mundo que superemos esto!»

Dicho esto, permítanme que, de todas formas, les haga notar un par de cosas. Es evidente que, desde un punto de vista objetivo, nosotros, en términos absolutos, vivimos muy bien, pero, en términos relativos, perdemos peso económico y peso político. Cuando se habla del G-20 y se tiene que ir Bélgica, perdemos peso económico y peso político. Eso tampoco es tan grave, porque ya se sabe que siempre

hay oscilaciones y que era lógico que, tarde o temprano, los chinos y los indios y los sudafricanos y los brasileños, etcétera, se pusieran en marcha. Pero, en fin, una cierta pérdida relativa de peso sí la sufrimos.

Tenemos un grave problema demográfico, ante el cual Europa no reacciona. Y lo que me preocupa es que no reaccione no por el hecho de tener un hijo más o un hijo menos, sino simplemente porque hay una actitud de abandono y de desinterés, una actitud de no entender que un país envejecido es un país decadente siempre. Naturalmente, este tema se puede resolver con la inmigración. Pero eso no es tan fácil. Además, se sabe que los problemas que plantea la inmigración, en general, son cada vez más evidentes. No es de buen tono hablar de esto, ya lo sé y, como no es de buen tono hablar de esto, pues no vamos a hablar de esto, sino que vamos a dejar que las cosas hagan su curso. De todas formas, el hecho está ahí.

¿Tenemos más problemas? Tenemos un problema a largo plazo de pobreza de recursos. Nuestra política, respecto a Rusia, por ejemplo, viene siempre muy condicionada por esto. Tenemos, luego, un problema de una cierta desorientación y de una cierta inseguridad: no acabamos de encontrar nuestro sitio y no acabamos de saber cuál tiene que ser nuestra relación con Estados Unidos. Personalmente soy partidario de la reconstitución, tanto como se pueda, de aquello que antes llamaban the West, el occidente. Vamos a ver: los chinos están muy bien; los indios también están muy bien. Pero la verdad es que, hoy, a pesar de todo, me encuentro mejor con un norteamericano que con un chino. Me siento más cercano desde el punto de vista de los valores, desde el punto de vista de la concepción de la vida, de la Weltanschauung, que dirían los alemanes, de la concepción del mundo, a pesar de todo. Por tanto, pienso que eso tendríamos que recomponerlo. Y, generalmente, tenemos también toda una problemática importante de valores a repensar.

Felipe, decías que necesitábamos un liderazgo político europeo. Esto teníais que hacerlo vosotros



con la comisión de Europa 2030. Has dicho antes una cosa, que ahora simplemente apunto, porque creo que tiene que ser un elemento de reflexión: que Alemania ha renunciado a ser dirigente. ¿Lo has dicho tú, verdad?

Felipe González

Lo matizo. Desde el discurso de Kohl, que quería una Alemania europea, al discurso actual, que es una Alemania sin complejos, hay un recorrido.

Jordi Pujol

Es cierto. Sin embargo, es un recorrido que lógicamente Alemania tenía que hacer y que ahora tenemos que ver cómo, en una nueva situación, Alemania puede... Pero, en fin, este es un tema largo y vamos a dejarlo.

La última cosa de que quería hablarles: Finlandia. Tema de moda. Los finlandeses sí que hacen bien esto, sí que hacen bien lo otro. Bueno, ¿cuál es el secreto? Yo pienso que es que en Finlandia son serios; es bastante sencillo: son serios. Nosotros no lo somos tanto. Son serios y son muy consecuentes y, claro, lo que decía Felipe: si pierden el 30 o el 40 por ciento de su producto interior bruto, o el 50, el primer ministro se va a la televisión y hace un discurso. Y dice: «Oiga, desde mañana, todos los finlandeses, empezando por mí, vamos a disminuir nuestros sueldos en no sé cuánto.» Y lo hicieron. Pero, para llegar a esto, primero tiene que hacer frío –esto también ayuda– y, aparte de esto, tiene que haber habido una formación ética. No es una formación de conocimientos, sino una formación ética. Y el tema de las escuelas, también, claro: el respeto al maestro.

Solana, tú, yo y muchos más perdimos hace mucho tiempo la batalla ideológica en el campo de la en-



señanza, y todavía está perdida. La prueba es que no podemos ser Finlandia. Porque, ¿en qué consiste esto del maestro? Lo de los maestros consiste en lo siguiente: cobran lo mismo que los de aquí, pero son mucho más respetados. En Finlandia, el maestro entra en la clase y, al cabo de un minuto, la clase ha empezado. Aquí, por lo menos en Cataluña, pueden pasar dos, tres minutos, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, depende. Y no pasa nada. Y, si el maestro intenta reaccionar, le cuesta mucho. En Finlandia, en las escuelas hay un director. Aquí empieza ahora a haber algunos directores, pero hasta hace cuatro días no los podía haber, porque el “espontaneísmo” y el “asambleísmo” tenían que dominar. Todo eso es una batalla ideológica perdida dentro de la enseñanza. En ese punto concreto, cuando el maestro, durante estos cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez minutos, está allí con cara de tonto y los chicos no le hacen ningún caso, ¿qué pasa? ¿Qué pierde? No

pierde cinco minutos, ni diez: pierde el respeto y la autoridad.

Podríamos ir añadiendo más cosas concretas. Yo soy pesimista respecto a lo que pueda ser, en un futuro inmediato, la mejoría de nuestra enseñanza. Porque, en realidad, el problema grave viene de toda esta predicación que hemos hecho, en la cual, por ejemplo, la cultura del esfuerzo no ha merecido ninguna atención especial. Como dice Marina, desde hace cuarenta años, en la literatura pedagógica española no sale nunca la palabra voluntad. Sale la palabra motivación, que está bien, está muy bien, ya que si uno está motivado la cosa va mejor. Pero no sale la palabra voluntad.

Eso me lo contaba Claret. Claret es uno de estos dos hermanos gemelos que tocan el violín o el violonchelo. Me dijo: «Mira, mi padre vino y me trajo un violonchelo, como me hubiera podido traer el

violín, y me dijo: “Oye, tú, a tocar el violonchelo.” Y yo empecé a tocar el violonchelo. Durante seis meses, mi padre me tenía que encerrar para que yo tocara el violonchelo, porque no me gustaba, no estaba motivado.» Al cabo de seis meses, cuando empezó a notar que aquello sonaba bien, el hombre se aficionó, y entonces tuvo una motivación tan grande que durante toda su vida no ha hecho más que tocar el violonchelo, tocarlo bien, ser feliz y, además, ser una primera figura mundial. Pero primero pasó una época en la cual la motivación no existía.

Castiñeira, això a les dotze s’havia d’acabar, ¿no?
Pues nada. Ahora venía la segunda parte, pero lo vamos a dejar.

Muchas gracias.

Àngel Castiñeira

Mañana vamos a discutir dos temas: la reforma del Estado del bienestar y la reforma de la Administración pública en nuestro país.

Gracias a todos y muy buenas noches.











TIEMPOS DE CRISIS: UNA AGENDA DE CAMBIO ECONÓMICO Y SOCIAL

LA REFORMA DEL ESTADO DEL BIENESTAR

Àngel Castiñeira

Buenos días a todos y a todas.

Dejadme también que dé la bienvenida a las personas que por razones profesionales ayer no pudieron acompañarnos: al señor Belil, bienvenido; y al amigo Artur Carulla, *benvingut*, y a todos aquellos que, como por ejemplo a Ramón Jáuregui, a pesar de que ayer tenían un día también atareado, han querido estar con nosotros y compartir este debate sobre el Estado del Bienestar.

Voy a hacer una brevísimas introducción a los temas que vamos a tratar. También daré unas brevísimas instrucciones sobre cómo vamos a proceder. Recordaréis que en el año 2008, con motivo del inicio de la crisis de las *subprimes*, uno de los líderes empresariales mundiales, Warren Buffet, afirmaba que una enorme cantidad de locura financiera había quedado al descubierto. Sus palabras exactas eran estas: «Solo te enteras de quién ha estado nadando desnudo cuando baja la marea, y lo que estamos contemplando ahora en algunas de nuestras mayores instituciones financieras es una fea visión».

Ahora la marea ya ha bajado, con lo que muchas de nuestras vergüenzas han quedado al descubierto, y no solo las financieras. Tanto en el ámbito estatal como en el autonómico, se han iniciado tímidas reformas, en el mundo laboral y, también, por ejemplo en el caso de Cataluña, en el educativo. A pesar de la existencia de una cultura hostil al cambio, alimentada con fuertes dosis corporativistas, la mayoría de nosotros estamos convencidos de que estas reformas son necesarias. Sin embargo, la aspiración de volver a ser un país competitivo, de gozar de una economía robusta y de formar una sociedad cohesionada distan mucho todavía de la realidad.

Ayer, en palabras de Ignasi Carreras, decíamos que la combinación de crecimiento y bienestar

debe ser repensada. El aumento del desempleo, el envejecimiento de la población o los nuevos ajustes fiscales obligan a los gobiernos a repensar sus sistemas de servicios sociales y a gestionar mejor para dar servicios de mayor eficiencia y calidad, a tener mayor control del gasto público y a mejorar las capacidades, las competencias y la flexibilidad de la fuerza laboral.

Es posible que para disponer de una administración ágil –hoy lo vamos a comentar–, eficiente y competitiva necesitemos introducir nuevos sistemas de incentivos, o repensar los sistemas retributivos, o que deban redefinirse las asignaciones de poder y responsabilidad con el punto de mira –cada vez más– en los resultados. En cualquier caso, y a pesar de determinadas oposiciones corporativistas, vamos a necesitar reformas de la función pública, así como redefinir, de nuevo, medidas explícitas de rendimiento entre objetivos pactados y evaluables. Todo ello con especial énfasis en los productos finales, a veces, incluso más que en los mismos procedimientos.

De la misma manera, estamos obligados a reconsiderar el Estado del Bienestar, es decir, la sostenibilidad del bienestar intergeneracional. En las actuales circunstancias económicas, tal vez necesitemos más solvencia que sostenibilidad, y más adaptación que consolidación. El profesor Guillem López Casasnovas, que debía participar hoy como ponente pero que lamentablemente ha sido llamado con urgencia a una reunión del Banco de España, nos ha enviado una gran cantidad de datos sobre su intervención y sobre su preocupación acerca del Estado del Bienestar. No los puedo resumir, eran ciento cincuenta transparencias. No obstante, quisiera hacer mención a algún elemento que me parece especialmente interesante de su discurso. Decía Guillem López, en la nota que nos ha enviado, que en España, en el año 2040, «[...] doblaremos el peso de los mayores de sesenta años dentro de la población total».

Sin cambios en las políticas, implicará que el peso del gasto público del que es beneficiario el colectivo de jubilados pase del 12,6 al 33,1 por ciento del PIB. Dicho en otras palabras, el 33 por ciento del PIB se destinará solo a sus prestaciones. A igual gasto público total, tal situación desplazaría las políticas públicas actuales o pendientes destinadas a otros colectivos, desde el 68 por ciento actual a solo un 28 por ciento.

No hay que olvidar que en el Estado del Bienestar español actual, además de los jubilados, debe tenerse en cuenta la aparición de otros grupos frágiles o muy frágiles. Citamos tres: el colectivo de jóvenes que rotan continuamente en un mercado de trabajo dual –si tienen trabajo– con lo que padecen desarraigo, falta de inversión en capital humano o una compleja y difícil emancipación. Disponemos también de un grupo importantísimo de parados de larga duración, en los cuales se refleja la obsolescencia del capital humano, con a veces problemas de salud o en los estilos de vida, e incluso, depresiones. Asimismo, emerge un nuevo colectivo, también preocupante, el de niños y niñas con nuevos tipos de problemas derivados, de nuevo, de la erosión del capital humano, con una alimentación poco saludable y, como ya ocurre en otros países, incluso con problemas de obesidad.

Puede ocurrir, haciendo la radiografía del Estado del Bienestar español, que vayamos hacia una dualización social respecto de colectivos como el de pensionistas, funcionarios y trabajadores en mercados protegidos y otros colectivos como los que acabamos de mencionar: jóvenes, parados de larga duración y niños prácticamente sin ningún tipo de ayuda. Si esto fuera así, la polarización, más que la desigualdad, estaría en la raíz del diagnóstico para el mantenimiento de la cohesión social, con lo que se plantearía un escenario ciertamente preocupante.

Decía también Guillem López Casasnovas que, para que se incrementase el gasto público total

de manera que se evitase este efecto de sustitución, la presión fiscal en el Estado español debería de pasar del 38 por ciento actual al 57,2 por ciento en el año 2040, cosa difícilmente imaginable. De ahí algunas preguntas que tienen que estar presentes hoy al hablar de la reforma tanto de la Administración pública como de la del Estado del Bienestar. Por ejemplo, una que puede resultar incómoda, pero que debemos plantearnos sería: ¿Es lógico que nos jubilemos hoy cinco o diez años antes de lo que hicieron nuestros padres cuando tenemos entre seis y ocho años más de esperanza de vida, gozando de buena salud y mejores condiciones de trabajo?

Necesitamos pactar reglas que recuperen los equilibrios intergeneracionales de bienestar como instrumento y eso obliga, como decíamos ayer, no solo a pensar el presente y a diagnosticarlo, sino a hacer propuestas de mejora orientadas a la acción. El profesor Guillem López Casasnovas planteaba como mínimo dos, que yo simplemente menciono para dar paso a las intervenciones del día de hoy.

Él proponía la constitución de una agencia para el sostenimiento del bienestar generacional, independiente del Gobierno y en la cual confiar: «Confiar en ajustes a través de mecanismos más regulados, que puedan sustraer carga política a las decisiones que se puedan presentar como impopulares y con poca viabilidad de aplicación por el típico juego cruzado político, pese a que se reconozcan como necesarias». Esto, por ejemplo, ya se está haciendo hoy en Suecia en materia de pensiones, en correspondencia con las variaciones en la esperanza de vida o en vista del crecimiento de la masa salarial total. También propone la lucha contra el fraude fiscal como caso de estudio de nueva gobernanza, así como todos los temas que se relacionen con la transparencia. Con el fin de generar un marco de decisión lo más estable y menos manipulable posible, se fijarían normas institucionales de delegación, como ocurre ya en Maastricht para las finanzas públicas, limitando el endeudamiento



y delegando a terceros algunas responsabilidades para sustraerlas del clásico ciclo político.

En cualquier caso, como puede observarse, los temas tanto de análisis como de reforma del Estado del Bienestar y de la Administración pública, directa o indirectamente, están sobre el tapete. Cuestiones que hemos querido vincular precisamente a una agenda del cambio social y económico, para Cataluña y para España. Con ese fin, iniciamos hoy la segunda parte de nuestra jornada. Se dividirá en dos partes. Una primera dedicada a la reforma del Estado del Bienestar, con dos intervenciones previas, apreciadas no solo por su contenido, sino también por los mismos ponentes: Ramón Jáuregui, diputado al Parlamento Europeo; y una persona a la cual tenemos especial aprecio en ESADE, profesor honorario de esta institución, Eugenio Recio, que fue también durante muchos años presidente de nuestro Claustro.

Inmediatamente después se dará paso al coloquio, al debate, a la intervención de los asistentes, a los que os ruego –no hace falta decirlo ya después de cinco convocatorias– que no os comportéis como sujetos pacientes. Habéis sido invitados por el reconocimiento de vuestro liderazgo y de vuestra capacidad de análisis, por lo que en vuestras intervenciones debéis intentar contribuir a encarar el futuro, comprendiendo bien el presente y presentando propuestas de mejora. No os quedéis en el relato corto, intentad ser transgresores y denunciad aquello que no funciona e indicad hacia dónde deberíamos ir, además de, sobre todo, sugerir qué diseños institucionales se requieren para ello.

La prensa nos acompaña, y puede ser una buena caja de resonancia, pero no debe ser una cortapisa para señalar aquello que no funciona o aquello que deberíamos cambiar. Por tanto, mi invitación es a diseñar una agenda de cambio para los próximos años.

Nada más por mi parte. Concedo la palabra al amigo Ramón Jáuregui, al que le agradezco muchísimo que ayer, aunque fuera a horas destempladas, se incorporase a nuestro grupo. Ramón, cuando quieras.

Ramón Jáuregui

Muchas gracias, Àngel. Encantado de estar con ustedes. Buenos días. Permítanme que les exprese, en primer lugar, mi agradecimiento a ESADE y a las personas tan cualificadas como las que integran este foro por su invitación a una ponencia en la que probablemente no voy a hacer grandes aportaciones. No obstante, quizás pueda incentivar la discusión, en todo caso, necesaria.

Algunas de las referencias expresadas por el profesor López a través de Àngel me permiten trasladarles el tono general de mi ponencia, más de intuiciones y de tendencias que de datos que expliquen reformas de todos conocidas.

Empezaré por hacer dos afirmaciones que creo que son necesarias a la hora de abordar este debate. En primer lugar, reconocer que todas las economías europeas, que todos los países con economía social de mercado, están sometiendo a reformas importantes sus modelos de bienestar. Los factores que impulsan estas reformas son conocidos; pero, evidentemente, los últimos son los que se derivan de una consolidación fiscal que han impuesto los mercados de manera casi traumática que hace necesarias reformas muy profundas.

La segunda afirmación que quería hacerles es que las reformas no están siendo traumáticas, es decir, son más bien de ajuste fino. Esto es debido a que, probablemente y afortunadamente, Europa ha construido, ha integrado, en su ADN político, un modelo de bienestar y de cohesión social imprescindible como base de competitividad. Estamos hablando de reformas para sostener un modelo

que está, insisto, en la cultura política de Europa, construida en la segunda mitad del siglo pasado, sobre la base de una vertebración muy sólida de las grandes formaciones políticas que han configurado estos países. Por otra parte, también es verdad que si estas reformas no se llevan a cabo, el viejo Estado del Bienestar acabará siendo insostenible y resultará, probablemente, una carga pesadísima para la competitividad necesaria en la globalización.

Antes de abordar los cuatro planos de reformas europeos, y españoles por supuesto, permítanme un brevísimo diagnóstico sobre cuál es nuestro modelo de bienestar, concretamente en España, basándome en cuatro grandes pilares.

Una seguridad social solvente. Aunque con un pronóstico realmente muy preocupante y sobre unas bases de pensiones con 8 millones y medio de pensionistas, de los que 3 millones y medio reciben una muy baja percepción salarial. Es decir, que tenemos como consecuencia de un sistema de seguridad social joven, y probablemente pobre, un porcentaje muy alto de pensiones muy bajas, las llamadas pensiones mínimas, que como ustedes saben son complementadas por el Estado. De ahí que entre 3 y 4 millones de personas estén recibiendo pensiones por debajo de los mil euros.

En segundo lugar, un sistema sanitario bueno, no diré más. Ni siquiera caro. Un sistema educativo que adolece de tres grandes fallas: fracaso escolar, fracaso en la Formación Profesional, todavía, y una baja calidad universitaria, en parte por la masificación. Por último, una dependencia —el cuarto pilar— todavía incipiente, todavía sin configurar.

Sobre este Estado del Bienestar, sobre estos modelos más o menos básicos, ¿dónde están situándose los planos de la reforma? El primero, en la reforma fiscal. Es muy importante decir que se ha abierto una ventana de oportunidad, que hasta hace cuatro días no existía, de replantearse el

modelo fiscal. Algo posible después de la crisis del endeudamiento soberano y de las presiones de los mercados para la consolidación fiscal y para la reducción de los déficits. Sé que son palabras mayores, pero no podemos dejar de reconocer que un país como el nuestro, por ejemplo, se ha quedado con un sistema fiscal cojo. En gran medida porque un 20 o un 25 por ciento de los ingresos que derivaban de un sector hoy desaparecido han dejado cojas las cajas recaudatorias.

Se detectan en Europa tres movimientos en materia fiscal, de reflexión fiscal en general. En primer lugar —y para tapan las urgencias—, subidas generalizadas en el IVA y en los impuestos especiales. Todavía ayer el Ecofin reclamaba a Portugal el incremento de su presión fiscal en el IVA, que acababa de subir al 21 por ciento. Pedía que lo aumentara, esta vez, probablemente, al 23 por ciento. Por supuesto, sin olvidar los incrementos generalizados en tabacos, en hidrocarburos o en alcoholes. Más puntualmente, la recuperación de gravámenes a grandes fortunas, al patrimonio, quizás subidas puntuales a rentas altas, siempre con dos problemas en este campo que no podemos dejar de reconocer: de una parte, la evasión fiscal de estos conceptos en tanto que eluden la fiscalidad en espacios opacos, o bien por la tecnología fiscal que ustedes conocen bien. De otra, la reacción contraria de la ciudadanía a los incrementos de presión directa. Es el caso francés, por ejemplo. Una gran mayoría de franceses, muy por encima de la mayoría de la mitad más uno de los franceses, se oponen al *bouclier* fiscal, al techo que incrementa patrimonio y renta.

Segunda línea de tendencia en la política fiscal. Búsqueda de nuevas figuras impositivas, siempre búsqueda de figuras sencillas, con universos fáciles de identificar y fáciles de recaudar, como es lógico, en la complejidad económica actual. ¿Hacia qué figuras se está avanzando en el terreno de este segundo plano de la reforma fiscal? La incorporación, probablemente, de una fiscalidad

al queroseno en el transporte aéreo, algo bastante extendido; la prolongación de la vida de las nucleares a cambio de fiscalidad nueva, el caso alemán; peajes en autovías que no los tenían, el caso de Portugal y probablemente de otros países; la división del impuesto energético en el impuesto de hidrocarburos normal, más una parte de fiscalidad al CO₂, según el impacto medioambiental de la energía de que se trate. Tendencia que el comisario Semeta quiere incorporar a la fiscalidad europea en materia energética. También, las nuevas tasas financieras. Aquí hay, como ustedes saben, un debate abierto sobre tres nuevos conceptos de fiscalidad financiera: la tasa sobre beneficios o sobre actividad financiera, la *Financial Activity Tax*; la tasa sobre pasivos, la *bank lending* o también llamados fondos anticrisis; y, por último, la FTT o la tasa sobre transacciones financieras, cuando algún día sea posible.

Finalmente, en el tercer plano de reflexión sobre la fiscalidad, tres elementos clave en la política fiscal: armonización, lucha contra el fraude y lucha contra los espacios fiscales opacos. Aquí, desgraciadamente, los avances también son muy tenues. Por ejemplo, en materia de armonización fiscal se ha puesto de manifiesto que tenemos una fiscalidad bien disparatada o bien dispar —si ustedes quieren— entre países que convergen en moneda común. Una disparidad que, además, cuesta mucho resolver. Lo único que se conoce es una cierta tendencia a la armonización de la base imponible en el impuesto de sociedades, y poco más. A pesar de que, insisto, se presenta como imprescindible en un espacio de moneda común y de convergencia macroeconómica, que ahora se llama gobernanza económica y que constituye la gran asignatura europea de los próximos años, según mi opinión. Vinculado a la lucha contra el fraude fiscal se encuentra el espacio de la opacidad, los espacios fiscales opacos. No hay que olvidar que la mitad de los paraísos fiscales del mundo están en Europa. Aquí tenemos una asignatura fundamental pendiente.



Como quiero hacer telegráfica la presentación, hasta aquí la explicación de las tres líneas de tendencia en política fiscal que, repito, constituye un debate que ha entrado con gran fuerza, impulsado por la consolidación fiscal de las deudas soberanas, y también como consecuencia de una demanda ciudadana muy potente en prácticamente todos los países.

En el segundo plano, más que de copago, para responder a la pregunta que se hacía en la introducción de este debate, yo hablaría de corresponsabilidad con los servicios públicos. En España, por ejemplo, tenemos una necesidad imperiosa de incorporar cultura de la corresponsabilidad en el disfrute, en el uso de los servicios públicos. La cultura del “gratis total” perjudica a la cultura de la corresponsabilidad. Desgraciadamente, en estos años de construcción del Estado del Bienestar en España, no hemos practicado culturas de corres-

ponsabilidad, como por ejemplo culturas informativas, como las que se van a poner en marcha mañana mismo en la sanidad española, que aporten la información de los costes de los servicios que se prestan. Solamente dar a conocer que el cambio de cadera cuesta 9.000 euros va a ayudar a la creación de una cultura de corresponsabilidad imprescindible en un país que lamentablemente, en mi opinión, se ha acostumbrado a lo que no tiene. Esta es la tendencia de la corresponsabilidad en la que me quiero situar en este segundo plano de las reformas.

En el marco de los servicios universales, es muy difícil combinar el principio de necesidad con la universalidad si no se incorpora la cultura de la corresponsabilidad. Hay copago en muchas cosas, lo sabemos, copagamos en dependencia, copagamos en la escuela a través de tasas extraescolares, copagamos en la universidad... En fin, hay

muchos servicios públicos que están financiados, en parte, por una contribución directa del usuario. Pero sin duda no es suficiente.

Quisiera advertirles de que, probablemente, disponemos aquí de dos espacios, porque hay una gran parte de la población española que puede contribuir directamente. Pienso, pongamos por caso, en que la contribución de las familias españolas al gasto universitario es el más bajo de Europa, y esto es una anomalía. Yo puedo servirles de ejemplo, y seguro que es muy común en muchos de ustedes, en tanto que he educado a mis hijos en la universidad casi gratis, cuando podría haber pagado una tasa mayor por una universidad que desearía de más calidad. Evidentemente, nuestro camino en la excelencia universitaria es un camino por hacer, ustedes lo saben mejor que yo.

No obstante, atención, porque hay una parte del país que no puede ser corresponsable de copagos. Pienso en esos 3 millones y medio de pensionistas con pensiones mínimas, pienso en los casi 4 millones de parados, realmente no es demasiado corresponsable plantearse copagos sin tener en cuenta la fisonomía económica de nuestro tejido social. Eso nos obliga a una reflexión, a una ingeniería social de corresponsabilidad en algunos copagos, que probablemente tendrán en cuenta las rentas y que complicarán el sistema, pero no habrá más remedio. De manera que la necesidad de coparticipar en los gastos de los servicios públicos debe ir unida a una reflexión sobre las rentas, porque, si no, estaremos produciendo un efecto muy perjudicial y probablemente inasumible socialmente. Sin duda, en lo que concierne a la universidad, hay que pagar más. Cabe incorporar copagos a la sanidad si queremos que siga siendo universal y que, además, sea la más avanzada tecnológicamente. Esto implicará, repito, una reflexión profunda sobre la manera en la que se pueden aplicar este tipo de corresponsabilidades económicas.

Aprovecho para decir, a este respecto, que, en España, también está pendiente la contribución ciudadana al coste de los servicios básicos que no forman parte, *stricto sensu*, del Estado del Bienestar. Son un ejemplo el agua, la energía, los transportes y quizás incluso las autovías. De ahí que tengamos que incorporar la reflexión sobre la participación de la ciudadanía en algunos *commodities* fundamentales de nuestro sistema de competitividad que quizás no puedan sostenerse sobre contribuciones públicas que no son competitivas.

Tercer plano de las reformas: la gestión. Aquí tenemos un campo enorme en el que avanzar. La experiencia de los países nórdicos en la descentralización de los servicios públicos es fundamental. Factores como la determinación de los presupuestos de los grandes centros de servicios públicos o la presupuestación de sus inversiones según sus resultados son capitales. Aquí no hay nada de esto. Yo creo que los hospitales, las escuelas y las universidades están obligadas a rendir resultados, y hay que hacerlos competir, y se deben establecer estímulos que se encuentran, fundamentalmente, en la financiación pública, además de descentralizar la gestión todavía más, más allá de las autonomías, respecto de los centros mismos.

Hay que incorporar más flexibilidad laboral a la función pública. Siempre recuerdo una anécdota muy personal. Cuando era consejero de Trabajo en el Gobierno vasco, quise poner las escuelas de FP al servicio de una formación profesional integrada: para los chavales, la formación inicial; para los parados, la ocupacional; y para los trabajadores activos, la continua. Quise poner el centro de la FP –centros formidables que hay en el País Vasco– al servicio de una formación que durara de siete de la mañana a diez de la noche con el fin de atender a ese abanico de población tan dispar. Realmente, al final, solo lo hicieron los concertados, porque desgraciadamente no pude establecer un modelo de trabajo, un sistema de jornada laboral que no chocase con los derechos



de los funcionarios. Es muy simple el ejemplo, pero me vale para reflexionar sobre la necesidad de incorporar en la función pública una flexibilidad imprescindible.

Hay que externalizar servicios. Determinadas actitudes corporativas en algunos centros públicos son contrarias a la competitividad. Asimismo, por supuesto, hay que establecer una concertación con los servicios privados, que forman una parte esencial de la prestación de los servicios públicos. No sé por qué se puede decir algo como que el tratamiento de los menores delincuentes, colectivo importante que hay que educar y reeducar para reinsertar socialmente, lo hace mejor un funcionario que una ONG dedicada a eso. Desde luego, la ONG es muchísimo más barata, y así podríamos seguir con muchos ejemplos más. La incorporación a este tipo de culturas es necesaria. Siempre sobre pliegos de condiciones que aseguren el ser-

vicio público, la universalidad del servicio, en tanto que esa sea su esencia.

Y cuarto, claro, el sistema de pensiones. No les voy a decir nada nuevo sobre esto. Es evidente que hay que revisar el Pacto de Toledo. Estamos en un día particularmente sensible para que yo les hable de qué es lo que tenemos que hacer, pero sin duda tenemos que revisarlo. Los alemanes lo hicieron hace cinco años, en un pacto que incorporó al Partido Cristiano Demócrata y al Grupo Socialdemócrata, y también lo han hecho casi todos los países nórdicos. No sé cómo podremos negarnos nosotros a adaptar –como decía el profesor Guillem López al principio de esta conferencia– nuestra edad media de jubilación a la lógica de nuestra demografía y de nuestra esperanza de vida.

Al final, vamos a tener que jugar con tres grandes conceptos: la edad de jubilación; la contribu-

tividad, es decir, el número de años que se toman en cuenta para establecer la base reguladora de la pensión, y el período de carencia, es decir, el número de años necesarios para obtener el cien por cien. En estas tres piezas está el juego que debemos resolver. Una fijación de una nueva edad de jubilación, dos años más tarde, aunque sea en un proceso de incorporación prolongado como lo hicieron los alemanes, en diez o doce años, cuenta con una oposición popular enorme. A mí me parece muy razonable, no obstante tengo que confesarles que hay tres cuartas partes de españoles en contra de esta idea. Esa es la verdad.

Acaban de ver el conflicto en Francia, donde la edad de jubilación legal son los sesenta años, a pesar de que en la práctica el período de carencia para disponer del cien por cien y de la base de contributividad no permite a nadie jubilarse a esa edad. No obstante, la prolongación de dos años de la edad mínima de jubilación que ha propuesto el Gobierno Sarkozy ha sido, y está siendo, respondida con una fortísima contestación social.

Nosotros tendremos que combinar probablemente la prolongación de la edad de jubilación con colectivos de exclusión, especialmente castigados por sus condiciones de trabajo. Esto me parece imprescindible. O, si no, tendremos que combinar el incremento en el período de carencia de 35 años, probablemente hasta los 38, para tener derecho al cien por cien, con el aumento del período de contributividad, que ahora son 15 años, acercándolo probablemente a los 20, y progresivamente, al conjunto de la vida laboral.

Les recuerdo una pequeña anécdota que el otro día conté en un debate con unos sindicalistas que, por supuesto, estaban en contra de todo esto. En el año 1985, el Gobierno de Felipe González decidió cambiar la Ley de Seguridad Social, estableciendo que el período de cálculo de la base reguladora pasaba de dos a ocho años, porque en aquel año, en el 85, todo el mundo cotizaba solo al máximo

los últimos dos años. Con esto, uno tenía derecho al cien por cien de la base reguladora si tenía período de carencia previa. Aquello era una locura, porque era un fraude sistemático. Recuerdo que entonces Nicolás Redondo abandonó el Congreso de los Diputados y el partido –Javier lo recordará bien, yo no estaba allí, pero él sí– y se produjo la primera, digamos, escisión en la familia socialista, como la llamábamos nosotros. Sin embargo, si no hubiéramos hecho aquella reforma, ¡Dios mío, dónde estaríamos ahora! ¿Dónde estaríamos?, me preguntaba yo. ¿Habría Seguridad Social si no hubiéramos cambiado la base reguladora? En fin, subió a 8, fuimos a 12, fuimos a 15, y hay que ir a más. No hay más remedio. Por supuesto, con un complemento, con unos sistemas de fondos de pensiones colectivos y privados que están primados fiscalmente bastante bien en nuestro país, y que están permitiendo la construcción de un sistema paralelo y complementario, como debe ser. Esta reforma lo requerirá.

Termino. Perdonen que me haya extendido quizás demasiado. Todo esto tiene que abordarse en diálogo con los sindicatos y las comunidades autónomas. España es así, ustedes lo saben bien, gran parte de estos servicios están transferidos y tienen que ser construidos sobre acuerdos de Gobierno y comunidades autónomas. Yo espero que también con sindicatos, puesto que la huelga pasará mañana, y el jueves la vida sigue, y habrá que seguir abordando entre todos estas reformas, que, en mi opinión, son necesarias. Gracias.

Àngel Castiñeira

Muchas gracias, Ramón. Se habrán dado cuenta, gracias a la intervención del señor Jáuregui, de cómo el tema de la reforma del Estado del Bienestar y la cuestión de la reforma de las administraciones públicas, que por razones de procedimiento hemos separado, están interrelacionados. Tiene ahora la palabra el querido profesor Eugenio Recio. Eugenio, cuando quieras.



Eugenio Recio

Muchas gracias por darme la oportunidad de participar en este debate en el que voy a exponer unas ideas de las que me interesa ver la reacción de los participantes.

Quiero hacer dos advertencias previas: la primera es que lo que voy a decir sobre el Estado del Bienestar está pensado y escrito mucho antes de que aparecieran los problemas de las últimas elecciones en Suecia y de los comentarios que se han hecho sobre la situación de la socialdemocracia en Europa. Aunque también es verdad que alguna de las cosas que se han dicho las asumo, porque coinciden con planteamientos que yo me había hecho.

La segunda es que, como es lógico, no podía tener en consideración las aportaciones que se hicieron ayer. Se repitió mucho la idea de los problemas de

la relación entre el mercado y el Estado, pero no se precisó de dónde vienen, cómo se pueden resolver o cómo se han intentado solucionar a lo largo de los años.

Mi exposición va a comenzar por una parte más bien general, que vendría a servir, aunque no nos hemos puesto de acuerdo, a los planteamientos más concretos que ha hecho mi predecesor. De manera que yo voy a intentar, después, si me da tiempo, descender a algunos casos prácticos. Aunque no lo consiga, de alguna forma, la aplicación de lo que voy a decir ya se ha hecho.

Me han dicho que convendría utilizar algunas frases provocativas, porque eso puede ayudar al debate. Entonces, la primera provocación que me parece importante es que yo creo que para afrontar los problemas que la crisis plantea al sistema, al Estado del Bienestar, debemos cambiar la cul-

tura del Estado del Bienestar por la cultura de la economía social de mercado, teniendo en cuenta que ambos conceptos, el de *Estado del Bienestar* y el de *economía social de mercado*, son bastante ambiguos y los usamos con gran ambigüedad.

Si se tiene en cuenta la perspectiva histórica, se puede precisar bien lo que se entiende por *estado* o lo que se podría entender por Estado del Bienestar, así como lo que se debe entender por *economía social de mercado*, teniendo en cuenta que la economía social de mercado, según el Tratado de Lisboa, es el sistema económico y social propio de la Unión Europea. Por tanto, si realmente aceptáramos la cultura de la economía social de mercado como la base para lo que debe ser el Estado del Bienestar –utilizando esta terminología tan frecuente– probablemente resolveríamos muchos de los problemas que se han apuntado y que se pueden concretar todavía más con respecto a la situación de la crisis y el sistema del bienestar.

Cuando hablamos de Estado del Bienestar, sin ninguna duda, se está pensando en que el Estado tiene una función básica en el bienestar de todos los ciudadanos. Según la versión más genuina del Estado del Bienestar, el Estado asume o se apropia la función de velar por el bienestar de todos los ciudadanos, sin tomar en consideración la colaboración, o la aportación o la situación de los distintos ciudadanos. Se trata, pues, de universalizar el bienestar mediante el Estado, que asume una función de Estado providencia o Estado protector. Lleva, así, consigo la idea de que los ciudadanos transmitan esa responsabilidad que todos deberíamos asumir frente a los riesgos de la vida al Estado, de manera que este se encargará de vigilar y de proveer para que podamos superar las dificultades que se nos puedan presentar y que se presentan, lógicamente, a lo largo de la vida.

Se pierde, por tanto, el sentido de responsabilidad personal. Y esto tiene consecuencias, por ejemplo, en cuanto a la desmotivación con respecto

al trabajo, con consecuencias muy importantes y que son especialmente graves en estos momentos, porque el ciudadano está exigiendo cada vez más un aumento del gasto público y, entre otras cosas, porque el bienestar le lleva también a que exija unos servicios más caros y más apropiados a las diversas situaciones de los ciudadanos.

Claro, aquí hay una cuestión importante, y es que cuando el ciudadano pide al Estado que le ofrezca mejores servicios, él no siente personalmente el coste que supone esa mejora, porque esos servicios se van a financiar a través de los presupuestos públicos o de las cotizaciones de distintos grupos. De manera que el problema del Estado del Bienestar entendido genuinamente es el problema de la irresponsabilidad que se puede generar en los ciudadanos para enfrentarse a las situaciones graves, a los momentos difíciles en la vida.

Cuando hablamos de la economía social de mercado, evidentemente estamos dando una especial prevalencia a la función del mercado, porque lo consideramos como el instrumento que permite y que estimula a cada ciudadano a que libre y responsablemente se enfrente a las dificultades que pueden surgir en el transcurso de la vida.

Me atrevo a hablar a favor del mercado y, en estos momentos, realmente es el tema más peligroso. De tal manera que, con toda la experiencia que tenemos –se hicieron ayer muchas referencias tanto a lo que han sido los mercados financieros y al lugar al que nos han llevado, como a los mercados especulativos–, tratar de defender la función del mercado desde el punto de vista de los comportamientos que generan los ciudadanos puede resultar un tanto atrevido.

Hay que tener en cuenta que se habla del mercado de bienes y servicios, no de todos los mercados. No entra aquí el mercado financiero, esto es importante, sino la economía social de mercado. Nos estamos refiriendo a un mercado determinado. En

este mercado de bienes y servicios propiamente hay unos consumidores que son los que valoran la aportación que están haciendo los que intervienen en sus procesos y, por tanto, el mercado permite que el ciudadano pueda escoger cómo y a qué quiere dedicar su actividad y sus capacidades intelectuales y físicas para poder proveer las necesidades que lógicamente tiene.

También facilita que el ciudadano pueda conocer cómo puede colaborar con la colectividad en el mejor empleo y desarrollo de los recursos de un determinado país, de manera que, cuando el mercado funciona como debe funcionar, supone un estímulo para que el ciudadano sea responsable. Ahora, no todos los mercados de productos y servicios cumplen esa función. Es entonces cuando se necesita una intervención del Estado, insustituible, porque el Estado debe establecer las reglas de juego para que el mercado pueda cumplir dicha función.

Por tanto, ya vemos aquí cómo en la economía social de mercado se reconoce una función fundamental al Estado, que ha de garantizar a los ciudadanos que su participación en un mercado libre y de competencia respete equitativamente los derechos de todos sus posibles participantes. Así pues, se crea un sentido de responsabilidad para afrontar los éxitos o los fracasos que puede tener una persona que trabaja y que ofrece sus aportaciones en la situación del mercado. Hay que tener en cuenta que en esas regulaciones entraría la prohibición de la actuación especulativa de los fondos que son, a su vez, especulativos, y que conforman uno de los elementos más problemáticos dentro del funcionamiento de la economía.

De ahí se deriva que el Estado, a través de las reglas que establece y a través del control de esas reglas, permite que el ciudadano tome conciencia de que el primer valedor ante los problemas de la vida ha de ser él mismo. Y esto ya lo dijo Erhard, el padre de la economía social de mercado, cuando hace más de sesenta años propuso este modelo:

«El ideal que proponemos se basa en la fortaleza que permite que diga cada uno “yo quiero valerme de mis propias fuerzas, quiero soportar por mí mismo el riesgo de la vida, quiero ser responsable de mi destino». En lugar de transferirlo al Estado, como decíamos, supuesto por la filosofía o la cultura del Estado del Bienestar.

Por desgracia y por circunstancias muy diversas, no todos los ciudadanos están capacitados y pueden participar en el juego del mercado. Por eso se le atribuye una segunda responsabilidad: el Estado tiene que complementar la función del mercado atendiendo aquellos sectores que, involuntariamente, no pueden colaborar en su funcionamiento normal y, por tanto, no pueden valerse por sí mismos para hacer frente a las situaciones y a las circunstancias en que pueden verse en la vida.

De manera que aquí entra ya el Estado en las funciones de atención a los grupos más necesitados. En esta actuación del Estado –y esto es lo que ayer no quedaba claro y es muy importante cuando se habla de la economía social del mercado–, dicho Estado juega con el mercado, es decir, tiene un entorno determinado por este mismo y, en consecuencia, en el bienestar social que se puede intentar imponer, el Estado tiene que tener en cuenta cuáles son los resultados de funcionamiento de un mercado normal. El nivel de vida nos vendrá dado por el funcionamiento de ese mercado.

Esta idea se concreta en una frase de Müller-Armack que fue el que creó, junto con Erhard, el modelo de la economía social de mercado: «En base a una economía de competencia...», de manera que una de las reglas que tiene que imponer el Estado es que haya una verdadera competencia. Una de las soluciones que se ofrecen ahora –porque es verdad que se discute o se plantea el problema de la economía social de mercado sobre cómo puede afrontar la crisis– es precisamente que, a través de la competencia auténtica, se evitaría que hubiera entidades con una irresponsabilidad sistémica,



entidades financieras que no pueden abandonarse a la quiebra, y eso ha sido uno de los problemas que se han presentado en esta crisis.

Esta necesidad de adaptación del Estado del Bienestar a la situación actual es insoslayable. Siento que no esté aquí Felipe González, porque yo sí que he leído el documento que ellos han redactado y que han presentado a la Comisión Europea. Este ofrece una primera parte que ha suscitado mi interés y que me ha gustado, porque no es frecuente entre los españoles que se hable de economía social de mercado. En los seis meses que ha estado España en la presidencia de la Unión Europea, yo no he oído, aunque quizás se haya dicho, ni he visto ni una sola vez que se haya hecho referencia a la economía social de mercado, ni por parte del presidente, el señor Rodríguez Zapatero, ni por parte del secretario de Estado para la Unión Europea, el señor López Garrido. Mientras que el

presidente Van Rompuy hizo varias alusiones a la necesidad de mantener este sistema vigente.

Me agradó mucho, por tanto, ver en el mencionado documento una referencia a la economía social de mercado. Sin embargo, le advertiría que no estoy de acuerdo con que hay que refundar el sistema de la economía social de mercado. Una cosa es que se trate de adaptar a las circunstancias concretas –y eso lo admiten todos–, y otra cosa es que se diga que se ha de cambiar el modelo.

El modelo tiene unos principios que son fundamentales y que son tan vigentes hoy como hace sesenta años. Esos principios consisten principalmente en decir «hemos de buscar una interacción entre mercado y Estado». Como ya hemos visto, el mercado necesita del Estado; y el Estado tiene que contar con el funcionamiento del mercado. Cuando decían ayer «es que no se acaba de solucionar

el problema sobre cómo debe funcionar el mercado y cómo debe funcionar el Estado». ¡Hombre! En el modelo de la economía social de mercado se dan medios para que eso se pueda resolver. Esta interacción entre ambos equivale al equilibrio entre lo que llamamos el principio de solidaridad y el principio de subsidiariedad. La solidaridad busca que en la protección social el Estado ostente un valor importante. En cambio, en la subsidiariedad, se da prevalencia al individuo para que se valga por sí mismo y, cuando no puede, intervenga el Estado. De manera que se acude al Estado en último recurso y, al intervenir, no excluye la posibilidad de que, tanto como se pueda, colaboren también los ciudadanos.

Estas serían las ideas generales de lo que yo creo que debe ser la reforma del Estado del Bienestar, y a la que nos lleva la crisis. En la práctica, la diferencia entre el concepto de Estado del Bienestar y el de economía social de mercado, o entre la cultura del Estado del Bienestar y entre la cultura de la economía social de mercado, no es tan diferente por la ambigüedad con que se utiliza. Ahora, hay una diferencia fundamental, y es que mientras que en la cultura del Estado del Bienestar esto no se exige por los fundamentos del sistema, en la cultura de la economía social de mercado, esto viene exigido por los principios. De ahí que haya, en Alemania, un movimiento que se llama «Iniciativa para una nueva economía social de mercado». Lo ha impulsado Hans Tietmeyer, que fue presidente del Banco Central alemán, quien afirma: «Cuidado. Los principios siguen siendo válidos, lo que varía y se debe modificar es la aplicación de esos principios a la realidad en que vivimos, un mundo globalizado, un mundo con un desarrollo técnico determinado, etcétera».

También insistiría en que se está hablando continuamente de reforma del Estado del Bienestar. En el año 1995, el presidente Pujol nos encargó a un grupo de profesores de ESADE que hicieramos un análisis sobre su situación en las circunstancias

concretas que se vivían en aquellos momentos, de una cierta prosperidad, de un peligro de exceso de gasto público, etcétera. Ya en ese momento se hablaba de reformar el sistema del Estado del Bienestar.

En 2005, dirigido por Joan Rigol, en ESADE Fórum, hicimos también un estudio ya teniendo en cuenta las nuevas circunstancias sobre la necesidad de su reforma. En eso colaboraron bastantes profesores de ESADE y ciertas instituciones públicas con las que pudimos discutir sobre esto. A día de hoy, seguimos hablando de la reforma del Estado del Bienestar. Yo diría: «Hombre, se ha reformado o se ha dicho que se debía reformar, pero no se ha cambiado la cultura, y lo importante es ese cambio de cultura que necesitamos».

Voy a terminar, porque me parece que he agotado mi tiempo. En lo que concierne a aplicaciones prácticas, ya se han sugerido algunas, con respecto a los planes de pensiones. Esto entra dentro de la cultura de la economía social de mercado, desde que hay una aportación personal, privada de los que pueden y que, en consecuencia, subraya la importancia que tienen los planes privados de pensiones. Quisiera insistir en esto, y me parece destacable que, el problema de las pensiones es un problema demográfico: el envejecimiento de la población y el alargamiento de la esperanza de vida. Eso es anterior a la crisis y se tiene que resolver, puesto que ya se han dado datos de lo que podría suponer que en el año 2040 no se hubiera resuelto este problema.

A mí me preocupa que el presidente del Gobierno haya dicho que va a discutir con los sindicatos la reforma del sistema de pensiones. Algo que, sobre todo, va a perjudicar a los más jóvenes de los aquí presentes, de manera que si no se toman medidas rápidas –lo ha dicho también el señor Jáuregui–, prescindiendo de la crisis, el problema en los años 2040 ó 2050 va a ser muy serio.

Ahora, ¿qué es lo que ha hecho la crisis? Aumentar tanto el paro como la desproporción entre la población activa, la que cotiza, y los que actualmente están recibiendo las pensiones. La cuestión de la congelación de las pensiones, se presenta como una forma de resolver el problema del desajuste. Es preciso, y eso el Gobierno lo ha tenido en cuenta para los presupuestos, diferenciar entre pensiones. La congelación, pues, debería afectar a un cierto número o nivel de pensiones, pero no a todos. Ya se ha señalado la existencia de pensiones bajas en un grupo importante.

Después, aparece el seguro de enfermedad y toda la cuestión –y en eso estoy completamente de acuerdo– del copago. En lo que concierne al seguro de enfermedad, debe tenerse en cuenta la influencia del envejecimiento de la población.

Particularmente, me complació un debate celebrado en ESADE a principios de este año en el que se discutió sobre esta cuestión. Allí se dijo que una de las funciones del copago podría no ser el aumentar la recaudación, sino el hacer caer en la cuenta a los ciudadanos de que no se puede abusar del sistema público de sanidad. Este punto entra de lleno en los planteamientos que hemos expuesto.

Y es curioso. En Alemania también se ha llevado a cabo una reforma, hace poco, sobre el seguro de enfermedad, para la que no se han admitido ni las propuestas de la Socialdemocracia, ni las que había hecho la Democracia Cristiana. Finalmente, se ha resuelto en una caja pública, en la que se reciben todas las aportaciones obligatorias de los ciudadanos de manera que, a partir de un cierto nivel de renta, se pueda encauzar esos recursos hacia cajas particulares que tengan una competencia entre sí. Esta medida también responde en buena parte al tratamiento que hemos hecho de la cultura.

Para acabar, dos palabras. Primero, para el seguro de desempleo es importante tener en cuenta los condicionamientos de esa cultura, porque se

demuestra estadísticamente que el seguro de desempleo lleva a la desmotivación de los trabajadores, en tanto que no sienten la necesidad de adaptarse al trabajo, en condiciones a veces desagradables. En Alemania, un grupo reunido por el canciller Schröder, y que luego apareció en lo que se ha llamado la Agenda 2010, hizo una propuesta en la que los jóvenes sin obligaciones familiares y que no encontrasen el trabajo adecuado a su profesión, a su formación, a partir de cierto tiempo, dejarían de percibir la prestación correspondiente al seguro de desempleo si no aceptaban cualquier empleo, aunque no se correspondiera a su formación y aunque tuvieran que cambiar la ubicación de su residencia. Entre otras cosas, tal reforma le costó, al Canciller alemán, su puesto.

Además, se admite el problema derivado del hecho de que puede haber trabajos que no rindan lo suficiente para que el empresario pueda permitirse pagar un salario que permita vivir con un cierto bienestar. Para ese tipo de trabajos se han arbitrado medios complementarios, de manera que se puedan percibir ingresos que permitan vivir honesta y dignamente, a pesar de que el salario ofrecido por la empresa sea más reducido. Hay que tener en cuenta, claro, que esta reforma del mercado de trabajo es, en parte, lo que explica que Alemania tenga un nivel de paro tan bajo.

Por último, quería hacer una reflexión, aunque ya se ha sugerido, respecto al problema de la educación. El bienestar y la garantía del Estado del Bienestar están en que todos los ciudadanos puedan participar de la educación. Insisto en que en este punto la función del Estado sea evitar que, por cuestiones familiares o por la situación real de ciertas personas, no se pueda participar del sistema educativo. Ahí se hace necesaria la intervención del Estado. No obstante, cuando existen posibilidades privadas por los recursos y el medio en el que viven las familias, no se puede dejar toda la financiación de la educación en manos del Estado.

Nada más, muchas gracias.



Àngel Castiñeira

Creo que el profesor ha complementado muy bien la primera intervención, tanto con la parte de fundamentos teóricos como con los casos prácticos que ahora comentaba.

Hay una palabra pedida. *President Rigol*.

Joan Rigol

Quizás voy a decir una cosa poco adecuada en este entorno, pero tanto lo de ayer como lo de hoy para mí tiene rostro humano y son mis nietos: Lluç, Maïr y Palmira, que tienen 7, 5 y 1 año y medio. Les veo en un mundo futuro donde todo se tambalea un poco. Por tanto, la cuestión que estamos tratando, para mí no es neutra, sino que me atañe de un modo muy, muy directo.

Primero, entiendo que todos los elementos que se están dando de demografía, de globalización, de competitividad con la mano de obra del Tercer Mundo, van a recaer en una generación muy determinada, que probablemente no es la mía, porque yo he pasado por otro camino. Me parece que el Estado del Bienestar es imposible ante una cierta sociedad que tiene elementos de decadencia. Tiene elementos de decadencia cuando los servicios que da el Estado del Bienestar se atribuyen más a una relación clientelar «yo tengo derecho a que cuando estoy enfermo me cuiden; yo tengo derecho a que cuando tengo un hijo vaya a una escuela, etcétera», y no a una cultura de ciudadanía plena. Una cultura de ciudadanía donde derechos y deberes no estén mediatizados por el Estado o por la Administración pública, «usted tiene el deber de contribuir fiscalmente y yo le proporciono los servicios de la libertad, de lo que sea», sino que derechos y deberes forman parte de la propia

constitución como ciudadano. Cuando esta cultura se pierde, me parece que los servicios del Estado del Bienestar generan una sociedad clientelar y no dan, digamos, a una sociedad el contenido de este servicio cívico. Primer punto.

Segundo. Esto hay que reformarlo. Pero miro al mundo político, concretamente en España, y también la parte que le corresponde a Cataluña, y no están por esta labor. Este es uno de los fundamentos básicos de la convivencia de ciudadanos que exige, no una dialéctica partidaria, sino lo que habían sido los Pactos de Toledo, no únicamente con cálculos actuariales, sino como actitudes de fondo de la convivencia. No veo que la estructura política vaya en ese sentido.

Tercero. Sobre la patronal, ya se habló ayer de un modo muy claro. Cuando tiene al frente a un presidente como el que tiene, ya se sabe lo que puede dar de sí. Pero me parece que los sindicatos, que son los otros elementos de mediación entre los problemas y su formulación de tipo político, están también muy fuera de lugar, absolutamente. Y dicho hoy tiene todavía más sentido por lo que mañana viviremos. Los sindicatos están ante una crisis de identidad tremenda y, sin que se resuelva esto, va a ser muy difícil intentar reformar el Estado del Bienestar.

Ante este panorama, dices: «Aquí debe haber un cierto desbordamiento cívico, porque cuando las mediaciones ya están un poco tocadas, es necesario para el bien de nuestros nietos, cierto desbordamiento». Y tomo lo que ayer se dijo: «Oye, aquí estamos debatiendo, estamos discutiendo, pero de vez en cuando tiene que salir un cierto grito de responsabilidad frente a aquellos con los que, en este momento crucial donde se juega el futuro de la gente que nos viene detrás, no podemos estar simplemente dándole vueltas, sino que tenemos que llegar a la sociedad para decirle que los políticos, los sindicatos y la patronal tienen que ponerse en otra órbita». Esta es mi reflexión.

Àngel Castiñeira

Gracias. Tiene la palabra Joan Coscubiela. Joan.

Joan Coscubiela

Estaba dudando todo el rato si ponerme la venda antes de la pedrada, pero me he dicho «no lo hagas». Aunque, cuando el propio Daniel ya me identifica como aludido, y no me consta que nadie haya hablado del profesorado de ESADE, entonces no me queda más remedio que pedirles, por favor, que escuchen en mi intervención eso: la intervención de un profesor de ESADE. Un profesor que, a pesar de estar muy orgulloso de sus muchos años de sindicalista, antes ha tratado estas cuestiones desde el conocimiento, la experiencia y la profesionalidad. Lo digo porque no hay cosa peor que juzgar las opiniones según quién las emite. Voy a intentar plantearlo.

Tengo la impresión de que este foro no se sustrae a un ambiente de falta de autoestima colectiva como sociedad espectacular; porque, si no, no es posible entender cómo con las significativas reformas que se han hecho en este país, insuficientes en materia, por ejemplo, de pensiones, estamos construyendo nuestra visión del futuro sobre dos premisas que son para analizar psicológicamente en términos de patología social.

Primero, se habla de las reformas de futuro de la Seguridad Social, como si en España el sistema hubiera estado inmovilizado durante este tiempo, cuando somos la envidia de toda Europa con relación a los cambios que se han producido en los últimos veinte años, especialmente en materia de pensiones. Insuficientes en muchos aspectos, pero destacables.

Segundo. No sé si se fijan ustedes, pero parece como si, fruto de nuestra historia ancestral de los últimos doscientos años, cualquier reforma que no vaya acompañada de conflicto social o sangre, parece que no sea reforma. Es decir, las reformas que se han



hecho desde 1991 hasta ahora en seguridad social son espectaculares, son la envidia de toda Europa, y resulta que no se valoran. De ahí que se plantee un discurso apocalíptico con relación a este tema.

Voy a intentar explicar por qué pienso que eso es así. Primero. Recuerden que fue justo dieciocho meses después de la huelga de 14 de diciembre de 1988, cuando se inició un proceso del cual ahora aún somos acreedores, de mucho consenso, social primero y después político, gracias al buen hacer de Adolfo Jiménez como secretario de Estado de Seguridad Social, con relación a todas las formas del sistema público de seguridad social, que es la parte más importante en materia de gasto.

Este es un capital político que no podemos permitir que se eche por la borda, y si alguien tienen alguna manera de asesorar a los actuales responsables políticos, por favor que lo haga, porque no hay ningún gesto a los mercados, por muy bondadoso que sea, que justifique echar por la borda

veinte años de capital político acumulado. Sobre todo, porque en materia de pensiones hay margen y tiempo, hay tiempo, porque a pesar de que todo el mundo sabe que cualquier modificación en materia de pensiones tiene un periodo de maduración mínimo de diez años, en algunos casos hasta de veinte, tenemos –y los datos del Ecofin lo ponen de manifiesto– ese margen para hacerlo. No si tardáramos cinco años, pero tampoco es imprescindible hacerlo el día 30 de septiembre, porque los entornos sociales son determinantes también.

Segunda cuestión. Hay margen en términos económicos, sociales y políticos. Algunos datos. Gastamos en pensiones el 8,7 por ciento del PIB en el año 2008. Como consecuencia de la caída económica del 2009 ese porcentaje ha llegado al 9,3 en España. Quiero recordar que la media de la Unión Europea es del 13 por ciento, es decir, estamos en una posición comparativamente muy buena. Los datos elaborados por Ecofin el año 2009 con relación al 2030, prevén para España un gasto del

PIB del 10,8 por ciento. Nos piden un esfuerzo, nos plantean que vaya a haber un esfuerzo de 2 puntos con relación al producto interior bruto. Creo que es perfectamente asumible. El enfoque del futuro de la seguridad social no hay que hacerlo en términos de insostenibilidad del sistema, sino que hay que hacerlo en términos de mayor equidad del sistema, aunque la sostenibilidad está en el horizonte. España tiene una característica en su sistema de pensiones: es, al mismo tiempo, el que ha conseguido unos niveles de sostenibilidad mejores, comparativamente y, en cambio, el que tiene unos riesgos más allá de 2030, posiblemente hacia 2050, más importantes.

Pero esos riesgos también los analizamos como si entre el discurso general y el discurso concreto no hubiera continuidad. Ayer, nos hartamos de hablar de globalización, de flujos migratorios y Felipe González nos recordó que la población activa de Europa va a bajar en 70 millones de personas. En cambio, hacemos todos nuestros análisis demográficos con relación a la Seguridad Social, como si todo se refiriera estrictamente a los que vamos a nacer, como si Cataluña o España fueran la Cataluña o España de principios del siglo xx. Las previsiones de la población activa hechas para 2007 eran de 14 millones de personas, y llegamos a 20. En un período tan corto, las previsiones fallaron. Hoy nos permitimos el lujo de plantear previsiones para el año 2050 obviando el importante factor de los flujos migratorios.

Nos equivocamos si enfocamos el futuro de la sostenibilidad económica del sistema de la seguridad social de pensiones estrictamente solo desde un punto de vista demográfico. Hay dos factores que la historia de Europa y del estado social de derecho durante el siglo xx demuestra que son casi tan importantes como ese, que son la cantidad de empleo y calidad de empleo. La calidad de empleo tiene que ver con el tipo de cotizaciones, especialmente en un sistema contributivo, y con la productividad del trabajo.

El estado social de derecho se construye en Europa sobre la base de pasar de 3.000 horas de trabajo anuales a 1.800. Esto solo es posible con los grandes incrementos de productividad que se consiguen como consecuencia de los cambios tecnológicos y formativos. En ese escenario, el margen para reformar la Seguridad Social en materia de pensiones es muy, muy amplio. Por tanto, no nos agobiamos. Tampoco nos durmamos en los laureles. ¿Qué margen hay? Voy a intentar apuntar algunos elementos de contenido que están en la mesa. Si otros aspectos no lo hubieran destrozado, es posible que estuviéramos ya a las puertas de un acuerdo social en ese sentido. Por tanto, por favor, ayudemos a los que tienen que tomar decisiones y no les traslademos más agobios de los que posiblemente puedan tener por su responsabilidad.

Primero, en materia de ingresos. Hay que empezar a pensar en un cambio en la estructura de los ingresos. Nuestro sistema es contributivo, fundamentalmente sobre cotizaciones del trabajo, y eso, sin duda, en estos momentos, ya tiene un factor fastidioso, porque en definitiva grava mucho a la economía real, frente a una economía financiera muy determinante. Se hizo un cambio muy significativo en 1996 y ha dado muy buenos resultados. Hay que empezar a pensar cómo nuestro sistema, sin dejar de ser contributivo, empieza a tener una aportación fiscal importante. De golpe no nos pareceremos a Dinamarca, que es el extremo opuesto al nuestro, pero podemos ir avanzando. Es imprescindible.

En materia de pensiones. Para la legitimidad de esas reformas es muy importante que la gente tenga la percepción de que no se hace para gastar menos, cuando somos los que menos gastamos, sino que se hace para que haya más equidad y más justicia en la distribución. Eso es perfectamente posible hacerlo. Por ejemplo, la ampliación del período de cómputo de veinte años es imprescindible. ¿Para qué? ¿Para gastar menos? No. Para evitar la dualidad que hoy existe entre trabajadores de empresas centrales y trabajadores de empre-



sas periféricas. Unos se jubilan a los cincuenta y tantos años, sesenta años, con el cien por cien; los otros, en muchas ocasiones, durante los últimos años de su vida laboral, se ven obligados a cotizar por el salario mínimo interprofesional y, por tanto, a tener la pensión mínima.

Por cierto, esa reforma podría estar hecha desde el año 2001. Estuvo a punto de firmarse con el Gobierno Aznar. Una parte del sindicalismo y la presión del partido de la oposición, hoy en el Gobierno, hizo inviable esa reforma. Les puedo asegurar que para los que tienen que hacer de interlocutores sociales es muy desmoralizante ver que el grado de lucidez de los dirigentes políticos es inversamente proporcional a la responsabilidad de gobierno que asumen en cada momento. Eso se podía haber hecho en 2001, y si no está hecho es porque sucedió lo que sucedió. La presión en los centros de trabajo era muy dura, porque no es tan fácil explicar a unas asambleas cosas que, a lo mejor en un consejo de administración con cinco o seis, se pueden explicar.

Segunda cuestión, que nadie trata: la pensión de viudedad o de orfandad. Tenemos unas pensiones de viudedad y orfandad configuradas para la sociedad de mediados del siglo xx. Absolutamente pequeñas para un porcentaje de viudas y huérfanos muy importante. En cambio, se está pagando a personas que no han tenido merma de sus ingresos, y que tienen una situación en la que perfectamente podrían prescindir de esas.

Ampliación de la edad de jubilación a sesenta y siete años. ¿Podemos profundizar un poco en qué significa eso? Cuando en estos momentos la edad real de jubilación no llega a los sesenta y tres años, y el mercado de trabajo y la economía no es capaz de garantizar que se llegue a los sesenta y cinco, ¿por qué meternos en una reforma con conflicto, cuando tenemos un margen para ampliar la edad de jubilación real, de sesenta tres a sesenta y cinco? Si se hace esa reforma sin garantizar que la economía pueda ofrecer empleo a la gente hasta los sesenta y siete, cuando no lo puede garantizar a los sesenta y cinco, el resultado es bastante evi-

dente. Un volumen de la población, escasamente formada, con poco salario, en vez de tener quince años, con unas cotizaciones mínimas, va a tener diecisiete, con lo cual estaremos dualizando aún más el mercado de trabajo, porque las empresas centrales van a continuar jubilando a su gente a los cincuenta o cincuenta y tantos años.

Hay margen. El margen es pasar de sesenta y tres a sesenta y cinco la edad real. En referencia a algo que ha planteado Ramón Jáuregui, debe pensarse como alternativa la posibilidad de que el período para acceder al cien por cien se amplíe de manera progresiva. Entonces, no nos empeñemos, por favor, en reformas que necesariamente tendrán que producir sangre, porque hay margen para reformas con consenso.

Acabo con dos pinceladas sobre aspectos que no son de pensiones, pero que son de educación y sanidad. En educación es donde estamos francamente peor desde el punto de vista de la equidad del gasto, no de la cantidad. Porque un país que no es capaz de garantizar la educación gratuita en su tramo obligatorio para la ciudadanía, y que se ha inventado, sin discutirlo, el copago de las familias en una parte muy importante para la educación primaria –y ahora está a punto de hacerlo a la educación secundaria– se permite el lujo de pagar el 75 ó 78 por ciento del coste de la enseñanza universitaria.

No sé dónde está la oposición para hacer esa reforma... ¡Con la valentía que hay para hacer otras! Hay sectores sociales que no necesitan ni tan siquiera amenazar. Sencillamente con que guíñen el ojo ya sabe todo el mundo que esa reforma no se podrá hacer. Yo no sé dónde está la oposición para hacer el cambio en el sistema de tasas, sin necesidad de ahogar, sencillamente de distribuir el gasto educativo de otra manera.

Sanidad. ¿Podríamos pasar de los titulares a los temas concretos? Porque todo el mundo está hablando del copago. Yo, por ejemplo, no tengo ningún problema en asumir dialécticamente ese debate,

entre otras cosas porque el copago está establecido en otras prestaciones. ¿Por qué plantear que la sanidad tiene que estar al margen del tema de copago? Pero después de eso, después del titular, cuando bajas, la cosa es tremendamente más complicada. Recordad una cosa: los sistemas sanitarios son un sistema donde el consumo no lo determina la demanda, sino que una parte muy importante lo determina la oferta, es un mercado invertido. Entonces, incidir, poner como sistema de control y de responsabilidad del consumo sanitario solo medidas en relación con el que consume, el enfermo o el ciudadano, sin tener en cuenta que una parte de lo que consume viene determinado por la presión de la oferta –eso no lo digo yo, está superescrito–, es hacernos trampas. No puede ser solo así, los incentivos para consumir menos en relación con los profesionales es importante.

Esteve, uno de cada cuatro euros que gastamos en sanidad es gasto farmacéutico. Que sepamos que todo lo que toquemos ahí tiene un impacto en relación con la industria de la farmacéutica. Es decir, todo el mundo quiere reformas con la condición de que esas reformas no afecten al ámbito en el que uno está situado.

Hay un tema importante. Si excluimos ese uno de cada cuatro euros, veamos exactamente en qué gastamos el otro 75 por ciento. Porque sí, además, estamos de acuerdo en que los enfermos crónicos van a quedar excluidos de ese planteamiento de copago, por razones obvias, veamos exactamente qué es lo que queda de margen. Luego veamos otra cuestión también muy importante. ¿Cómo vamos a medir el sistema de copago? ¿En función de las rentas declaradas por la fiscalidad? Es una posibilidad, pero entonces debemos saber que el resultado final va a ser que van a copagar los asalariados, y no otros sectores sociales.

Entremos por favor en el detalle, bajemos a la letra pequeña. Si no, estamos haciendo –es curioso,



¿no?– debates absolutamente ideologizados, donde en muchas ocasiones quien plantea el debate tiene que desideologizarse y es el primero que mete una carga, no de ideología, sino de teología. No hay reforma del sistema de seguridad social, del sistema de bienestar social, sin reforma del sistema fiscal. Y eso hay que abordarlo. Cuando la batalla de los impuestos haya terminado de una manera u otra, pueden estar seguros de que la gente que actualmente defiende los ingresos de la élite volverá a pedir recortes en la seguridad social y en las ayudas a los parados. «Debemos tomar decisiones difíciles –dirán–, todos tenemos que estar dispuestos a hacer sacrificios». Pero cuando dicen «todos» quieren decir «ustedes», los sacrificios son para la gente humilde. No lo dice un bolchevique declarado como yo, sino que lo ha dicho Paul Krugman este fin de semana con relación a Estados Unidos.

Insisto, ha hablado el profesor, ahora ustedes dirán.

Àngel Castiñeira

Muchas gracias, profesor Coscubiela. Tiene ahora la palabra Pedro Luis Uriarte.

Pedro Luis Uriarte

Muchas gracias y buenos días. Yo les voy a hablar –los que estuvieron en la cena lo saben– como jubilado. Este tema ha sido tocado aquí con mucha profundidad desde distintos puntos de vista. Es importante, tanto desde el punto de vista global –estamos hablando de economía, de finanzas públicas, etcétera–, como desde un punto de vista individual, y es, por lo demás, un tema confrontado, en ebullición y complejo. Voy a tratar de complementar lo que se ha dicho en las brillantes intervenciones anteriores con algunos aspectos

adicionales, y contestar alguna cuestión que se ha planteado.

La primera cuestión es si hay tiempo o no hay tiempo. Acaba de plantearla el profesor de ESADE Joan Coscubiela. La contestación, desde mi punto de vista, es que *había* tiempo. Los famosos mercados estaban anticipando, hace un par de años, que para la reforma del sistema del bienestar en Europa, a tenor del crecimiento de la economía, había un plazo más o menos de quince años.

Pues bien, ese plazo se ha acertado. Ayer mismo leí en *El País* o en *La Vanguardia* que Moody's, que está analizando el *rating* de España. Tema crítico, porque para una economía como la española que va camino de tener el cien por cien de deuda sobre PIB, es decir, 1 billón de euros de necesidades de financiación, la cuestión del *rating* no es baladí. Una bajada del *rating*, anunciada ya por Moody's, significa que va haber que pagar mucho más en tipos de interés. Y una desconfianza de los mercados, como está sufriendo en estos momentos Irlanda, Grecia, etcétera, significa que los diferenciales de la deuda española que son de 200 puntos básicos, 2 puntos de interés sobre la referencia alemana, podrían subir. En el caso de Irlanda, a 4 puntos, y en el caso de Grecia, a 7 puntos. Y estamos hablando de países de la Unión Europea.

Pues bien, Moody's anticipa, al analizar el caso de España, que el tiempo se ha terminado. Por tanto, lo que planteaba Joan hace un momentito, su visión –y no estoy diciendo, Joan, esto como crítica– no coincide con la que tienen en estos momentos los famosos mercados. Tema muy importante, porque hemos visto las decisiones que ha tenido que adoptar el Gobierno español recientemente, como consecuencia, vamos a llamarlo así, de esa presión exterior. Una presión que, en definitiva, es la

que tiene toda persona que debe dinero en relación con el que se lo ha prestado. Eso son los mercados. Había tiempo, y el tiempo se está reduciendo.

Segundo tema que que plantea este complejo debate: ¿qué sistema de pensiones? Si miramos el mundo, nos damos cuenta de que no hay una única respuesta, porque como mínimo están funcionando cinco sistemas de pensiones distintos: pensiones solo públicas, que, a su vez, tienen dos modelos, de reparto y de capitalización; pensiones solo privadas, el que tiene Chile, por ejemplo, desde la época del señor Pinochet (por cierto, con gran éxito desde un punto de vista financiero); pensiones públicas complementadas con pensiones privadas, que podría ser el caso español; y pensiones privadas más importantes que las públicas, que podría ser el caso anglosajón, Estados Unidos o el Reino Unido.

El señor Piñera, en el año 1996 –el señor Piñera es, digamos, el inventor del sistema de pensiones privado que rige en Chile–, alentado por el Círculo de Empresarios de Madrid, anticipó –estamos hablando de hace 14 años– la quiebra de la Seguridad Social en España. Recomendó vivamente a la sociedad española que pasara de un sistema público complementado por pensiones privadas a un sistema radicalmente privado como el que tenía Chile.

Bueno, el señor Piñera se equivocó. Se equivocó radicalmente por dos razones muy importantes, porque el sistema público de pensiones está correlacionado con dos factores que él no tuvo en cuenta: el crecimiento de la economía española que, como veíamos ayer, ha tenido un ciclo expansivo de más de 13 años; y muy importante, como se acaba de apuntar, porque se ha producido un aumento de la población activa importantísimo, fruto, fundamentalmente, de dos factores a los que quiero referirme,

porque son muy importantes. El primer factor es el aumento de la inmigración –que citaba ayer Felipe González refiriéndose a Europa, y al que ha hecho referencia Joan–, y un tema que no se ha dicho, que para mí es crítico para el futuro, que es la incorporación de la mujer al mundo del trabajo en igualdad de condiciones que el hombre. Cosa que se ha conseguido en un plano formal, pero no en un plano real.

Por tanto, sobre la base de que el señor Piñera se equivocó y de que no tenemos por qué migrar de nuestro sistema público complementado con pensiones privadas, vamos a analizar, además de los tres factores que decía Ramón fantásticamente (que son factores relacionados con la edad de jubilación, con los años que se computan y con el período de carencia), con otros dos temas más.

Este sistema podría mantenerse si aumentara el número de cotizantes. ¿La sociedad española se puede permitir –estamos viendo ya las situaciones de conflicto que hay aquí en Cataluña, Badalona, etcétera– un aumento desbordado del número de inmigrantes en el futuro? Pues eso es lo que tenemos que pensar. Una persona que en estos momentos es ministro del actual Gobierno, no voy a decir su nombre porque no está presente, anticipaba hace tres años, más o menos, en una intervención en el Círculo de Empresarios Vascos, que estimaba que en el año 2025 la población española sería de 60 millones de personas. Como en estos momentos estamos hablando de una población española en torno a 47, nos está diciendo, implícitamente, que espera un aumento de la migración –insisto, es una persona letrada, ministro del Gobierno español actual– de 13 millones.

¿Tenemos la sociedad preparada para eso? Bueno, pues eso afecta fundamentalmente al sistema de pensiones. Porque si la sociedad

efectivamente pudiera sostener –la sociedad española– una migración tan fuerte, teniendo en cuenta que tenemos las tasas de natalidad más bajas del mundo, el sistema de pensiones, como ya pasó con la profecía de Piñera en 1996, estaría salvado.

Pero vamos a hacer algunos números en relación con lo que ha dicho Ángel. Hoy tenemos 8,5 millones de pensiones contributivas, que cobran mensualmente 6.300 millones de euros, es decir, más o menos en España se cobran hoy 80.000 millones de euros anuales, entre los cuales están los que yo cobro. Parte de estos 80.000 millones, no todos, son lo que yo cobro. Y hay 19 millones de cotizantes que es la población que trabaja, la parte de la población activa que trabaja.

Pues bien, a partir del año 2040, como se ha dicho, vamos a tener 15,5 millones de pensionistas. Entonces, haciendo el cálculo al revés y diciendo qué cantidad de población activa necesitaremos para poder mantener el sistema, la población española tendría que ser de 67 millones y medio de personas. Entonces, vuelvo a preguntar, sobre la base de una de las tasas de natalidad más baja del mundo, ¿estamos seguros de que vamos a poder construir una sociedad con un número de migrantes tan importante? Primer tema.

En segundo lugar, ¿Por qué no afrontamos el problema de la mujer en España de verdad? Porque una igualdad de género como se ha conseguido en países europeos –o sea que no estamos hablando de un *desiderátum*– como por ejemplo en el caso de Dinamarca, ¿qué significaría? Pues que la población activa española (se igualaría la cantidad entre mujeres y hombres) subiría en 3 millones y algo más de personas. Y es muy importante que las mujeres que trabajasen cobrasen en el sector privado igual que los hombres. El Ministerio de



Igualdad, no hace todavía quince días, ha publicado un estudio según el cual la diferencia salarial es del 22 por ciento. Pues si multiplicamos 3,5 millones de mujeres más trabajando, e igualamos en 10 millones más o menos de personas las prestaciones, es obvio que la capacidad de generar y, por tanto, de sostener el sistema de pensiones aumentaría exponencialmente. Por tanto, el tema de la mujer, el manido tema de la mujer, que siempre se ve desde una perspectiva ética, sociológica, o de igualdad de género, en ese aspecto tiene un componente económico, y también relacionado con las pensiones, absolutamente decisivo.

El siguiente tema que quería poner sobre la mesa es también relevante. Al asumir que vamos a tener, por las razones que sean -de crecimiento económico, de población o por lo que fuera- dificultades para el sostenimiento futu-

ro del sistema de pensiones, tenemos que poner sobre la mesa con gran claridad un tema crítico, que es el sistema complementario de pensiones privadas, que en parte de España ya está puesto sobre la mesa y resuelto. Luego voy a hacer referencia a esta última parte.

Vamos a ver, supongamos que yo fuera una persona que quisiera cobrar lo que he estado ganando a lo largo de mi vida profesional. Supongamos que mi retribución hubiera sido de 40.000 euros. En estos momentos, el sistema de pensiones me garantiza 18.000. Por tanto, si yo quisiera vivir hasta el final de mi vida -80, 82, 83 años según las tablas de mortalidad vigentes- con 40.000 euros, tendría que ahorrar al final de mi vida profesional hasta 240.000 euros.

¿Cuánto se está ahorrando en España? Os voy a dar los datos, porque creo que son revela-

dores. En sistemas privados hay ahorrados en estos momentos en España 252.000 millones de euros, de entre los cuales 138.000 son seguros de vida –hay 2.300.000 personas que tienen seguros de vida. En fondos de pensiones como tal, hay 85.000, que es, vuelvo a decir, muy parecido a la cantidad que paga anualmente el sistema público de pensiones, alrededor de 80.000, de los cuales 30.000 son fondos de empleo creados por empresas. Solo 30.000. Comparamos esos fondos privados de empresas con el sistema de Estados Unidos y del Reino Unido, que básicamente es privado y de empresa. El máximo fondo de empleo lo tiene “la Caixa”, con 3.800 millones de euros, seguido de Telefónica, etcétera. En mutualidades, hay 9.600 millones. Por tanto, los fondos privados hasta aquí suman 232.000 millones de euros.

He dicho que en una parte de España este tema está resuelto. Ahora viene la parte que está resuelta, que la voy a comentar, porque, perdonadme la inmodestia, la creé yo en su momento, y la vivió también Ramón Jáuregui, que entonces era miembro del Parlamento vasco. En el año 1983, el País Vasco, haciendo uso de sus competencias estatutarias, cuando asumió las competencias de mutualidades sociales, creó un modelo de sistema de pensiones privado que todavía está en vigor. Estas pensiones se podían rescatar a los diez años. Decían que eso era una locura, porque a los diez años la gente se la iba a llevar. Los que habíamos trabajado en el sector bancario sabíamos que eso no era cierto, que la ley de grandes números tiende a estabilizar las pensiones, porque, si no, ¿por qué existen las cuentas corrientes? ¿Por qué existen billones de euros en estos momentos en el sistema financiero español a retribución cero? Pues porque se dejan allí.

En estos momentos, el País Vasco tiene, en pensiones privadas, entidades de previsión

social voluntaria rescatables a los diez años pero no rescatadas, un total de 19.000 millones de euros. Como la población vasca es aproximadamente el 4,5 ó 5 por ciento de la población española, si multiplicamos esto por 20 para situarlo al nivel de España, nos daríamos cuenta de que habiendo aplicado España ese modelo –que es un modelo aceptado por los poderes públicos, incentivado por los poderes públicos– tendría en estos momentos 380.000 millones de euros de pensiones privadas, complementarias a las suyas, que es más o menos lo que tendría que tener para estar en la media de la OCDE.

Por tanto, el denostado tema, por razones ideológicas, de las pensiones complementarias es importantísimo. ¿Qué significa que los vascos, que representan más o menos el 6 por ciento del PIB español, tengan un patrimonio en estos momentos del 28 por ciento de su PIB –28 por ciento de su PIB–, en pensiones complementarias? Pues algo muy sencillo: que la capacidad de ahorro y de consumo de los vascos en el futuro va a poder mantenerse en condiciones de seguridad más razonable que la media de los españoles. Y si los vascos, que somos pocos y tontos, hemos hecho esto, ¿por qué no lo hace España? ¿Por qué no se enfrenta con este problema? Y no se trata de minimizar el sistema público de pensiones, sino que se trata de complementar voluntariamente, porque estamos hablando de un sistema voluntario, el sistema público de pensiones.

A mí me parece que el tema de número de cotizantes, sobre la base de que no se nos ha acabado el tiempo, del papel de la mujer y del sistema complementario de pensiones son tres temas que, de alguna forma, se complementan, y que pretenden complementar los tres que ha puesto muy acertadamente Ramón sobre la mesa: edad de jubilación, años que se computan y período de carencia.



Àngel Castiñeira

Muchas gracias al señor Uriarte, que no es profesor, pero que también podría serlo.

Pedro Luis Uriarte

Si pagan ustedes bien, yo soy profesional.

Àngel Castiñeira

Tiene la palabra Joan Majó. Joan, cuando quieras.

Joan Majó

Buenos días. A lo largo de la intervención de Ramón y de Eugenio Recio, yo me había anotado tres preguntas, que son las que voy a hacer, aunque añadiéndoles algún pequeño comentario fruto de esta parte del coloquio.

La primera. Sobre el tema de las pensiones, escribí hace algunos meses una serie de elementos en los

que destacaba dos puntos que quiero volver a exponer aquí. Ramón ha hablado de tres posibles elementos de ajuste en el futuro de las pensiones, que son la edad de jubilación, el cálculo y la carencia. El cálculo y la carencia son dos elementos claramente, digamos, económico-matemáticos. Es decir, que si se modifica alguna de estas dos cosas es por razón de mejorar el equilibrio financiero del sistema. Me parece muy bien.

La edad de jubilación. Se ha cometido el error de que, aunque ayuda a reequilibrar el sistema, no era necesario introducirla como tal. La edad de jubilación es algo exigido por la demografía, exigido por el hecho de que pasamos más tiempo que hace cincuenta años educándonos, pasamos más tiempo que hace cincuenta años en una edad, digamos, post-trabajo, llegamos a los setenta años en unas condiciones en las que no llegaban nuestros padres ni nuestros abuelos y, por tanto, el cambio sanitario demográfico de la población hace absolutamente normal el retraso de la edad de jubilación. Resulta que esto arreglará otras cosas desde un punto de vista económico, pero no tenía por qué politizarse este elemento. Por tanto, entiendo que en lo que concierne al retraso

de la edad de jubilación –estoy de acuerdo con lo que decía Coscubiela–, lo primero que hemos de conseguir es el retraso de la edad de la jubilación real, no solo de la legal, aunque ya es algo. Os lo diré de otra manera. Yo tengo setenta y uno, y a mí no me jubila nadie. Y me da igual el equilibrio de las pensiones. Por tanto, no hacía falta mezclar este elemento con los otros dos que son ya de ajuste económico.

La segunda cosa que escribía en estos dos o tres artículos sobre el tema era algo que ya se ha dicho, pero que se ha dicho con un añadido. Yo decía: «El sistema actual es estable, pero está cargado de peligros a largo plazo». Hay que reformarlo, pero tenemos tiempo. No mezclemos las cosas y, por tanto, quedémonos tranquilos. Hoy, y lo entiendo así, se ha añadido algo: el tiempo se ha agotado, y se ha agotado en tres meses, desde que se le ocurrió a los mercados que se había agotado, con lo que vuelvo a mi intervención de anoche en la cena. ¿Quién está fijando la agenda del Gobierno español? ¿Quién está obligando al Gobierno español a acelerar el tema de las pensiones? Los mercados. Una vez más lo digo, ¿y quiénes son los mercados? Los que invierten. ¿Y quiénes son los que invierten en los mercados? Los gestores de fondos, los bancos, el conjunto del sistema financiero. Por lo tanto, una vez más repito mi observación de ayer: hablamos mucho de quién manda menos, pero no dijimos suficientemente claro quién manda ahora. Y quién manda ahora lo estamos viendo en cada una de las decisiones que estamos tomando o que están tomando los gobiernos, una detrás de otra.

Entonces, y esto es una pregunta directa a Ramón. Al hablar de la reforma fiscal –y coincido plenamente en la mayoría de los elementos que tú has puesto sobre la mesa llamándolo “reflexión fiscal en Europa” en estos momentos–, me sorprende mucho que haya una que no se haya mencionado, que en el caso español está clarísima: el absoluto desequilibrio entre la fiscalidad de las rentas del trabajo y la fiscalidad de las rentas del capital. Es decir, no estoy seguro de que tenga gran repercusión en la mayor progresividad del sistema haber elevado dos puntos el mar-

ginal del IRPF, manteniendo el famoso invento de la doble escala para las rentas del capital; incluyendo, como se incluyó en las rentas del capital, tanto las rentas del ahorro como las rentas de la especulación.

Esta es la gran –yo entiendo– reforma. No se ha incluido. No diré que sea más importante que las otras, pero creo que no se completa suficientemente la reflexión si no se añade a esto. Y si le añadimos a esta reflexión que no solamente no se está cambiando la doble escala de imposición, sino que además se ha puesto de moda hacer, y sobre todo proponer, que se suprima la fiscalidad sobre el patrimonio, sobre las sucesiones, que se supriman todos aquellos impuestos que gravan especialmente sobre las rentas más altas, pues todavía hemos hecho más regresivo el conjunto del sistema fiscal.

Acepto plenamente, primero, que hay que hacer la reforma laboral; pero entiendo que se proteste cuando se hace la reforma laboral y no se hace la reforma fiscal. No estoy defendiendo que no se tenga que hacer la reforma laboral, ni mucho menos; yo creo que se tenía que hacer, y aplaudo al Gobierno que la haya hecho. No sé cuáles son los aspectos que pueden discutirse, pero entiendo, y esta es mi tesis, que esta reforma laboral se tenía que haber hecho en paralelo con una reforma fiscal que aumentara, no solamente la recaudación, sino la progresividad del sistema fiscal.

El tercer comentario va hacia Eugenio Recio, para decirle hasta qué punto aceptaría este cambio de cultura de mayor responsabilidad que él ha explicado, creo que con mucho acierto. He disfrutado escuchándole y me acordaba de los libros que leíamos hace cincuenta años sobre la economía social de mercado, porque algunas cosas las hemos perdido. Es decir, ¿hasta qué punto aceptaría dar el paso de que la economía social de mercado no solamente supone una mayor responsabilidad de los ciudadanos en todo lo que es su bienestar, y por tanto, en los servicios públicos, sino en otro elemento que a día de hoy es muy importante, que es el incremento del trabajo autónomo? En los próximos años no va a haber un aumento de ocupación im-



portante, y no va a haber sobre todo un gran aumento de ocupación por cuenta ajena. En este sentido, yo diría que es necesario crear la cultura del trabajo, en el sentido en que lo que uno no tiene que esperar es que alguien le ofrezca trabajo, sino que uno de los primeros elementos para obtenerlo es buscarlo, y que no tiene que ser necesariamente un trabajo asalariado.

Yo tengo seis hijos y, por lo tanto, tengo doce personas entre los treinta y los cuarenta años, entre hijos, yernos y nueras. En estos últimos años, cuatro o cinco se han convertido en trabajadores por su cuenta, cosa que en otras épocas era impensable. Antes, o eras gran empresario o eras asalariado. Hay un incremento extraordinario, yo creo, de la necesidad de incluir en la educación no solamente elementos de conocimiento, elementos de habilidades, sino también elementos de actitudes frente a una sociedad en la que cada vez más el trabajo, en buena parte, se lo tendrá que buscar cada uno. El número de asalariados va a ir reduciéndose o, por lo menos, no va a crecer en este país. Por lo tanto, la reflexión que has hecho a mí me ha llevado a ampliar este aspecto. Me gustaría saber si liga o no liga con el cambio de cultura que tú has planteado.

Àngel Castiñeira

Tiene la palabra Xavier Torra.

Xavier Torra

Intentaré ser brevísimo. Desde una visión no académica, sino muy prosaica, de industrial, desde el mundo de la mano de obra bastante intensiva, ofrezco tres consideraciones sobre el Estado del Bienestar.

Primera reflexión. Una percepción de la educación del país. En España, pensando en el país, y no en esta mesa, hay una percepción de caja infinita del Estado. Eso nadie lo ha contado, no se explica, de una forma clara. Como tampoco, posiblemente, se tiene la percepción, en general, de que hay unos límites del Estado del Bienestar. Entiendo que eso es algo que posiblemente políticamente no es muy rentable, pero hace falta explicar que tiene unos ciertos límites y que alguien los tiene que poner. Posiblemente no son límites matemáticos y concretos, pero sí que hay que definirlos y explicarlos.



Segunda reflexión. Me pregunto cómo afecta a la competitividad exterior un estado del bienestar no equilibrado. Al final, las empresas, de alguna forma tienen que exportar para que el país equilibre sus cuentas. ¿Adónde nos va llevar si no logramos un cierto equilibrio, no a muy largo plazo, sino a un plazo razonable? Nosotros no somos Estados Unidos, no tenemos la máquina de hacer dólares. Estamos en una situación totalmente dispar con los Estados Unidos, y no sé cómo podemos mantenernos si no tenemos una cierta visión de equilibrio en este estado del bienestar.

Y la tercera. Simplemente invitar a una reflexión. Estamos hablando de alargar la edad de jubilación. Posiblemente tiene sentido, sobre todo en ciertos colectivos; en otros no me parece bien. Simplemente pretendo inducir a reflexión, es decir, a plantearnos cómo podemos conjugar esto con la entrada de una juventud que no sabe qué hacer. Nos falta bastante imaginación para poder introducir la juventud, vincularla a este alargamiento, posiblemente necesario, de la edad de jubilación. Perdimos hace años las figuras del aprendiz, posiblemente por abusos que existían en el mercado, pero hemos de recuperar algo para que esta juventud pueda conjugar su entrada,

más o menos brillante, más o menos interesante, pero que entre en un mercado de trabajo combinado con el alargamiento quizás de la edad de jubilación.

Àngel Castiñeira

Muchas gracias, Xavier: Enric Juliana.

Enric Juliana

Muchas gracias, también intentaré ser bastante rápido. He estado escuchando con mucha atención las intervenciones, muy especialmente en el último momento, la de Coscubiela. Cuando se discute del futuro del Estado del Bienestar en España, creo que lo que no se puede hacer es plantear una discusión solo de orden teórico, digamos, o sobre la base de soportes exclusivamente estadísticos –que son muy importantes– de las distintas opciones que evidentemente no son ni neutras políticamente, ni socialmente. Hay un cruce de intereses entre los diferentes grupos sociales, incluso podríamos añadir, una vez la discusión avanza, entre los distintos grupos territoriales. Pero hay

otro elemento, a día de hoy, que no se puede ignorar en absoluto: la situación política, el cuadro político.

Por ejemplo, en lo tocante a las pensiones. La crisis en tiempo presente ha restado presión al problema, de alguna manera, porque hay trabajadores de más de cincuenta años que están en paro y que, en estos momentos, cuando se jubilen, van a cobrar menos, por tanto, van a sacar menos dinero de la caja de la Seguridad Social. Ahora bien, en cuanto a la crisis, si uno va analizando lo que ha pasado en estos últimos meses, lo que ve es que en su evolución política, en la secuencia política que ha habido, se ha establecido en un momento determinado una conexión clara entre las pensiones y el cuadro económico español. Es decir, el aumento de la edad, de la perspectiva de la edad de trabajo de los españoles se ha convertido en un factor ritual que el Gobierno español ha tenido que ofrecer en el altar, junto con otras cosas. Y esto es el cuadro político.

Ayer, Felipe González dijo cosas muy interesantes y muy brillantes, como siempre. Hizo una cosa también muy inteligente por su parte, que fue tender un piadoso manto de benevolencia sobre la situación del Gobierno español cuando dijo: «Ahora todos nos quejamos de que se nos imponen cosas, los italianos también dicen que se les imponen cosas y, la verdad, es que esto forma parte de un nuevo cuadro de soberanía europea». Bueno, eso creo que es una verdad muy a medias. Yo discrepo de esta versión.

A España le han impuesto la política. Veo que, en la familia socialista, hay en estos momentos un cierto afecto a la idea que se ha producido una reproporción de las fuerzas en presencia en términos muy abstractos, los mercados. «No, no, oiga, los mercados y los poderes realmente existentes y no abstractos». Es decir, a España los mercados le han impuesto el cambio de política económica, sí, se habla de la presión especulativa, etcétera, pero instancias de poder muy concretas, porque Europa no es una asamblea de *boy scouts* que se reúnen cada tres meses, sino que es una relación de fuerzas económicas y políticas, con

connotaciones históricas. Es decir, a España le han dictado la política económica Alemania, en primer término; sus anexos en el cuadro europeo, que son el Benelux y el norte de Italia, y Francia, en la medida que Francia no ha estado en condiciones, en estos dos últimos años, de elaborar y de imponer una visión alternativa a la conducción de la situación europea. Y ahí se han tenido que presentar los 67 años. Los 67 años que, efectivamente y probablemente, acabarán generando un problema político muy importante en los próximos meses, porque puede que incluso todo el debate sobre la reforma del sistema gire alrededor de este punto. Era la exigencia que venía dada de un cuadro de fuerzas. ¿Por qué? Porque un país que no se preocupa de sus pensiones, a efectos de los inversores y a efectos de quien en un momento determinado controla la situación, no envía señales de garantía. Si un día no puede pagar su deuda, pues evidentemente antes de dejar de pagar las pensiones, dejará de pagar la deuda. Este es el tema.

En la actual crisis y en la actual situación hay muchos elementos de carácter ritual, si se quiere, que están muy ligados a la situación política. Lo que pasó el 9 de mayo en Bruselas, en la reunión del Ecofin. Lo que pasó en días sucesivos en España, el 12 de mayo, cuando Zapatero acude al Congreso y gira totalmente la política económica. Y a finales de mes, cuando el Congreso vota, en una votación dramática salvada *in extremis* por los diputados de CiU, se da un giro, y alguien dice: «Allí gira la política económica». No, no, allí gira la política española, en términos superlativos. ¿Por qué? Porque se puso de manifiesto una situación de debilidad. Allí se hundió –permítanme la expresión– una fórmula de gobierno que estaba vigente en España desde el 2004, que era la conjunción PSOE-UGT. Digo *conjunción* como término casi de los años treinta, no *coalición*, sino la conjunción PSOE-UGT gobernando España con el apoyo externo de Comisiones Obreras. Se rompe el mes de mayo del 2010. Y lo que va a pasar mañana es la consecuencia de esto.

Acabo con dos ideas. ¿Por qué ha pasado esto de una forma tan abrupta? ¿Porque el mundo, de golpe y porrazo, está gobernado por unas realidades invisibles e



inasibles que son los mercados, sobre los que nadie tiene idea de qué se puede hacer? ¿O bien porque, a parte de que, sí, efectivamente, existen estas dinámicas, existe una cosa muy antigua que es la política, que sigue, y las relaciones de fuerza que siguen existiendo y las percepciones de la realidad y las intuiciones y los instintos...?

¿Por qué se ha producido este hundimiento político de la conjunción de gobierno que ha estado dirigiendo el país desde 2004 hasta ahora? Apuntaría dos ideas. Seguramente los factores de talento personal aquí influyen mucho. Pero, una: el partido gobernante en estos momentos es un partido cuya base social y electoral se sustenta, con la única excepción de Cataluña, sobre la base de los sectores sociales subvencionados, subsidiados mayoritariamente. Ha perdido progresivamente, a lo largo del tiempo, un contacto más intenso con las clases medias, con los nuevos sectores dinámicos de la sociedad. En el atlas electoral se puede ver con mucha claridad. En el resultado de las últimas elecciones municipales y autonómicas, y en el resultado de las elecciones legislativas de mayo de 2008, por ejemplo, y viendo los resultados en las grandes ciudades, está bastante claro. Esto por un lado.

Luego hay otro factor, que mañana tendrá una expresión viva. A mi parecer, cometiendo de nuevo un error histó-

rico, lo que podríamos decir entre comillas «la izquierda sindical española», hace unos años llegó a la conclusión de que los Pactos de la Moncloa habían sido un error: Y esa conclusión ha sido interiorizada durante años. Estoy hablando no de los sindicatos, sino de la izquierda sindical, los sindicatos, en estos momentos, no han tenido reflejos para intuir el alcance de lo que estaba pasando y reproponer lo que tuvieron capacidad política de hacer en 1977, que es intentar adelantarse a la situación e intervenir claramente en el cuadro político, tomando la iniciativa. Esto no lo han sabido hacer y ahora va a pasar lo de mañana, que será una derrota sindical en España claramente.

Àngel Castiñeira

Gracias, Juliana. Última palabra antes de devolverla a los ponentes, Josep Gassó.

Josep Gassó

Buenos días. Intentaré ser muy breve, soy presidente de la Fundació Catalana de l'Espai y simplemente un apunte para situar la empresa que dirijo,

porque no es una empresa típica. Se trata de una empresa sin ánimo de lucro, que se dedica a la educación de la infancia y de la juventud, especialmente en el tiempo libre y en espacios educativos, fuera del horario lectivo, en sectores de población con dificultades sociales, físicas y psíquicas.

Promovemos que niños y jóvenes, a través del tiempo libre, asuman responsabilidades, compromisos y valores que los lleven a ser en un futuro ciudadanos comprometidos. Tenemos una fórmula matemática que resume nuestra misión, que es $I+F=C^2$, que significa niños, *infants* en catalán, *més felixos*, más felices, se convierten en ciudadanos al cuadrado, en ciudadanos comprometidos. Esto viene a resumir un poco lo que es nuestra misión. Situada un poco la misión de la fundación que presido, debo decir que me parece especialmente importante lo que ha destacado Àngel en la presentación de la mañana, cuando se ha referido a que hay dos aspectos que hay que pensar y potenciar en la nueva configuración del Estado del Bienestar: la protección de la infancia y de la juventud, aspectos que nos preocupan especialmente. “Infancia en riesgo”, decía él.

El Estado del Bienestar ha pensado especialmente en los temas de salud y de educación formal, salud como atención a la enfermedad, y educación formal. Creo que hay que ampliar el espectro de lo que hay que hacer con relación a la infancia, teniendo en cuenta que la infancia se mueve también en internet, en espacios no formales, en la calle, en una sociedad cada vez más comunicada, más amplia, y hay que pensar de qué manera nuestra sociedad protege de forma adecuada los intereses, la educación de esos niños.

Y de la juventud, ¿qué vamos a decir? Todavía más. Me preocupa. Y, para resumir, me centro en la preocupación con relación al paro de la juventud. Si no tengo mal entendido, estamos ro-

zando, especialmente en determinados sectores, alrededor del 40 por ciento de paro juvenil.

La pregunta es: ¿Es asumible, sostenible, o pensamos que salir de la crisis es meramente una cuestión económica, de crecimiento, de rentabilidad etcétera? ¿Puede permitirse nuestra sociedad salir de la crisis con estos índices de paro? Yo pienso que no, pienso que hay que abordar el tema de la crisis económica, pero también de lo que significan unas tasas de paro en una población de jóvenes que es nuestra población de futuro. Si hablamos de liderazgo y hablamos de innovación y hablamos de formación y hablamos de educación, creo que pensar en nuestros jóvenes y darles perspectivas de futuro es una cuestión clave que nos tenemos que plantear.

En relación con la segunda cuestión que quería plantear, decir que estoy muy de acuerdo con la presentación que ha hecho Ramón y, también, con el complemento del señor Uriarte. Me ha parecido todo muy sugerente. Ramón ha afirmado que para la Administración pública, en esta nueva concepción del Estado del Bienestar, es importante concertar con empresas, entidades privadas o que externalice. Y ha puesto el ejemplo de atención a unos menores delincuentes. De sí lo podían hacer mejor funcionarios u ONG dedicadas al tema. Yo pienso que, evidentemente, las ONG dedicadas al tema lo pueden hacer mejor. También hay ONG, ayer se dijo mucho, buenas y malas; también hay empresas buenas y malas, administraciones públicas buenas y malas, y se puede decir que gestionan bien o mal, supongo. Si hablamos de ONG que gestionan bien, pienso que están más motivadas, implicadas, comprometidas vocacionalmente a la reeducación de niños delincuentes. Aquellas ONG que han hecho la opción de hacerlo, ponen medios, recursos y resultados, y movilizan, además, recursos privados de la sociedad para su fin. En este sentido, creo

que es mejor. Pero tú has añadido «...y además resulta que es más barato». Y eso, cada vez que alguien lo dice, yo le contesto «y aunque fuera más caro». Porque a lo mejor resulta que el valor añadido que dan las ONG es mayor. Aunque fuera más caro, nos lo tendríamos que plantear. Simplemente este matiz.

Acabar diciendo que en esta lógica de externalización que yo comparto totalmente, Ramón, una de las cosas con las que nos encontramos y que quiero poner encima de la mesa para tenerla en cuenta en posteriores debates, es que muchas veces la competencia con la que las ONG nos encontramos, cuando lo que intentamos es gestionar recursos de manera eficaz en estos ámbitos, está en la propia Administración pública, cuando se dedica a prestar servicios que no hace falta que preste. Pongo un ejemplo. En Cataluña, desde hace muchísimos años, se gestiona desde la Administración pública una red de albergues públicos que son permanentemente deficitarios. Hay dos o tres ONG de Cataluña que, con el Centro Excursionista de Cataluña, ya nos ofrecimos hace diez años a gestionar estos albergues, con el compromiso de que la gestión fuera por lo menos igual en calidad, pero sin generar ningún déficit. El anterior Gobierno y el siguiente y el siguiente y el actual siempre han desoído nuestra propuesta.

Al final, lo que resulta es que, como la Administración tiene que dar la cara por estos servicios, se ve obligada a llenar los albergues para, por lo menos, hacerlos un poco más rentables. Entonces los sacan a precios reventados que compiten con aquellas ofertas que las propias ONG hacemos en el mismo ámbito, anunciados por TV3, con una publicidad inmensa. O cuando la Administración pública, no pongo ejemplos concretos, da servicios gratuitamente cuando nosotros por concepto, por compromiso y por valores, cuando damos un servicio, intentamos que el ciudadano siempre

pague una parte. Nos encontramos que hay muchos de ellos que la Administración da y, además, de manera gratuita.

A veces la Administración no es competencia, pero regula el mercado. Hay que levantar una bandera en favor de las cláusulas sociales. Cuando la Administración regula por la Ley de Contratos de Administraciones Públicas que ONG o empresas privadas podamos dar un servicio, se debería primar a aquellas entidades no lucrativas que prestan al servicio y que, por el mismo precio, ofrecen un valor añadido. Un ejemplo en Cataluña: el soporte escolar, el soporte a la integración de niños con dificultades que la Fundación está dando en quinientas escuelas públicas de Cataluña, con quinientas personas que trabajan todo el año dando soporte a niños con carencias físicas o psíquicas. Esto es un concurso público. Bueno, pues resulta que hemos de competir con la empresa privada: Eulen, Clece, etcétera, que no es esta su especialidad. La Ley de contratación pública establece que se compare el precio sin IVA. Para nosotros el IVA es un coste, no lo repercutimos, para la empresa privada el IVA no es un coste. Si se compara el precio sin IVA, resulta que se da la paradoja de que se puede conceder este servicio a una entidad lucrativa, que sin IVA va al mismo precio que nosotros, un poquito más barato, y al final la Administración que lo soporta acaba pagando más por este servicio, y nosotros nos quedamos fuera.

Hemos presentado recursos en estos concursos, pensamos que tenemos razón, pero habría que pensar que muchas veces –lo pongo simplemente como ejemplo– la Administración podría regular de manera que una discriminación positiva favoreciera prestar servicios de manera digna con agentes sociales, comprometidos con la transformación y el cambio de este Estado del Bienestar. Muchas gracias.



Àngel Castiñeira

Ramón y Eugenio, ¿queréis decir algo?

Ramón Jáuregui

Yo, muy brevemente, un par de precisiones. Vamos a ver, el debate sobre la fiscalidad de rentas que planteaba Joan Majó en relación con el trabajo. Tenemos un problema de fiscalidad nacional frente a una globalización económica y financiera, y el dinero se mueve, Joan, lo sabemos. Aquí hay tres claves que tenemos que incorporar a nuestro debate, puesto que sabemos que no hay forma de evitar la huida, por ejemplo, del ahorro. El caso de las SICAV está bien presente en estos días. Nosotros, en el País Vasco, pusimos una fiscalidad este mes de diciembre, para este año. Había cien SICAV, no sé si Pedro Luis me lo puede confirmar. Se han ido todas. Hemos subido al 18 por ciento. Me

parece que se subió la fiscalidad del 1 al 18, y no queda ninguna. Las SICAV son los grupos, las grandes fortunas de ahorro.

Bueno, yo creo que hay tres elementos claves, Joan. Espacios opacos, es decir, tenemos un problema de combate a los espacios opacos de la fiscalidad; tenemos un problema de armonización fiscal, vital para evitar la competencia nacional, y, por último, tenemos un problema de fiscalidad transnacional que está en el debate. Sitúo los tres elementos de nuestra reflexión.

¿Por qué se ha hablado de la edad de jubilación? Porque no es seguro que combinando los otros dos factores aumentes la media de la edad de jubilación. Es decir, no está claro que al aumentar el número de años de carencia y al aumentar el número de años de contributividad tengas como seguridad plena que la gente se jubile más tarde. Es decir, son

variables que no son seguras y, por tanto, aquí hay una cierta necesidad de asegurar ese elemento. Por eso se ha planteado también la edad como un factor, para evitar que haya dudas sobre cuál va a ser la evolución de la edad. Algo que otros, como los alemanes, han hecho.

En relación con el tema de las pensiones. Yo no puedo estar más de acuerdo con lo que ha dicho Pedro Luis sobre el tema de las pensiones complementarias. Reclaman una fiscalidad específica, y no sé si la fiscalidad nuestra es un poco mejor. Yo, desde luego, también hago mi fondo particular de pensiones porque me arregla mi declaración de la renta todos los años. Ciertamente, tiene una fiscalidad muy potente; pero, sin duda, al sistema de pensiones español, le hace falta un sistema de fondos complementarios personales, aunque también colectivos, que hay muy pocos. También en esto se implica nuestra cultura. Por ejemplo, recuerdo que un convenio del metal de un sector industrial en el País Vasco, que es un convenio que afecta, por ejemplo, en Guipúzcoa, a 80.000 trabajadores –ahora un poco menos– tiene un fondo de pensiones específico, es decir, que la negociación colectiva construyó espacios de fondos de pensiones colectivos, aunque desgraciadamente los fondos de pensiones complementarios de empresas o de sectores no han crecido en nuestro país.

A propósito de la Seguridad Social, una precisión para Joan. Si planteamos como una alternativa el incremento de los fondos de la Seguridad Social vía ingresos fiscales, estamos planteando un problema que, en mi opinión, es retórico. Así ha sido la propuesta del Partido Socialista francés frente a Sarkozy. Lo tengo que confesar, ellos no han querido apoyar a Sarkozy en la reforma del sistema, y el Partido Socialista ha dicho: «No, no, búsquense fondos complementarios». Pero en una fiscalidad tan constreñida, ¿estamos seguros de que vamos a encontrar fondos complementarios de fiscalidad directa o indirecta, de fiscalidad general, para incorporarlos a la caja de la Seguridad Social? Es muy dudoso.

Aprovecho para decir que, si lo que pretendemos, como otra vía, es incrementar cotizaciones, estamos castigando el empleo. Recuérdese que en nuestro país, hace solo un año, el Gobierno ya ofreció como fórmula la reducción de punto y medio de cotizaciones. Es decir, en la mesa estuvo por parte del Gobierno español una oferta –que los sindicatos aceptaban– de reducir cotizaciones para estimular la creación de empleo. Y me pregunto, solo a efectos de pregunta: ¿Con un 40 por ciento de paro juvenil no deberíamos de hacer algún tipo de planteamiento, de estímulo a la contratación juvenil vía Seguridad Social en cotizaciones? Por tanto, ¿más bien reduciendo algún ingreso?

No creo que haya fórmulas alternativas a la Seguridad Social por la vía de la fiscalidad general ni por la vía del aumento de cotizaciones. Separemos esas fuentes y, por tanto, vayamos a las soluciones que tenemos que abordar inevitablemente.

Y termino. Rígol ha hecho una pregunta muy importante que también requiere una respuesta. Cabe preguntarse si efectivamente es imposible el mantenimiento del Estado del Bienestar. Pensabas en tus nietos, Joan. Es importante subrayar que economías muy competitivas de nuestro mundo conocido han encontrado el círculo virtuoso. Es decir, que no podemos olvidar que los conservadores han ganado en Suecia –por cierto, el domingo pasado– manteniendo un círculo muy virtuoso de presión fiscal. Es verdad que es un país con setenta u ochenta años de cultura de contribución y de corresponsabilidad, no se puede transplantar fácilmente, pero realmente ellos han conseguido reformar el modelo sin cuestionar los pilares del sistema y hacerlo competitivo. ¡Han crecido el 4,5 por ciento este año! Alemania ha hecho sus reformas hace cinco en su sistema, y está manteniendo los pilares del Sistema de Bienestar, y son, además, países muy competitivos.

Por tanto, hay que reivindicar la sostenibilidad del sistema con una vía reformista. Pero también es verdad que no hay un sistema político vertebrado en el país en este momento para afrontar este tipo

de reformas. Creo que España está en uno de esos momentos cruciales, hicimos cosas extraordinarias con los Pactos de la Moncloa o con muchas cosas más. Por cierto, con un papel del sindicalismo, en mi opinión, extraordinario durante estos últimos treinta años en general. Como país hemos hecho unos esfuerzos y unos avances y unas modernizaciones muy buenas, y ahora estamos en uno de esos momentos en los que hay que apretarse, en los que hay que construir consenso, hacer discursos, darle al país horizontes y esperanza, y no hay sistema político para eso.

Tenemos un Gobierno en una fase relativamente final de su mandato, una oposición que quiere que el Gobierno caiga por encima de todo, y efectivamente el sistema político no está vertebrado para afrontar esa tarea, pero tendremos que hacerlo, porque todo esto es tarea urgente.

Ángel Castiñeira

Eugenio.

Eugenio Recio

Brevísimo. Primero contesto a la pregunta directa que se me ha hecho. Creo que es completamente cierto que de la cultura de la economía social de mercado se desprende la importancia de fomentar el espíritu emprendedor. De manera que complementa bastante bien todo lo que hemos dicho acerca de lo que puede suponer la cultura para los temas de desempleo y demás.

No estaría tan de acuerdo con Coscubiela, cuando ha dicho que teníamos un sistema de política laboral o de sistema de organización de todo lo que se refiere al mundo del trabajo bueno, porque si fuera tan perfecto no tendríamos el paro que tenemos en situaciones normales, ya no en una situación crítica como es la de la crisis. España tiene un ni-

vel de desempleo bastante superior al de los otros países de la Unión Europea, y esto, en gran parte, está condicionado por la forma, por la organización con que se ha llevado.

Se han dado pasos importantes y avances a través del Pacto de Toledo. Muchas de las cosas que hemos dicho con respecto a los sistemas, a la corrección del sistema de pensiones, aparecen como recomendaciones hechas en el Pacto de Toledo. Lo que pasa es que son recomendaciones que, más tarde, los distintos gobiernos, por distintas causas, no las han llevado a la práctica. De manera que, en este sentido, se ha avanzado, y esto es importante. Sobre todo si compara uno el presente con épocas anteriores en lo tocante a mejorar las relaciones laborales, aunque todavía se podía hacer mucho más. Y eso lo podría haber hecho, en parte, la reforma laboral contra la que se va a combatir mañana, pero no se hizo. Y ahora solo queda un desajuste bastante importante.

Asimismo, no estoy tan conforme con el éxito del sistema de Chile. Hace dos o tres años se planteó si no convendría volver de nuevo a un sistema parecido al sistema de reparto, evidentemente con una participación importante de los planes privados y particulares. Afortunadamente, cuando en España vinieron a proponer ese cambio, no se realizó, y creo que fue un acierto del Gobierno, que tuvo, además, que hacer frente a esta situación.

Luego está el problema de la relación entre los jubilados, o la población que deja ya la edad de trabajar, y la población activa. El Instituto de Estudios Laborales de ESADE hizo un estudio sobre estos desajustes. Es cierto que, en estos años inmediatos, la inmigración nos ha solucionado el problema, pero hay que tener en cuenta que lo que ha ocurrido, en parte, ha sido que han venido inmigrantes cuando en España ya teníamos casi un millón de parados. La población activa aumentó enormemente. En aquellos años, ese aumento de población activa fue absorbido por el sector de la construcción. Ahora, claro, nos encontramos con



ese remanente de población que está parada, en gran medida debido al aumento de la población inmigrante.

Estoy completamente de acuerdo con lo que se ha dicho sobre el papel que puede desempeñar la mujer, y también lo hemos tenido en cuenta en las previsiones que hicimos; pero el problema sigue siendo serio, porque no se trata solamente de qué población activa tenemos, sino de si le damos trabajo. Y ese es un problema muy serio de la economía española con respecto al futuro. De ahí, la solución a nuestra crisis es más lenta porque tenemos que cambiar la estructura del sistema productivo. Y es un proceso lento.

Finalmente, a propósito de eso, de que hay una impresión de que disponemos de una caja infinita. Esto es en parte por la mentalidad que tenemos sobre lo que es el sistema monetario y sobre lo que es la estabilidad financiera. Ahora, hay que tener en cuenta que mañana, precisamente –y esto me

extrañó que no saliera ayer en la conversación– se va a reunir el Consejo de Europa para discutir y concretar algunas medidas de la gobernanza económica que me parece que son acertadísimas. Las que se refieren al déficit público, al endeudamiento y a los sistemas de competitividad. Lo importante es que se van a tomar medidas para obligar automáticamente –o con mayores facilidades de las que hay actualmente– a los estados a que realmente cumplan lo que se ha establecido en la Unión Europea. Eso me parece que es un avance considerable en la gobernanza económica y que, a nosotros, a los españoles, nos hará bastante bien al no tener esta mentalidad. Todo esto lo tenemos que recibir de la Unión Europea. Nada más, muchas gracias.

Àngel Castiñeira

Muy bien. Nos hemos merecido un descanso. Vamos a tomarnos un café en el jardín, y en unos quince minutos os volveremos a convocar. Gracias.



TIEMPOS DE CRISIS: UNA AGENDA DE CAMBIO ECONÓMICO Y SOCIAL

LA REFORMA DE LA ADMINISTRACIÓN PÚBLICA



Àngel Castiñeira

Si os parece, vamos a pasar a la última parte de la jornada y de nuestro debate. Un debate que tiene que ver con un aspecto distinto, aunque complementario, al de la reforma del Estado del Bienestar: la reforma de la Administración pública.

En el programa que os enviamos, al lado de la propuesta del título, «La reforma de la Administración pública», incorporamos una serie de preguntas que nos parecieron pertinentes. ¿Cómo incrementar la productividad del sector público? Damos por supuesto que la productividad y la competitividad tienen que ver con el sector público. Tanto en el caso catalán como en el español debería hacerse una aportación especial sobre esta cuestión.

También nos planteamos si con la reorganización y la tecnología bastaba para hablar, precisamente,

de un cambio en la productividad de las administraciones; si hay –o no– que adelgazar el sector público, y cuál es el peso relativo de las mentalidades y los hábitos de trabajo en este sector. ¿Se puede reactivar el funcionariado como una de las piezas clave para disponer de un país competitivo en una economía desarrollada? ¿Cómo debería ser eso?

Entre nosotros se encuentran personas que conocen a fondo esta cuestión. Algunos de ellos van a intervenir como ponentes. Algunos de los asistentes han tenido o tienen responsabilidades en el ámbito de las administraciones, ya sean locales, autonómicas o del Estado.

Van a intervenir, primero, el profesor Francisco Longo, director del Instituto de Gobernanza y Dirección Pública de ESADE. Inmediatamente después, Elena Pisonero, ahora en el sector privado, en KPMG, pero que ha adquirido una larga experiencia también en el sector público.

Acto seguido, iniciaremos de nuevo el debate. Paco, tienes la palabra.

Francisco Longo

Muchas gracias. Como dice Àngel, resulta difícil separar la reflexión sobre la reforma de la administración del anterior debate sobre el Estado del Bienestar. En realidad, parte de los problemas de nuestra Administración pública nacen precisamente del hecho de que, si bien fuimos capaces, en su día, de construir un Estado del Bienestar, nunca tuvimos, hablando en puridad, una administración del *bienestar*.

Durante los años ochenta y primeros años noventa, el peso del gasto público sobre el PIB subió en España 15 puntos. Fue un esfuerzo colectivo muy concentrado en el tiempo que dio lugar a una homologación de nuestro modelo de estado y del modelo de relaciones entre Estado y la sociedad, con nuestros socios europeos. Ahora bien, sin embargo, la Administración pública, incluidos los numerosos nuevos servicios que se crearon, continuó rigiéndose por los patrones propios de la administración burocrática heredada del franquismo, mucho más adecuados para la gestión de tributos, para el mantenimiento del orden público o para la concesión de licencias que para la producción y provisión masiva de bienes y servicios –lo que, en definitiva, hacen los estados de bienestar.

Las comunidades autónomas, que son las que acabarían absorbiendo la mayor parte de estas políticas años después, se limitaron, a la hora de construir sus administraciones, a copiar sistemáticamente el modelo de la Administración general del Estado.

Hoy, desde mi punto de vista, la reforma de este patrón burocrático, denso y uniforme, y su sustitución por un marco plural y diversificado de organización y de sistemas de empleo resulta

absolutamente indispensable. Un ejemplo relacionado con una discusión que ayer fue especialmente vivaz, sobre nuestro sistema educativo básico y secundario. Cualquier reforma que pretenda mejorar los pobres resultados de nuestro sistema educativo –como aludía hace un momento Ramón Jáuregui– no podrá hacerlo sin cambiar, para fortalecer la autonomía de los centros públicos, la organización de las profesiones docentes, los mecanismos de adscripción de los profesionales a los centros y el papel del liderazgo escolar, por hablar de materias en las que la OCDE lleva trabajando intensamente durante los últimos diez años y que, además, no ha dejado de poner de manifiesto mediante investigaciones empíricas que contribuyen a la mejora de los resultados.

Algo parecido cabría decir de la universidad, de la sanidad, de los servicios sociales, de la promoción económica o de las políticas activas de empleo. La transformación de este patrón uniforme de lo que hoy llamamos función pública en regímenes de organización profesional y empleo diversificados, considerablemente más flexibles y adaptados a la realidad de cada una de estas áreas de servicio público, es una primera e importantísima asignatura pendiente, en mi opinión.

La crisis está poniendo al descubierto las debilidades de un modelo de intervención pública fuertemente expansivo, en parte alimentado por la descentralización del Estado, que yo voy a bautizar como la “burbuja de los servicios públicos”. Entiendo que esta burbuja se ha producido por la confluencia de al menos cinco elementos.

El primero, un fuerte crecimiento y diversificación de las áreas de intervención de los poderes públicos en la sociedad, alimentada evidentemente por la situación económica de los últimos trece años de crecimiento sostenido, que se han traducido, evidentemente, en una mejora significativa, hasta el momento de la crisis, de los ingresos públicos.

En segundo lugar, una dispersión de esta oferta considerablemente ampliada. Por dispersión entiendo la conjunción de la provisión de servicios esenciales, de los que nadie discutiría que forman parte de las prioridades del Estado, con el destino de recursos y de medios diferentes de la administración hacia actividades que –como señalaba Josep Gassó– no resistirían la prueba de los costos de oportunidad. Dicho de otra manera, no soportarían la imposibilidad que supone prestar atención a prioridades que, verdaderamente, lo son.

El tercer rasgo es la financiación íntegra de todo esto con los presupuestos públicos. El cuarto, la existencia de dos lógicas dominantes de distribución de estos bienes y servicios, que son: la universalización y la gratuidad. Y, por último, el quinto rasgo, que no es el menos importante, sería la interiorización de todo este modelo por la sociedad. Como destacaba Eugenio Recio, hemos creado ciudadanos que se sienten dependientes del Estado y que dirigen al Estado, significativamente, todas las demandas que sus expectativas y preferencias les sugieren.

Pues bien, esta burbuja del servicio público –no menos cierta, en mi opinión, que la financiera y la inmobiliaria–, hoy se revela insostenible en un contexto de bajo crecimiento sostenido de los ingresos públicos, como es el que cabe prever para los próximos años.

Es evidente que las políticas duras de ajuste y de consolidación fiscal serán indispensables en el próximo período, pero me gustaría enfatizar esto: el mero recorte no mejorará por sí mismo la situación y no nos dotará de un sistema público más sostenible si no se acometen algunas reformas inaplazables. Por cierto, el impulso de estas reformas, hoy, en el modelo de estado que tenemos, corresponde fundamentalmente a las comunidades autónomas y no ya al Estado central. En estos momentos, más del 50 por ciento del gasto público, más del aproximadamente 80 por ciento de las plantillas públicas dependen de las comunidades

autónomas y de los municipios que son regulados por los legisladores autonómicos. Evidentemente, los ayuntamientos también afrontan desafíos importantísimos en este contexto.

¿De qué reformas hablamos? En primer lugar, será necesaria una revisión de la oferta de los servicios públicos. Creo que esto es, a estas alturas, indudable. Una revisión que deberá afectar tanto a la cartera, a lo que en términos empresariales le llamaríamos el *portfolio*, como a los estándares, es decir, a los niveles de calidad garantizados. La idea debe ser, desde mi punto de vista, la reconcentración en lo esencial, en lo prioritario, el *back to basics*, que dicen los anglosajones. La prioridad debe ser definida, claro está, por la política. Se trata de una tarea específica de la política.

Ahora bien, en mi opinión, debiera estar dedicada fundamentalmente a la protección de los más perjudicados por la crisis, a la protección de los más vulnerables, que no siempre fueron, por cierto, durante la burbuja, los mejor tratados, ya que este Estado del Bienestar que hemos construido ha tenido despilfarro y ha tenido, muchas veces, falta de equidad. Hay un considerable número de parientes pobres de este Estado del Bienestar que, por haber tenido menos voz, menos capacidad reivindicativa, han sido excluidos. Por ponerles un ejemplo, el mundo de la enfermedad mental. El mundo de las disminuciones es un mundo claramente abandonado, en buena medida, por este Estado del Bienestar. En segundo lugar, debería dedicarse también a las políticas que promuevan la reactivación económica. Desde mi punto de vista, lo que debe presidir esta revisión es la creación de valor público con cada euro invertido; en definitiva, una estricta atención a los costes de oportunidad.

Por otra parte, deben introducirse en la administración –aludía también a ello Ramón Jáuregui– incentivos a la eficiencia o inexistentes. Sufrimos un gran déficit de *management*. Un amplio sector de la franja de alta dirección de las or-



ganizaciones –hay que decir que colonizada hoy masivamente por los partidos políticos– debiera ser ocupada, como se ha conseguido en otros países del mundo anglosajón o del norte de Europa, por una dirección pública profesional. Todavía entre nosotros, los perfiles de operador político ocupan centenares de cargos que debieran estar reservados y provistos por directivos profesionales a través de mecanismos que garantizaran esta profesionalidad y que la hicieran evidentemente compatible con las connotaciones de confianza que son propias de estas funciones. La implantación de mecanismos de gestión por resultados, de mejora de la transparencia, de rendición de cuentas, la introducción de una mayor flexibilidad –como decía Jáuregui– deben acompañar estas iniciativas.

En materia de empleo público el problema principal no es de tamaño. La medida de nuestro empleo

público está más o menos en el promedio de los países europeos. Se trata fundamentalmente de un problema de productividad. La factura salarial del sector público está por encima de la media de la OCDE –ponderando el tamaño– y supera a países como el Reino Unido, Francia, Holanda y Alemania. Además, los salarios han crecido en promedio: entre 2000 y 2008 se incrementaron más que en el promedio de los países de la OCDE, y la compensación por empleado público en relación con la renta *per capita* es también relativamente más alta.

En cambio, las horas trabajadas son comparativamente más bajas, e incluso mucho más bajas. Nuestros funcionarios trabajan en promedio dos horas semanales menos que los de Italia y Portugal, cuatro horas semanales menos que los de Francia, cinco horas a la semana menos que los de Holanda y más de siete horas semanales menos que los de Alemania y el Reino Unido.

A mi juicio, la principal explicación de este deterioro de la productividad en el empleo público se debe, evidentemente, no a un único factor; pero sí, en buena medida, a unas relaciones laborales claramente desequilibradas. Para ser breves y claros: en los últimos diez años, los ciudadanos españoles no hemos tenido patronales públicas dispuestas a defender nuestros intereses en la negociación colectiva con los sindicatos de funcionarios; el amateurismo de los políticos y el miedo al conflicto han presidido estas negociaciones, que se han enfrentado a negociadores altamente profesionalizados y dispuestos a ejercer los mecanismos de presión a su alcance.

Acostumbro a decir que, cuando el objetivo de una negociación es evitar el conflicto a cualquier precio, alguien pone ese precio, y acostumbra a ser alto. La profesionalización de la negociación colectiva en el sector público debiera ser el primer paso para resolver este estado de cosas. Si en España tenemos un problema de productividad, que lo tenemos –y ayer lo subrayaba Felipe González–, dicho problema se acentúa de manera extraordinaria en el sector público.

En los próximos años necesitaremos, en mi opinión, unos poderes públicos más potentes en sus roles de promotores, es decir, de impulsores de conductas en los mercados y en la sociedad –en buena medida, conductas que deben tender a la responsabilización de los ciudadanos, de las familias, de los actores económicos en la línea que señalaba anteriormente Eugenio Recio. También en su rol de reguladores, es decir, de creadores de reglas de juego y de garantes de su cumplimiento, porque los ámbitos de regulación no han dejado de extenderse y no dejarán de hacerlo en el futuro.

En cambio, creo que necesitaremos poderes públicos más autocontenidos en su papel de productores de bienes y servicios públicos. A la hora de producir, tenderá a reducirse la provisión directa mediante organización y personal propios y se ampliará la esfera de la incorporación de fuer-

zas de mercado y de las colaboraciones público-privadas –como señalaba Ramón Jáuregui antes e insistía Josep Gassó. Incluso estoy de acuerdo con él en que a pesar de que en ocasiones sea más caro, porque no siempre la factura es lo decisivo.

Asimismo, considero que, si se acierta en los diseños, los mercados están en condiciones de aportar al menos una parte de los recursos que serán necesarios para mantener nuestro modelo de estado y contribuir a una nueva generación de servicios de bienestar. El caso de la dependencia es, desde mi punto de vista, un caso paradigmático en este sentido. Desde ESADE estamos apostando con fuerza para promover un salto adelante de la colaboración público-privada en nuestro país.

Una consideración final. Viene haciéndose bastante ruido criticando la duplicación de funciones debida a nuestro modelo descentralizado de estado, y se argumenta también sobre la conveniencia, entre otras cosas, de reducir nuestra enorme planta municipal. Este debate combina, según mi criterio, reflexiones sensatas, razonables y prejuicios recentralizadores del modelo de estado. Por otra parte, estas iniciativas de racionalización, en su mayoría, difícilmente pueden pasar de la fase de laboratorio debido a su complejidad, sea constitucional o simplemente social y política. Parece más útil centrarse en reformar las estructuras existentes y las pautas de funcionamiento.

Volviendo al principio. España no ha tenido, desde la transición, una agenda de reforma de la gestión pública. La crisis no crea esta necesidad, pero lo que sí hace es contribuir a hacerla evidente. Necesitamos una agenda de reforma de la gestión pública que sea vigorosa. Son cambios, por otra parte, que requieren análisis, diagnósticos y orientaciones por parte de expertos, pero solo son viables como reformas políticas, ya que son las únicas capaces de transformar la Administración pública.



También es cierto que los precedentes nos indican que esta reforma solo llegará a las agendas públicas si hay un impulso extenso y sostenido por parte de la sociedad civil. Creo que estamos en un momento en que es imprescindible que ese impulso exista.

Gracias.

Àngel Castiñeira

Muchas gracias, Paco. Tiene la palabra ahora Elena Pisonero.

Elena Pisonero

Muchas gracias. Hablar la última siempre es difícil y, sobre todo, después de oír a Paco Longo, con

el que efectivamente hemos ya debatido mucho sobre todo esto. Lo que siempre me preocupa es intentar construir puentes o enlazar la “gran foto” y la realidad de cada uno de nosotros. Muy particularmente, algo que siempre sobrevuela todo lo hablado: la necesidad de impulsar la responsabilidad individual.

El profesor Recio ha hablado de algo que cada vez es más importante en nuestras sociedades: el uso del lenguaje de la comunicación. Esto es cómo pasamos de hablar del Estado del Bienestar a una sociedad –yo lo llamaría sociedad por eso de que no nos tachen de economicistas– de mercado, que pretende utilizar al máximo los recursos que están a su alcance.

Creo que es importante. Daniel Innerarity, a mi izquierda, decía que había grandes logros de Europa –no sé si decadentes o no– en los últimos años

que demostraban dinamismo. No obstante, hay que ponerlo en el contexto del dinamismo de otros y, realmente, en términos relativos, nos hemos ensimismado en nuestro aburguesamiento, algo especialmente patente en países como España, que llegamos a hacer poco y de manera muy rápida. Algunos han tachado estos casos como de “nuevos ricos”, y creo que el propio *president* lo comentó en alguna ocasión. Eso pesa mucho.

Yo querría resituar el debate. Porque, como bien decía Paco Longo, tiene mucho que ver que, al final, tengamos que repensar qué administración necesitamos. De ahí, todos nos podemos *venir arriba*, como se dice popularmente, es decir, podemos hablar de todo lo que nos gustaría tener, y partir de que todo es maravilloso y todo es estupendo y que queremos ayudar a los más débiles, y que queremos hacer un montón de cosas, y que, además, queremos ser muy brillantes. Pero, claro, hay una serie de restricciones en el modelo –y siento plantear los términos técnicos– porque, aunque Paco Longo diga que la factura no siempre es relevante, el problema es que hay que pagarla. Es un pequeño problema, aunque siempre es bueno pagar las facturas y, sobre todo, si el Estado deja de hacerse cargo de ellas, tenemos un problema mucho mayor. Cuando esto ocurre, a las empresas las cierran, y a Grecia casi la cierran. Por lo tanto, no hay que perderlo nunca de vista, y siento ser el “Pepito Grillo” en estas cosas.

Existe, pues, una doble restricción. La primera es lo que nos podemos permitir, y la otra, que es la que ayer se enfatizó, en la que quiero insistir y que no es algo alejado: el contexto global. El *ceteris paribus*, que estudiábamos en la facultad, ya casi no existe en ningún caso. El contexto global no es un parámetro fijo, está cambiando y a una velocidad impresionante y, además, no es un factor externo, sino que es interactivo y, por lo tanto, es determinante hasta el punto de que a todos nos parece normal que la política de nuestro país venga decidida desde fuera. Es una realidad.

El contexto global condiciona de una manera determinante, desde luego, aquello que nos planteamos en términos de diagnóstico; pero, sobre todo, lo que pensamos en términos de soluciones viables. No sigamos pintando o generando expectativas que no son realistas y que no son, por tanto, responsables. Ese ejercicio de responsabilidad me parece insoslayable. Ayer me gustó mucho, como no podía ser de otra manera, dado el nivel y la brillantez de los ponentes, que el propio Felipe González considerara que las utopías regresivas no son una alternativa. Es bueno que no confundamos la necesidad de soñar y de ambicionar con expectativas no realizables. Eso es un ejercicio de responsabilidad. Con respecto a lo que decía Antonio Garrigues, que cuando hay que liderar hay que ser optimista, yo siempre lo pongo en relación con la familia y con las personas, igual que cuando hablamos de macroeconomía. Como bien decía Xavier Torra, las crisis nos hacen crecer si realmente consideramos que tenemos que cambiar, si no, seguiremos languideciendo y esperando que otro nos resuelva los problemas.

Se hablaba, también, de exceso de cortoplacismo. Es muy importante incorporar realmente el largo plazo, igual que ha pasado en las empresas, que, según mi opinión, están dando un ejemplo muy positivo que hay que seguir más de cerca. Lo están haciendo no solo con la llamada “responsabilidad social corporativa”, que no nos la creemos, pero que es muy real; lo están haciendo en términos de dibujar escenarios globales, responsables; mientras que los políticos –y lamento que sea así–, que han hecho el recorrido inverso, cada vez son más cortoplacistas.

En lo tocante a la decadencia y a la cuestión global, solo voy a hacer un apunte. Quizás por mi curiosidad e inquietud personal, sigo los problemas internacionales, que siempre han ocupado parte de mi carrera profesional. Yo definiría la decadencia en términos de pensar que nuestra posición en ese mundo se mantendrá y será reconocida y, si me

apurán, pagada por otros, como un hecho inmutable. Es que lo seguimos creyendo. Es que seguimos confiando en que nos merecemos un estado de bienestar que, además, es competitivo y que los países que se están desarrollando con un hambre voraz por salir de la pobreza tienen que entender.

Dejemos ya el doble lenguaje. Si en efecto nos creemos que el mundo globalizado ofrece oportunidades, tengo que dar una noticia: es un éxito. Quienes más están aprovechando las oportunidades son los que más lo necesitan, y tenemos que saber que, efectivamente, no podemos esperar a que otros paguen nuestro Estado del Bienestar. Porque, si no, caeremos en la contradicción de haber sido profundamente insolidarios con el crecimiento a nivel global. Esa es una variable que me parece fundamental.

Vayamos al otro plano, hablemos de los mercados y del papel del Estado. Los mercados son, en efecto, algo muy etéreo, y parece que va a salir un demonio con cuernos o no sé qué. Los mercados son instituciones que se rigen por unas reglas. Los mercados somos los ciudadanos que compramos, que vendemos las empresas, que nos arriesgamos; es decir, somos nosotros. El error es pensar que ante la incertidumbre y la complejidad del mundo en el que vivimos, la respuesta sea el aval del Estado. No puede seguir siendo así.

Necesitamos una administración a la altura de las circunstancias, que desde luego sigue –como bien decía Paco Longo– ensimismada en la justificación de su propio gasto y de sus propias estructuras, cuando el mundo está cambiando a toda velocidad y cuando tenemos que atender unas necesidades. Menesteres que viví cuando estaba en organismos multilaterales: como participar, influir y defender nuestros intereses donde se están tomando las decisiones. Eso no lo estamos atendiendo, y no puede depender de dos o tres personas que con su esfuerzo hayan participado en organismos internacionales, en los que esperamos y deseamos que

defiendan los intereses de España sin ser capaces de articularlo de una manera un poquito más sofisticada.

¿Qué administración necesitamos? Ya para enlazar, por tanto, con lo que decía Paco Longo. No la que haga de todo en todos los niveles de administración. Eso no es viable, sobre todo porque la financiación es la misma para todos y acabamos haciendo lo mismo en todos los sitios. Como bien decía Paco Longo –insisto–, emulando y haciendo de todo menos lo que somos capaces de hacer de manera más eficiente.

Efectivamente, el principio de subsidiariedad, que está muy instalado en Europa y que debería regirlo todo, del que ya hemos hablado y que también ha mencionado Gassó: la administración debería hacer lo que no es capaz de llevar a cabo la iniciativa privada y abstenerse de competir con ella.

No es una cuestión de recortar un poco. Podemos dar una serie de cifras y decir que en solo dos años hemos pasado de un superávit del 2 por ciento del PIB a un déficit del 11 por ciento, lo que es una barbaridad. Eso, sin contar con los desafíos del Estado del Bienestar, que añadirían, como poco, otros seis puntos del PIB. El problema no es coyuntural, el problema es estructural y, por lo tanto, por mucho que intentemos recortar (congelando pensiones, recortando el salario de los funcionarios, etcétera), lo que se está haciendo es matar elefantes con chinchetas, en lugar de moscas a cañonazos. Justo lo contrario.

Paco Longo apuntaba que estamos en un momento en el que tenemos que repensar, y repensar con responsabilidad, siendo capaces de priorizar qué es lo que realmente necesitamos como sociedad en este contexto global, y qué es lo que nos podemos permitir en términos de buscar la fórmula que haga posible cubrir nuestras necesidades. En el informe –y hago la cuña de publicidad de KPMG– que hemos hecho en este sentido, decía «¡Que

viene el lobo!» Y el lobo ha venido, y tenemos que ponernos las pilas. Hay que pasar del recorte a mejoras de eficiencia.

Se preguntaba sobre la cuestión tecnológica. La tecnología en sí misma aporta, y es un impulso, pero solo lo será si aparece de manera coordinada a nivel de entrada, a nivel de país; y, desde luego, si somos capaces de identificar y definir los servicios públicos en términos empresariales. Otra cosa es que luego decidamos que el coste se asume por el conjunto de la comunidad y que no se paga a precio abierto al público; pero desde luego no en términos de caja infinita –como bien decía Xavier Torra. Tenemos recursos escasos, y muy escasos comparados con los retos que tenemos que afrontar. Por lo tanto, tenemos que hacer una revisión responsable de lo que somos capaces de asumir.

Insistiría en el argumento que ha dado Paco Longo de que en ese ajuste estructural tenemos que definir claramente cuáles son las competencias que la iniciativa privada, los individuos, de una manera subsidiaria, no es capaces de asumir de manera individual. Eso requiere un proceso de responsabilidad individual, y va en la línea de funciones de regulación, de promoción, de colaboración del sector privado que requieren de una sofisticación que no estamos introduciendo en la gestión pública, a la vez que una reducción clarísima de la producción y, por tanto, del empleo.

Aquí sí que me gustaría introducir dos elementos, uno cuantitativo, de estructura, de lo que es el empleo público; y otro cualitativo. Querría insistir en que es muy importante recuperar los niveles de exigencia profesional en la política. Me uno a la reivindicación del *president* Pujol: dignificar la política. Para mí, por ejemplo, que vengo de la política y que he vuelto a la privada, ha sido un ejercicio muy duro y muy difícil, porque ser político en este país es la peor profesión que hay. Afortunadamente, uno se busca la vida, trabaja, intenta vender sus capacidades y no sus prejuicios. Y cuesta.

Ahora, afortunadamente, soy socia de una firma muy potente, e incluso me voy a dedicar a la estrategia, que es lo que más se parece a la política dentro de la empresa.

Ya lo decía hace dos o tres años aquí: si queremos que nos saquen del problema, no podemos denigrar a los que lo van a hacer, porque no saldremos nunca. La política es muy importante para llegar a definir cuáles son los retos como sociedad, cuáles son nuestras prioridades, de una manera profesional y que el parlamento funcione, y que seamos realmente capaces de rendir cuentas, pero profesionalizando la gestión pública. El proceso de los últimos años –y creo poder afirmarlo con conocimiento de causa–, y no voy a hablar ni de un partido ni de otro, como bien decía el profesor Recio, ha llevado a confundir el Estado del Bienestar con un estado clientelar. Es algo que me parece contradictorio o que no encaja con la democracia, francamente. Nos lo tenemos que plantear muy seriamente para fomentar una gestión pública profesional.

He tenido el privilegio y la suerte de trabajar con altos funcionarios de la Administración central, en este caso, de una cualificación extraordinaria. ¿Cuál es la situación actual con la que se topa la Administración? ¿Por qué está ocupada por políticos en niveles cada vez más bajos, que se van de la Administración? La descapitalización que está sufriendo la Administración española es muy preocupante. Ahora que estoy como empleadora, no he visto en los últimos años una entrada tan masiva de altos funcionarios, abogados del Estado, inspectores y técnicos comerciales en la empresa privada. Creo que es muy bueno para la empresa privada, pero muy malo para la Administración pública.

Tendríamos que estar pensando en una gestión pública en la que estuviesen los mejores. Porque las funciones que estamos diciendo que tiene que asumir la Administración exigen una gran prepa-



ración. Gestionar la complejidad del mundo reclama mucha preparación y obliga a recuperar el papel, que parece perdido, de la defensa del interés general. Los altos funcionarios preparaban lo que era la articulación de los distintos intereses para buscar cuál era la maximización del interés general, con todas las dificultades. Eso lo hemos perdido, y es difícil, como digo, que lo recuperemos cuando en la Administración se retribuye con independencia de los resultados.

Recuerdo que cuando entré en la Administración en 1996, el complemento de productividad se daba por antigüedad: ¡apaga y vámonos! Es así. Entonces, cuando tienes que asumir unas responsabilidades desproporcionadas a la remuneración, como decíamos antes, o bien se ofrece algún incentivo interno de promoción o bien se otorga reconocimiento. Sin ninguna de las dos es difícil.

En ese sentido, yo echaría mano del símil de la pirámide. Voy a ser provocadora, y sé que a la gente no le va a gustar, pero es así. Tenemos una pirámide de empleo público en la que la cúpula se está descapitalizando, la mejor formada se va al sector privado. Suerte para el sector privado, pero malo para la Administración pública. Sin hablar de los niveles de baja cualificación, que están retribuidos por encima del mercado. No me he podido llevar a mi secretaria de la Administración a la empresa privada.

Finalmente, el aumento que ha habido en plena crisis del empleo público no ha sido en los niveles que tienen que echar mano de mayor cualificación, sino en los niveles de baja cualificación. Y no nos quejamos. La culpa no es de los sindicatos, al revés, los sindicatos han hecho muy bien su trabajo: han negociado adecuadamente. Por parte de la Administración, en cambio, hemos entra-



do en una espiral de competencia en la que si una comunidad autónoma sube la retribución, se multiplica por diecisiete. Esto es debido a que una comunidad emula y sube la media, y en la medida en que va subiendo la media... ¿volvemos a dar cuatro vueltas, cinco vueltas? Es una locura.

De hecho, como decía, se penaliza. Tenemos una masa salarial en la que su negociación, muy bien hecha por parte de los sindicatos, nos lleva a situaciones un tanto contradictorias. Vuelvo a repetir: la retribución se encuentra muy por encima a la del sector privado, algo que lo hace bastante insostenible.

Dicho eso, ese 12, 10 por ciento que supone el capítulo I de los presupuestos generales del Estado, que corresponde a las retribuciones a los funcionarios, más de la mitad, son educación, sanidad, y seguridad. Aparte, se trata de funciones centrales de nuestro debate y, por tanto, si queremos refor-

mar, si queremos cambiar las cosas, tendremos que abordar la revisión de las competencias, la revisión de los servicios públicos.

Es importante definirlo bien antes de seguir. Tenemos un modelo de estado bastante descentralizado. Solo quisiera añadir una cosa con respecto a los ayuntamientos, ya que vienen, además, las elecciones municipales. Paco Longo hablaba, aunque no lo ha nombrado, de lo que los propios ayuntamientos denominan servicios impropios: «No me son propios, pero al final el ciudadano me lo demanda, y como he tenido ingresos además por el inmobiliario, dicho sea de paso, pues me pongo a proveer y producir servicios públicos hasta importes que están, según las estimaciones, entre el 20 y el 30 por ciento según en qué ayuntamiento».

Creo que tenemos un mapa local que también habría que repensar. No sé si tendremos que

hacer un SIP para los ayuntamientos, para que mantengan su soberanía y su marca, etcétera, pero eso sí, que se haga una gestión más eficiente de los servicios públicos. Además, no creo que tengamos tantos gestores públicos excelentes para cubrir todas las necesidades de los ayuntamientos.

En definitiva, hay muchos problemas y cuestiones y pienso que tenemos retos muy importantes. Vamos a salir de la crisis, pero yo pediría o, al menos, siempre me gusta llamar un poco la atención sobre esto, la necesidad de reconocer que tenemos que cambiar, y que tenemos que esforzarnos. Yo creo en nuestro modelo social europeo, pero me lo creo tanto como para asumir la responsabilidad individual de luchar para que efectivamente sea sostenible y sea base de competitividad, y no un lastre que lo transforme en algo totalmente residual, en un mundo que va al margen de nosotros.

Nada más. Muchas gracias.

Àngel Castiñeira

Muchas gracias, Elena. Concluidas las dos ponencias de introducción, tengo ya seis palabras pedidas. Antoni Pont.

Antoni Pont

Buenos días. En primer lugar, y al hilo de las dos últimas intervenciones, creo que se deriva un gran problema de los puestos públicos ocupados por políticos, con una gran carencia de profesionales y con toda la problemática de los funcionarios. De ahí, mi opinión es que falta protagonismo de la sociedad civil. Sin embargo, la pregunta concreta es: ¿Cómo motivarla para que se involucre? Salvador Alemany, el año pasado, aparte de hablarnos de la palabra “resiliencia”,

nos habló de la invitación a involucrarse. Pero la pregunta es: ¿cómo? Qué duda cabe que la política que se está desarrollando es cortoplacista, que hay exceso de tacticismo, como ayer nos decía el *president* Pujol, y que a veces no se toman decisiones a largo plazo porque ponen en riesgo la reelección y el futuro político.

Quisiera añadir unas palabras para felicitar a la organización por estas jornadas, que realmente mejoran cada año. Es de agradecer. El nivel de las intervenciones de ayer fue extraordinario, fue brillante. He hablado con alguno de los compañeros y quizás podríamos atrevernos a decir que ha sido el mejor año y realmente somos conscientes de que lo que se abordó sobre la globalización, la geopolítica, sobre que el mundo se está desplazando, es un hecho. Actualmente, el centro geográfico probablemente está en el estrecho de Malaca, en Singapur, dijeron, más al sur y más al oeste.

Quería acabar mi intervención aludiendo al reto propuesto por una de las intervenciones de Adolf Todó, en la que reflexionaba sobre que estamos en un *think tank*, cuando deberíamos hablar de un *action tank*, es decir, de cómo convertir todos estos buenos deseos, todas estas palabras, todas estas reflexiones, en acción. Quizás por la deformación profesional como empresario, pienso que lo que es importante no es solo tener buenas ideas y pensar, sino ponerlas en práctica y ejecutar.

Me consta que Àngel Castiñeiraya está trabajando en ello, pero ¿cómo hacerlo? ¿Cómo conseguir trascendencia? Los empresarios, aquí, nos enriquecemos, porque recibimos mensajes que clarifican la situación, y con claros diagnósticos políticos, económicos y sociales. Como conclusión, creo que hay que pensar ¿de qué manera podemos llevar a la práctica todas estas buenas ideas, todos vuestros propósitos? Gracias.



Àngel Castiñeira

Gracias a ti, Antoni. Asumimos ese reto, pero ya sabéis que no es nada fácil. Es decir, que se admiten sugerencias sobre cómo llevar a término ese paso de la reflexión a la acción, que también nos preocupa a nosotros, por supuesto. Ignasi Carreras.

Ignasi Carreras

Me gustaría hacer una intervención que enlazara la primera sesión con la segunda. Utilizaré las últimas palabras de Antoni Pont sobre la involucración, porque cuando hablamos de la Administración pública y hablamos de reformas y de toda una serie de medidas para mejorar la suficiencia y la provisión de servicios, a veces

olvidamos un poco las personas y su alma, y su pasión que está en la Administración pública y que se debe aportar.

Ramón Jáuregui hablaba, en la primera parte, sobre un Estado del Bienestar que en España tiene unos servicios de salud sanos, yo añadiría, bastante excelentes en el contexto internacional. De hecho, aparecemos, por lo menos en Cataluña, arriba del todo del ranking. Sin embargo, cuando nos vamos a la educación, estamos por debajo de todo del ranking. La misma Administración, prácticamente los mismos presupuestos por habitante que en otros países, pero con ciertas disonancias.

Hablando de esto con otras personas, desde una perspectiva de ciudadanos normales y corrientes, pero también, en nuestro caso,

hablando con la *consellera* de salud de Cataluña, intentábamos ver cómo es que en salud estábamos tan bien y en educación estábamos tan mal. Unos elementos que salían, y que son importantes en un contexto de liderazgo, es que en lo concerniente a la salud en España y en Cataluña ha habido una continuidad entre gobiernos, ha habido un liderazgo digamos participativo, un liderazgo de engarzar unas cosas con las otras y con un componente de pragmatismo que ha limitado muchos elementos ideológicos que, en cambio, han sido dominantes en asuntos de educación, donde cada gobierno quería venir con su propuesta, muchas veces contraria a la anterior. Esto ha revertido, sobre todo, en la salud de los profesionales de la educación.

A pesar de tener una experiencia relativamente reducida, de siete u ocho años de funcionario en la Administración pública, en excedencia desde hace veintitantos años, lo viví como una experiencia muy buena, porque fue al principio de un tema tratado por el Gobierno de la Generalitat y que a mí me interesaba mucho: el ahorro energético y las nuevas energías. En un contexto, por lo demás, donde te dejaban hacer lo que querías, y lo que querías era un campo muy amplio.

Cuando hay personas que quieren contribuir al bien público y que pueden desarrollarlo con pasión y con competencia, esas personas hacen mucho. Cuando estas mismas personas se encuentran con que les cambian cada cuatro años el sistema educativo, que les ponen una serie de limitaciones, etcétera, las cosas van de bajada.

En el ámbito de la salud, uno de los elementos que destacaba, aparte de esa continuidad de una serie de programas y ese pragmatismo ideológico que ha permitido dicha continuidad, es la voluntad que tienen los profesionales de la salud

de mejorar continuamente, y en algunos casos, también las ventajas de las que han disfrutado para poderlo hacer. Eso realmente no lo podemos esquivar. Y aquí enlazaría con el hecho de que para tener buenos resultados en el Estado del Bienestar, no es suficiente con tener un buen liderazgo político, ni es suficiente con gozar de una buena Administración pública. Es fundamental tener una corresponsabilidad por parte de la sociedad.

Lo que ha pasado con los años es que no solo exigimos mucho nuestros derechos y nos olvidamos de nuestros deberes, sino que la sociedad civil organizada se ha dedicado a lo que es la periferia del Estado del Bienestar, todos aquellos que están en situación vulnerable. La sociedad civil organizada ha dejado de lado problemas que son relevantes. Por ejemplo, sobre el tabaco, la ley española fue poco restrictiva en su momento en lo concerniente a los bares. El 30 por ciento de la sociedad española fuma, mientras que el 70 por ciento no fumamos y tenemos que tragarnos el humo, cuando realmente en otros países fueron mucho más avanzados. No he visto prácticamente ninguna campaña por parte de una ONG, organización de consumidores, o de otras organizaciones, que no fuesen de especialistas médicos, que defendiesen ese derecho básico.

Así pues, cuando hablamos del Estado del Bienestar y cuando hablamos de la Administración pública, tengamos en cuenta que los avances que hemos tenido han comportado que buena parte de la sociedad civil organizada haya dejado esto en manos del Estado, y quizás se tiene que recuperar para aportar debate, para aportar elementos, teniendo en cuenta que, al final, los resultados vienen de las personas, y que cuando la Administración pública y el Estado del Bienestar permiten que las personas puedan dar lo que pueden dar con mucha pasión, esos resultados son mucho mejores.

Àngel Castiñeira

Muchas gracias, Ignasi. Tiene la palabra David Garrofé.

David Garrofé

Buenos días. Yo quería hacer una reflexión sobre las disfunciones que, desde el punto de vista de pequeñas y medianas empresas, encontramos en el día a día. Nuestra impresión es que hay una disfunción entre la visión política, donde se genera contenido político y donde se define qué se quiere transformar, y la concreción y la aplicación de esa visión. Es decir, estamos hablando cada vez más de la cuestión de las soberanías compartidas. ¿Esto qué supone? Que la cadena de transmisión de la visión se engrandece, hay muchos operadores, desde una OPA hasta el último ayuntamiento, con agencias tributarias, con institutos, con organismos intermedios que participan de esta supuesta cadena de transmisión de visión para ser aplicada.

Cuanto más larga es la cadena, nuestra experiencia nos dice que más se externalizan las ineficiencias del sistema, y que cada administración, probablemente, va perdiendo capacidad de continuar con la visión que le ha sido transmitida, con lo que va generando sus propias visiones, sus correcciones sobre la visión que, al final, nos lleva a situaciones realmente kafkianas, que son las que padecen las empresas en su día a día.

Me gustaría poner dos ejemplos. En un caso serían las disfunciones fiscales. Cuestiones tan recientes como la de las operaciones vinculadas o como las deducciones en el I+D de las empresas. Tenemos un marco fiscal de I+D, dicen, de los mejores de Europa, que en la práctica no funciona, porque hay una administración o un cuerpo concreto, Hacienda Pública, que tiene

criterio propio y que realmente inaplica el espíritu con que fue hecha esa ley.

En el caso de operaciones vinculadas, exactamente lo mismo. Podríamos repetirlo en otros sectores, como en el medioambiental. Europa planifica con su visión unos objetivos muy claros, y cuando llega al último eslabón de la administración, los ayuntamientos, los novecientos que hay en Cataluña o ocho mil que puede haber en el conjunto de España, lo que puede ser un gran objetivo bien planificado llega a ser algo que realmente es totalmente inaplicable.

En ese sentido, creo que no se trata de un problema de motivación. No obstante, creo que desde los poderes públicos se debería, para que el cliente final, el ciudadano, pudiera tener acceso a unos buenos servicios, a unas buenas reformas, revisar toda la cadena de transmisión de comunicación, de cuál es la visión y qué es lo que queremos que realmente llegue al final. Y ahí no veo ningún tipo de control económico, ya sean estímulos, ni *rappports* rápidos que permitan corregir estas situaciones, pero sí que vemos cómo se van enquistando normativas que llegan al final. Esto es totalmente inviable. ¿Dónde hay que corregir? Y se entra en un marasmo, dentro de las propias administraciones públicas u organismos autónomos, que hace imposible la rectificación.

Me gustaría poner encima de la mesa la pregunta: ¿qué deberíamos hacer? ¿Qué deberíamos proponer para que esta cadena de transmisión de las soberanías compartidas, realmente lo que es la visión profunda política, que muchas veces es muy buena, es muy positiva, no se perdiera en el camino?

Àngel Castiñeira

Gracias, David. Vamos a dar todavía tres palabras más y luego preguntaremos si los ponentes



quieren hacer algún complemento. Tiene la palabra Andreu Puig.

Andreu Puig

Las administraciones públicas en España tienen un recorrido corto. El año pasado fue el 30 aniversario de los ayuntamientos democráticos, y la Generalitat también tiene una historia limitada. Ahí es donde estructuramos nuestras administraciones públicas, en un principio.

La sociedad ha cambiado mucho, el administrado, el ciudadano, se ha ido sofisticando muchísimo, se ha ido fragmentando increíblemente, haciéndose cada vez más complejo, y pide a las administraciones públicas un cambio también de paradigma. Las administraciones públicas estamos enfocadas a la cantidad, y el ciudada-

no cada vez pide servicios más sofisticados, más complejos, más orientados a *targets* específicos.

Por poner ejemplos. Antes, cualquier ayuntamiento hacía un campo de fútbol y era un éxito. Hoy en día, el campo de fútbol tiene que tener hierba artificial, vestuarios, iluminación nocturna, servicios especiales, personal cualificado que pueda asesorar, un programa de actividades complementarias, un horario amplio, etcétera. Además con un campo de fútbol no hay suficiente, porque además tiene que haber campos de tenis, campos de *hockey*...

Lo mismo pasa con una plaza. Antes, se hacían plazas duras en barrios que estaban completamente enfangados y era un éxito. Hoy en día, reformar una plaza lleva una complejidad increíble, previendo todos los usos que pueda haber de distintas colectividades, distintos gru-

pos, distintos horarios; además, tiene que ser con criterios ecológicos, con criterios responsables, etcétera.

Se ha complicado mucho, y cuando uno se gira a la Administración, dice: «Oye, ¿tengo un motor para hacer esto?». Porque los que estamos en la Administración pública estamos para mucho más que para administrar servicios. El objetivo de cualquier persona que esté en la Administración pública no es solo vender billetes de tren o dar prestaciones sociales; seguramente, el objetivo último de la Administración pública es el de ser motor de transformación social. Por ejemplo, en Barcelona, en ocho años, se ha pasado de un 3 por ciento a un 17 por ciento de inmigración. La Administración pública no está solo para dar servicios para paliar este sistema, sino que necesita tener un modelo social detrás, que tiene que ser el modelo para poder gestionar todo esto con una finalidad conocida.

Uno se gira y dice: «¿Tengo la maquinaria para hacer de este liderazgo no reactivo, en este modelo de futuro, para tener esta capacidad de dar servicios de calidad, con este nivel de sofisticación, etcétera?» Pues la respuesta es evidentemente que no. La Administración pública no está estructurada y no está preparada. No tenemos ni los directivos ni las estructuras necesarias para hacerlo, ni los medios tecnológicos y de sistemas y procesos necesarios para hacerlo, ni la fuerza laboral cualificada y motivada para llegar a esto.

Analizaremos concretamente cuatro puntos. El equipo directivo. Coincido completamente con lo que se ha comentado aquí: hay un déficit importante de equipo directivo, salvando grandes excepciones. Esto se debe a muchos factores. Uno es la baja retribución de los equipos directivos. Hoy en día, los niveles bajos de la Administración están pagados por encima del mercado,

no sé si están un 5, un 10 ó un 20, pero están claramente por encima. En cambio, los equipos de alta dirección están claramente infraremunerados, a niveles del 30 por ciento, mínimo. Por tanto, hay un déficit económico claro para ir a trabajar. Y no hay una permeabilidad entre el sector público y el sector privado. La carrera del directivo en el sector público viene o de la carrera funcionarial y avanza por aquí, o por designación política a través de una carrera política y de una designación partidista.

Por tanto, se necesita o un alto grado de motivación ideológica para estar en la Administración pública, que es un sitio muy duro; o un progreso natural de una función funcionarial. Ser directivo de una Administración pública no es ningún *chollo*, lo digo siempre. Después del de político, debe ser el segundo peor empleo de la tierra. Hay unas presiones muy grandes y un entorno muy difícil de gestionar. Por tanto, aquí hay un problema claro de formación, capacitación y permeabilidad del sector público y privado que no sé cómo se resuelve, pero que hay que afrontar.

El otro es organizativo. El sector privado hace muchos años que evolucionó *versus* la integración, y dijo «vamos a desintegrarnos, vamos a retener lo que es valor añadido, lo que es *know-how*, donde realmente aportamos valor, y vamos a externalizar a terceros cosas que no son de valor para nosotros, pero sí pueden serlo para terceros». Por tanto, se puso una pirámide con empresas u organizaciones pequeñas y flexibles, y descentralizadas.

La Administración pública ha seguido un proceso completamente inverso, ha ido internalizando cada vez más prestaciones, y ha ido descapitalizando el *know-how* de los equipos directivos, menos remunerados, con presiones grandes y con escaso prestigio público, con organizaciones sindicales muy fuertes en nivel

base. Por tanto, es al revés, ha tenido, digamos, una cabeza jibarizada con un cuerpo grande, musculoso, grasiento y desproporcionado.

Hay organizaciones que dicen estar cambiando esta situación, y es tal como debe ser. Abogo por un modelo de Administración pública donde el *know-how* esté en el centro de la Administración. En el caso del ayuntamiento, estaría en el mismo ayuntamiento, la visión política y el modelo de sociedad que se quiere, las políticas y las estrategias, pero después, una organización en agencias que sean los gestores de estas políticas, y sean unidades de gestión con objetivos concretos, con grupos de gobierno reducidos y que den cuenta de resultados concretos sobre sus acciones. Con esta capacidad de flexibilidad.

Es más, estas agencias pueden externalizar perfectamente la prestación de servicios con modelos de los que hemos estado hablando: concertación, externalización pura o incluso coparticipación entre la empresa pública y la privada. Hay muchos modelos. Creo que es la única manera de que la administración sea eficiente.

Respecto al funcionariado, hay dos cosas; una es que realmente los sindicatos han hecho muy bien su trabajo. Los sindicatos son mucho más fuertes en el sector público porque tienen mucha más presión sobre los equipos políticos que en el sector privado. También es verdad que no solo de pan vive el hombre. Cuando estaba en ESADE, me contaban: «Oiga, no intente motivar a sus equipos solo con lo invariable, porque al final usted tiene que venderles un proyecto, vender corazón, vender una ilusión, es decir, vender poesía.»

En las administraciones públicas no hay poesía. Se regula con relaciones laborales, se pone un decreto del alcalde o de quien sea: «Oiga, a partir de ahora las horas serán estas y tal...», pero

no hay comunicación interna. Como los equipos directivos no están formados en dirección de equipos, no la hay, no hay motivación.

No hay incluso dirección por objetivos, pero es que tampoco hay elementos básicos que me permitan a mí avanzar y desarrollar una carrera en función de mis competencias. Es verdad que sobre la parte funcional hay grandes ineficiencias, pero tenemos que poner mucha más gestión de recursos humanos exactamente igual como la entendemos en la empresa privada: explicar objetivos, motivar a la gente, poner instrumentos de gestión de recursos humanos, carreras profesionales, etcétera.

Por último, los sistemas y los procesos. Tenemos mucho que aprender. Hoy en día las tecnologías nos tienen que permitir hacer este cambio de las administraciones públicas. La época de los manguitos, los papeles, los expedientes, ha quedado superada ampliamente. La tecnología existe, la tecnología se está aplicando en la empresa privada en muchos ámbitos. Hay muchas empresas privadas ya sin papeles.

La Administración tiene que dar este cambio, es decir, las dos grandes palancas de cambio en la Administración tienen que ser precisamente los recursos humanos, la gestión de los equipos y, por otro lado, el uso de sistemas de información y de nuevas tecnologías. No puede haber ningún funcionario público que esté haciendo operaciones en la calle con un bloc y un bolígrafo: todo el mundo tiene que ir con PDA, no puede ser que haya expedientes de papeles que se vayan acumulando. Hoy en día, todo tiene que ir con expedientes electrónicos. Esto significa inversión en sistemas, inversión en procesos, inversión en la propia Administración pública, que está subinvertida. Es muy difícil para la Administración pública dedicar recursos no al ciudadano, sino a la propia Administración.



Por tanto, creo que este puede ser un buen elemento de cambio y transformación dentro de la Administración.

Àngel Castiñeira

Gracias, Andreu, por tu contribución. Tiene la palabra Francisco Belil

Francisco Belil

Gracias. Yo voy a hablar desde la perspectiva de la empresa. En principio, veo la competitividad en nuestras empresas como la suma de lo que nosotros hacemos dentro –y las empresas están haciendo un enorme esfuerzo por mejorar la competitividad de puertas hacia dentro–, más la suma de la competitividad externa. Y ahí

es donde tenemos problemas, porque al final, lo que cuenta, es la suma. Por tanto, hay fuera un camino tremendo que hacer, igual que también hemos de entonar un *mea culpa*, ya que dentro de la empresa también tenemos campo de mejora.

Que la función pública sea eficiente, para nosotros, es clave. En este punto, me han encantado las presentaciones de los dos ponentes, y quisiera retomar un poco el reto –me gustan los retos–: has dicho «a ver, cómo pasamos de la reflexión a la acción». Pues no es fácil, pero ahora me aventuro a decir algo, a ver si la idea cuaja o no cuaja.

No sé si conocen ustedes lo que hizo la industria química en Canadá. El *president* Pujol lo conoce muy bien, y dio lugar a lo que se llamaba el *responsible care* o “compromiso de pro-

greso” aquí en España. Me acuerdo, porque en aquel momento estaba trabajando en la industria química. Había en Canadá un grupo, un cluster de industria química que contaminaba, que tenía problemas con la sociedad, problemas con las autoridades, hasta tal punto que temieron que les retiraran la licencia para trabajar. Todas ellas, internamente decían: «Sí, hemos de mejorar». Pero no se atrevían o no disponían de las condiciones adecuadas, no tenían la voluntad para dar el paso hacia delante.

Cuando la presión creció, dijeron: «Antes de que los políticos nos regulen, vamos nosotros a buscar una solución». Había varias empresas, pero las más grandes eran cinco, y estas cinco se pusieron de acuerdo y dijeron: «Vamos cada uno de nosotros a escribir donde estamos en unos *key performance indicators*, unos indicadores de nuestra actuación, vamos a decir dónde estamos, de forma transparente, de forma clara, y a fin de año vamos a decir también cuál es nuestra expectativa de mejora en cada uno de estos parámetros, y entonces vamos públicamente a dejarnos auditar y a ponerlo en todos los periódicos». Era un movimiento. No se había hecho nunca nada parecido y tuvo un éxito sensacional. Y las empresas, con plena transparencia, porque se dejaban auditar, decían: «Bueno, en emisiones de metales pesados, en emisiones de tal cosa, óxidos de nitrógeno, habíamos querido tener 15 y nos hemos quedado solo en 17. Pero el año que viene vamos a hacer, no 15, sino que vamos a ir a 14.» Y eso con plena transparencia.

Entonces, pienso en cómo pasamos de la reflexión a la acción, porque estoy totalmente de acuerdo con Antoni de que todo eso es muy valioso, pero si no damos el paso adelante, no vamos a ningún sitio. Se me ocurría, ya que ahora vienen campañas electorales, y ya que estamos en ESADE –os quiero felicitar una vez

más por esta iniciativa–, busquemos factores de competitividad –no necesitamos buscar muchos, basta con una docena– para ayuntamientos, para ministerios o consejerías en comunidades autónomas, para el Gobierno central, etcétera, y vendémoselas a los políticos en la campaña electoral, diciéndoles: «Mira, esta es una vara de medir, a ver si sois capaces de, con plena transparencia, y dejándoos auditar, poner eso como compromiso vuestro, dentro de lo que es la campaña electoral, y delante del electorado decir “yo voy a mejorar mi eficiencia en el ministerio X, de tal punto a tal punto”». Eso tendría muchas ventajas, en primer lugar, nosotros haríamos el ejercicio y obligaría a los funcionarios que están llevando todas esas actividades a reflexionar sobre dónde están, ya que muchas veces me temo que no lo saben; les obligaría a ponerse objetivos que sabrían que iban a ser públicos, también, a lo largo de su gestión, porque al cabo de un año vendría KPMG o vendría una auditoría, y los auditaría. Tendrían una presión extra para dar este paso, que seguramente quieren dar, pero que les cuesta. Igual que le pasaba a la industria química en Canadá en los años setenta.

Creo que sería un buen ejercicio para ESADE. Nos haría reflexionar a todos. Estaríamos entretenidos en la campaña electoral y, después, sin ninguna duda, el ciudadano tendría una ventaja clara y manifiesta. Con eso daríamos un pequeño paso para llevar a nuestro país donde lo queremos tener, como un país competitivo y de enorme eficiencia. Gracias.

Àngel Castiñeira

Muchas gracias a ti, Francisco, no solo por la aportación intelectual, sino también por la propuesta. Va a cerrar el turno de palabras Esther Jiménez- Salinas.



Esther Giménez-Salinas

Muchas gracias. Una previa y dos cuestiones. La previa es que, como hemos hablado mucho de educación, yo llevo dos días aprendiendo. No hay nada que me guste más que no conocer lo que se va a decir. Normalmente, en los coloquios, uno ya sabe exactamente la posición de cada quién. Aquí no, y eso me parece que es digno de mención.

Dicho esto, dos cuestiones. Paco Longo ha definido la función pública con dos adjetivos: densa y uniforme. Yo le añadiría un tercero, que está exactamente en la misma línea, pero que en este país sufre una especial dificultad: reglamentarista. Ya sabéis aquella famosa frase del jurista de «...haced vosotros las leyes, y dejadme a mí los reglamentos». Un defecto enorme es esa capacidad de querer controlarlo todo, entrar hasta el último detalle. Como durante dos años hemos te-

nido el Plan Bolonia arriba y abajo, dejadme simplemente que os diga –no voy a entrar ni mucho menos en el debate–, que Bolonia tiene solo dos hojas donde básicamente viene a decir: universidades no uniformes; universidades no generalistas, sino con especialidad; ampliar la relación sobre todo pública-privada; mayor competitividad, mayor atracción de talento, movilidad entre los diferentes estados que conforman la Unión Europea. Eso es lo que dice Bolonia. Bolonia a la española –no lo digo en sentido crítico– es una reglamentación de unos nuevos planes de estudios, en que unos estarán más a favor y otros en contra, no nos importa, en la que se ha dejado escapar la gran ocasión de hacer la reforma de las universidades en el sistema de gobernanza, en el sistema de planes de estudio, en una serie de cosas, precisamente, por ese control, siempre *pre* y nunca *post*, al menos hasta donde yo lo conozco. Todo lo que había hasta ahora era una



reforma total, siempre *pre*, siempre controlada y ya veremos, porque se ha dicho que si de aquí a cinco años las universidades no cumplen, se van a cerrar, a modificar. Estoy segura de que no va a ser así, porque en la historia de este país –que yo conozca– nunca se han cambiado así las cosas. Es una ocasión perdida en algo muy importante en el campo de la cultura educativa.

Respecto al segundo tema, al que ha planteado Elena, solo dos cuestiones. Habéis hablado y habéis comparado sanidad, primero, y educación, después. Por suerte, nadie ha comparado Administración de Justicia, ya que si se la compara me parece que esta conferencia se va hacia otro lado. En esta línea, y respecto a la fuga de talentos o como lo queráis llamar, hace aproximadamente dos años Boyer hizo unas declaraciones diciendo que habría que pagar más a los altos funcionarios. Casi se lo comen vivo. En todo caso, como ha di-

cho Uriarte, un pequeño apunte. Quienes se van suelen ser los hombres, y las mujeres se quedan porque son segundo salario, etcétera. Con lo cual, una feminización de la función pública tampoco es lo mejor que pueda pasar.

Àngel Castiñeira

Muchas gracias, Esther.

Hemos llegado al final del coloquio. Hago un paréntesis, por si los ponentes desean hacer algún turno de réplica.

Francisco Longo

Yo uno, muy breve. No sé si alguno de ustedes ha leído el Anteproyecto de Ley de Ciencia. Seguro

que algunos sí. Lo digo porque, de hecho, muestra la falta absoluta de sentido común con que, a veces, se regulan determinados servicios públicos. En este caso, pretender que el estatuto funcional pueda servir para acoger la evolución de una profesión como la de investigador es algo que verdaderamente no merece mayores comentarios, teniendo en cuenta, además, que en este caso, aquí, en Cataluña, podemos demostrar, que desde hace diez años tenemos un modelo de investigación que es incomparablemente mejor, de la misma manera que en el País Vasco. Ahora bien, no deja de ser realmente lamentable.

¿Qué es lo que quiero decir con esto? Lo que quiero decir es que detrás de la reflexión sobre la Administración no hay solamente –que lo hay– en el corto plazo la lucha contra el déficit, asunto muy importante, sino que también los poderes públicos, sobre todo los de proximidad, van a tener que combatir en esta lucha contra el déficit, dejándose en los próximos meses trozos de todo lo que tienen, trozos de cerebro, trozos de esfuerzo, trozos de fuerza. Es decir, el panorama va a ser extremadamente duro, especialmente después de mayo, por razones obvias.

Además, nos estamos jugando, con la reforma de la Administración, las políticas públicas centrales de eso que se llama «nuevo modelo económico». Si eso ocurre con la investigación, ¿qué decir de la educación? La inversión en educación, en todos los niveles educativos, es una parte substancial de las inversiones públicas que nos pueden sacar de manera sostenible de la crisis. Si eso no se hace reformando los marcos, los patrones en los que están operando los centros públicos, concertados, las universidades, etcétera, verdaderamente no resolveremos el futuro.

Àngel Castiñeira

Gracias, Paco. Elena.

Elena Pisonero

Solo un apunte. Cuando se hablaba antes de la fiscalidad, efectivamente, cabe decir que no solamente se fugan los capitales, sino que también se fugan los cerebros. El trabajo es mucho más móvil de lo que hemos creído, y los movimientos migratorios no solo afectan a los que adolecen de necesidades económicas, sino también de necesidades de desarrollo profesional, y eso es una pena como país.

Tiendo a pensar, y lo defiendo, estando privatizada ahora, igual que cuando estaba más en política, que el exceso de intervención –como bien ha apuntado Esther– cercena la iniciativa. Lo que necesitamos es más iniciativa, recuperar ese espacio en el que somos capaces de desarrollar nuestro potencial, y ayudar a los políticos y a la Administración a despolitizarlo, en el sentido en que seamos como sociedad –y ahí están los deberes que comentaba Belil, de esa empresa tan maravillosa que es Siemens, donde empecé mi vida profesional–, capaces de poner una agenda en la que prioricemos o ayudemos a priorizar, y que no pidamos a la Administración que nos lo haga absolutamente todo, hasta parques de recreo infantiles los domingos por la mañana. Me parece, de verdad, una barbaridad.

Tenemos que pedir menos a la Administración, sobre todo, cosas que son superficiales, y ser capaces de atender las necesidades sin prejuicio de cuál es la fórmula más eficiente para hacerlo. La educación y la sanidad, inicialmente, eran asunto de la iniciativa privada. Opino que tenemos que repensarlo todo, pero haciendo marcos de regulación que sean sofisticados, a la altura de las necesidades, en lugar de intentar atajar haciéndolo uno mismo, cosa que creo es un error.

Àngel Castiñeira

Muchas gracias, Elena.



CLAUSURA



Eugenia Bieto

Carlos Losada me ha dejado el listón muy alto en todo lo que me toca dirigir desde el pasado uno de septiembre. En el momento de hacer el resumen de estas jornadas también me ha dejado el listón muy alto, y no sé si podré hacerlo como él lo hacía. De todas formas, lo voy a intentar en el marco de una tarde y una mañana que han sido extraordinariamente ricas. Con unas aportaciones tanto de los ponentes como de las intervenciones que se han ofrecido después que son difíciles de recoger en un cierto esquema. Por otro lado, como ya planteó ayer Adolf Todó, no estaría nada mal que de estas jornadas salieran –a mí no me gustaría hablar de manifiesto, porque quizás es una palabra demasiado fuerte–, una serie de propuestas que podrían ser muy útiles.

En primer lugar, voy a hacer un resumen. En las diferentes intervenciones ha quedado patente que

estamos ante un nuevo escenario. Un nuevo escenario configurado por diferentes variables. En primer lugar, una transferencia de poder económico a nuevos países emergentes o reemergentes –como decía Javier Solana– y a nuevos agentes sociales, es decir, a nuevos grupos que empiezan a tener grandes cosas por decir y por decidir respecto a muchos aspectos. Estos nuevos países emergentes, además, están aumentando mucho la demanda; están creando, por tanto, un nuevo equilibrio de mercado mundial. Este sería el primer elemento: una transferencia de poder económico.

Un segundo elemento sería una crisis financiera, que se definió como global, compleja, no predecida con el suficiente tiempo y que no llevó –ayer se comentó– a una situación más grave de presión por una intervención rápida del Estado en los primeros momentos. Una crisis de la que se está saliendo muy despacio y de la que se tiene la sensación

de que se ha sabido administrar, pero de la qual no se sabe salir. Esta crisis muestra su cara más dura en las altas tasas de desempleo, especialmente en nuestro país.

El tercer punto: una Unión Europea que ha ido perdiendo peso, económico y también en su modelo de sociedad. Una Unión Europea que había gozado de protagonismo por una economía productiva basada en unos factores que la hacían competitiva y que ahora han desaparecido porque se han trasladado a nuevos ejes económicos, y que no ha sabido afrontar las reformas estructurales necesarias que se hubieran tenido que abordar hace ya quizás una década. De ahí que, por tanto, haya ido perdiendo el tren en elementos –especialmente en España– tan fundamentales e importantes como la educación, la innovación y la investigación. Y eso se ha recalcado muchas veces: si España, y Europa también, pero especialmente España, ha de recuperar un cierto protagonismo, la única vía es la educación, es la innovación.

Estos elementos serían los que configurarían más o menos el escenario. Ante él, se hablaba, con una expresión que creo que es muy gráfica, de la necesidad de pasar del *think tank* al *action tank*, y proponer ya medidas muy concretas. Este escenario requería dos cosas: por un lado, un conjunto de reformas y, por otro, un ejercicio de liderazgos a todos los niveles: político, empresarial y social. Liderazgos fuertes con proyectos y, sobre todo, con visiones a largo plazo. Yo añadiría, con la capacidad de combinar unas acciones a corto plazo, que son las que hacen falta para solucionar problemas que ya están aquí y ante los cuales, por tanto, no podemos esperar demasiado, con esta capacidad y esta valentía de abordar grandes reformas cuyos resultados veremos a largo plazo.

Las reformas. ¿Las reformas, por qué se hacen? Las reformas se plantean, y ahora voy a bajar al nivel de España, para que España recupere sus niveles de competitividad. En el último informe de

competitividad, que salió hace escasas semanas, del World Economic Forum, España ha perdido nueve posiciones. Ha pasado de la posición 33 a la 42. Esto es grave, porque ya estábamos muy abajo, es decir, por debajo de España ahora están Lituania, la República Checa, Polonia y Portugal. No nos gusta la tendencia de ir perdiendo posiciones y, además, si uno mira alguna de las variables que configuran este índice, a pesar de que podamos discutir algunas metodologías, si uno analiza estas tendencias, nos damos cuenta de que, por ejemplo, en el nivel de formación en matemáticas y ciencia tenemos la posición número cien. Creo que es algo que hemos de empezar a cambiar.

Por tanto, ya que España tiene que recuperar sus niveles de competitividad, ha de abordar una serie de reformas. De las reformas que se han planteado aquí – intentando resumir todo lo que se ha dicho, aunque seguro que me dejo un gran número de aportaciones– está, por un lado, la reforma fiscal. Un replanteamiento del modelo global, mirando un poco los modelos que existen en otros países, y actuando en tres frentes: actuando en los ingresos, actuando en la lucha contra el fraude, contra los espacios opacos; y actuando en la manera en cómo se gastan dichos ingresos.

Está también toda la cuestión de la reforma laboral y la reforma de las pensiones. Las tendencias demográficas nos dicen que en el año 2040 la población de más de sesenta años se habrá doblado, y que, por tanto, habrá aumentado muchísimo la población pasiva que necesita recibir una pensión. A su vez, habrá disminuido paralelamente la población activa, que no se verá compensada por una tasa de inmigración como la que hemos tenido los últimos años, en principio, por que también se ha apuntado la dificultad de hacer previsiones tan a largo plazo. A ello se añade, por supuesto, que el número de nacimientos por persona es de los más bajos. Por tanto, la reforma de las pensiones viene muy condicionada por esta necesidad, por este escenario complicado. También se apela a la nece-

sidad de reforzar el sistema privado de pensiones, en complementariedad con un sistema público.

La reforma de la educación ha estado latente a lo largo de los dos días y ha ido saliendo de vez en cuando. Se ha dicho que quizás estamos bien en sanidad, que estamos bien en determinados aspectos de nuestra economía del bienestar, pero no así en educación. El nivel de fracaso escolar es muy alto. No ha habido una línea clara de reforma educativa que fuera manteniéndose a lo largo de los años y de los gobiernos. Se ha llegado a una falta de excelencia, cuando en estos momentos tendríamos que estar apostando por una educación óptima a todos los niveles, especialmente la universitaria. Se muestra un escaso respeto por la figura del profesor. Hay una escasa capacidad global de investigación en nuestro país. Esto implica hacer una reforma global, en cuestiones de gobernanza, en asuntos de financiación, y abordar el tema del copago.

Pensemos que el coste de un estudiante universitario no baja de los 12.000 euros al año. Antes se hablaba de lo que costaba el cambiar una cadera, que era 9.000 euros, pero el coste de un año universitario no baja de 12.000 euros. Si hablamos de universidades científicas, donde hay laboratorios de investigación, etcétera, seguramente estamos yendo a valores mucho más altos. Los estudiantes universitarios están pagando 1.000 euros, 1.200 euros, 500 euros, depende, en la universidad pública. No pensemos tanto en el universitario que acaba sus estudios que, al final, puede ser planteable que sea el Estado quien deba financiar esto, pensemos en los que abandonan la universidad. Pensemos en aquellos universitarios que después de tres años, cuatro años de trabajar más bien poco, de estudiar más bien poco, de esforzarse poco, han costado al país 40 ó 50.000 euros que no va a recuperar. Ni en dinero, ni en capacidad, ni en formación, ni en preparación. Por tanto, querría ampliar un poco esta información respecto al copago.

Evidentemente, también se ha dicho que esto debe ir acompañado por una reforma y una apuesta muy valiente y muy decidida por un sistema de becas que esté pensado para dar acceso a la universidad a todas aquellas personas con talento y que no tienen capacidad económica.

Se ha hablado también de una llamada a un cambio de cultura, una llamada a la corresponsabilidad del ciudadano, que no puede dejar en manos del Estado la solución de las posibles contingencias que se pueden ir presentando a lo largo de su vida. El Estado, por supuesto, ha de llegar allá donde determinados colectivos de ciudadanos no pueden llegar, por los motivos que sea. Pero hay una llamada a la corresponsabilidad de los ciudadanos, es decir, a que los ciudadanos sean corresponsables de su futuro, juntamente con el Estado. De ahí, se ha recuperado el concepto de la economía social de mercado.

Por último, la reforma de la Administración pública. Este ha sido el último punto del que se ha hablado, y resumiendo mucho los tres o cuatro puntos que se han abordado, se plantea una mayor profesionalización, se piden políticas que permitan retener el talento directivo, se ha insistido mucho en la necesidad de construir buenas estructuras directivas, buenos directivos, formados, motivados, que puedan tomar sus decisiones. Se ha pedido también la modernización de la Administración pública y, finalmente, la colaboración del sector público y privado.

Insisto, creo que me dejo muchas cosas y estoy segura de que el *president* Pujol las completará todas ellas.

Jordi Pujol

No, yo no las completaré, porque es muy tarde, y simplemente me limitaré a hacer un pequeño comentario sobre la sesión de hoy.



En primer lugar, creo que todos podemos congratularnos, felicitarnos, porque esta sesión, la de hoy y la de ayer, han funcionado bien, han sido muy interesantes y, por tanto, merecemos esta auto-felicitación. En todo caso, personalmente quería agradecer las aportaciones que se han hecho, que han sido realmente de gran calidad, y se han hecho muy buenos análisis. Y hoy, por ejemplo, hoy concretamente, se han hecho sobre unos temas extremadamente difíciles y delicados: el Estado del Bienestar y la Administración pública. Han sido muy buenos análisis.

Ahora, claro, lo que falta saber es *qui posa l'esquellerinc al gat*, quién pone el cascabel al gato, esa es la cuestión. Y, bueno, el cascabel al gato lo tienen que poner los políticos. Lo digo porque se pueden admitir todas las críticas que se les hagan, que no lo hacen bien, que tal, todo lo que quieran, pero si no hay políticos para poner el cascabel al

gato, lo demás, finalmente, queda en agua de borrajas. No exactamente en agua de borrajas, porque va cambiando la mentalidad, va actuando sobre el cuerpo social, sobre la mentalidad de la gente, etcétera, pero, de todas formas, ¿alguien está dispuesto a asumir la responsabilidad? ¿Quién está dispuesto a asumir la responsabilidad de tomar determinadas decisiones? Pues los políticos.

De ahí que yo, ayer, saliera un poco en defensa de los políticos cuando se les hizo algunas –justificadas, por otra parte– críticas. Pero todo esto que hemos dicho, que han dicho ustedes muy bien, y que a mí personalmente me ha enriquecido mucho, ¿quién tiene que ponerlo en práctica? Pues bien, la política.

También es cierto que, sobre todo, el caso concreto de la Administración pública es muy difícil. Les voy a contar dos pequeñas anécdotas, aunque sea

robándoles un minuto más, que tienen gracia. Yo conocí a una persona que fue ministro del Gobierno francés, un catalán del Rosellón, de Elna, que se llamaba Cabana. Ellos decían Cabaná, pero era Cabana. Le hicieron ministro de la Función Pública. Un día que estaba yo en París, le felicité, hablábamos catalán, por cierto, él y yo, y me dijo: «Oiga, no me felicite porque esto es un mal asunto, esto es un mal cargo, un regalo envenenado. Le voy a contar –me dijo–. En épocas de la Tercera República, o sea, en épocas de antes de la Segunda Guerra Mundial, hubo un primer ministro que –en una reunión de expertos y sobre todo de políticos– dijo “vamos a hacer esto” y dijo lo siguiente: “*La question de la fonction publique est sur la table et elle y restera*”, El problema está encima de la mesa, y ahí va a estar, ahí va a seguir. Esto era antes del año 39, y él me lo contaba en los años setenta.

Otra anécdota, también curiosa, también francesa, y que conste que Francia tiene fama de tener una Administración bastante mejor que la nuestra. Recuerdo que una vez recibí un texto que Michel Rocard, que entonces era el primer ministro, envió a una serie de gente –yo tenía una cierta relación con él, y me lo envió también a mí–. Era una circular que había enviado a muchos funcionarios respecto a lo que quería reformar de la Administración pública. Al cabo de un tiempo, le vi, y me dijo: «Mire usted, todo aquello...» –le felicito a usted, le envié una carta, estaba muy bien– «mire usted, nada; aquello lo dejé porque yo ya tengo suficientes...» –y es un hombre honesto, Rocard era un político honesto y valiente, tan valiente que se atrevió con la reforma de la función pública y allí se quebró los huesos–, «lo he abandonado, ya me he gastado mucho en esto, lo dejo».

Por tanto, este es un asunto difícil, lo que no quiere decir que no tengamos que insistir, porque, además, si no la reformamos, no saldremos del atasco en una serie de aspectos. Ahí, de todas formas, convendría mucho luchar contra dos co-

sas: una son los egoísmos –comprensibles por otra parte–. Es decir, cuando Rocard, que era un hombre imprudente, digo imprudente en el sentido positivo de la palabra, les decía a los funcionarios: «Oigan ustedes, en esta negociación colectiva sobre el aumento de sueldo tenéis que ser un poco menos exigentes que otros sectores trabajadores, porque, claro, ustedes tienen una ventaja, tienen el empleo fijo, y ahora...» –era una época de crisis en Francia, con mucho paro, etcétera,– «...tienen esta ventaja, y ustedes tienen que calibrarla». La respuesta fue tremenda, tan tremenda que esto y algunos otros temas que imprudentemente Rocard, que era y es un hombre generoso, un hombre que cree en la fuerza de las ideas, etcétera, tuvo que retirarse por el foro.

Esto no significa que no tengamos que trabajar en esto de todas formas, pero tiene que haber una cierta colaboración. ¿Por qué Cataluña ha funcionado bien en la sanidad? Porque ha habido menos ideología, y eso ha permitido una complicidad. Permitted y sigue permitiendo hoy una complicidad relativamente importante entre Convergència i Unió y el Partido Socialista, y también de sectores procedentes, ya en su momento, del PSUC. Hubo en esto menos ideología, más valoración de las realidades concretas, un trato más abierto y, sobre todo, menos ideologizado. ¿Por qué ha fracasado o hemos fracasado? No totalmente, porque nuestra enseñanza tampoco es tan mala como se dice, también aquí hay un poco de exageración. ¿Por qué? Yo puedo decirlo mejor que nadie, porque he sido veintitrés años presidente: hemos fracasado en la enseñanza, o por lo menos hasta cierto punto, porque ha habido mucha ideología, muchísima ideología, y una ideología yo diría que muy *démodé* muchas veces. En fin, no soy nadie para juzgarlo, pero ha habido mucha ideología. Entonces, no ha habido manera.

También se ha introducido aquella idea de que ante cualquier dificultad, aparte de la respuesta ideológica, hay que interponer el «más dinero, más



dinero, más dinero». Pues no. Llega un momento en el que para arreglar las cosas no se necesita más dinero, ya que sí se invierte sin condiciones y sin saber a qué se dedica, qué objetivo tiene y cómo se reparte, la frase “más dinero” pasa a significar que iremos a peor. No se trata de más dinero, sino de hacer mejor las cosas.

Ayer se dijo: «Los maestros finlandeses no cobran más que los maestros españoles». Y sin embargo dicen: «Eso de Finlandia, ¡qué maravilla!» ¿Por qué? Porque las cuestiones ideológicas están más controladas, porque son serios, porque hay menos demagogia y porque hay un sentido de la responsabilidad más difuso y más intenso también. Bien es verdad que esto no se resuelve ni en un día ni en dos, ni se resuelve aquí, ni se resuelve en la política, sino que se resuelve, entre otras cosas, en la escuela. Por cierto, y ahí sí que hay un problema: muchas veces los planteamientos que se hacen en

la escuela no son para introducir seriedad en la sociedad, sino para introducir un poco de –¿cómo diría yo?– de «alegría» y de poco esfuerzo.

En cuanto a la función pública, que es especialmente complicada, más que otros, si es posible, habría que tenerla en cuenta. En fin, en todo caso, lo que sí es cierto, es que en cuanto al Estado del Bienestar y la función pública, y evidentemente también con respecto al encaje de España en el mundo, de Europa, de si somos o no somos decaedentes, etcétera, vivimos un momento trascendente, distinto de los demás.

Me permito afirmar, y espero que lo sepa decir de una forma que resulte asumible para todo el mundo, que la huelga de mañana no es como las que ha habido hasta ahora. Es una huelga distinta. Les voy a poner un ejemplo que marca una diferencia. Rodríguez Zapatero, del que mucha gente tiene la

opinión –y yo, personalmente, y espero que no molesté a nadie, me sumo a ella– que no tiene la potencia que, por ejemplo, podrían haber tenido Felipe González o el propio Aznar, cada uno a su manera –no tiene ni ha tenido la coherencia que aquella gente tenía-, sin embargo, es un interlocutor, en un cierto sentido, más difícil para los sindicatos de lo que pudieron serlo Aznar o González. En realidad, los sindicatos ganaron las huelgas contra Felipe González y contra Aznar, y no van a poder ganar la de mañana. A lo mejor la huelga resulta un éxito, pero no van a poder ganarla. ¿Por qué? Porque tienen que tener en cuenta que Rodríguez Zapatero solo es el mascarón de proa. Los sindicatos, mañana, no se enfrentan a Rodríguez Zapatero. Ya he dicho antes que en España ya no manda Rodríguez Zapatero, ni manda la señora Salgado, y eso no lo digo en tono digamos crítico ni, por así decirlo, satírico, no. Es que es la realidad y además una suerte. Es una suerte para ellos también, porque difícilmente podrían tomar según qué decisiones si no fuese porque dicen: «Miren, es que nos manda la circunstancia, la crisis, etcétera, y me lo mandan desde fuera».

Mañana, pasado mañana, los periódicos pueden traer dos noticias. Una: «¡La huelga ha sido un éxito!» O no lo ha sido. Pero podría ser, Dios no quiera, que trajeran otra variación. «¡La Unión Europea se ve obligada a intervenir Irlanda!» Podría suceder, porque en estos días precisamente, lo de Irlanda está en una situación tremendamente crítica. Incluso podría añadir una tercera noticia, que si hubiera alguien con ganas, por así decirlo, de dañar a España la haría salir: «Y además Moody's está estudiando la rebaja de la cualificación española». Entonces, estas dos noticias, Irlanda y Moody's, por así decirlo, cambiarían totalmente lo que pueda ser, sea lo que sea, éxito o no éxito, el sentido de la huelga. Es otra huelga. Esto no pasaba en la época de Aznar, ni pasaba en la época de Felipe González; no por Aznar o por Felipe González, sino porque la situación es distinta, es radicalmente distinta. Vivimos un momento de gran trascendencia, en que todos nos vemos obligados a enfrentarnos con ciertos problemas, y

vamos a ver si somos capaces de enfrentarnos con capacidad resolutoria positiva. En todo caso, en cierto sentido, lo mismo da. Si no lo resolvemos nosotros iremos mal. En el mejor de los casos puede ser que intervengan más los de fuera, y que nos lo resuelvan. Pero, en fin, eso es un cambio, no se puede seguir diciendo: «Bueno sí, un poco más...» No. Esto es un cambio radical, profundo.

El incremento de la Administración pública, en buena parte, se ha hecho debido a los ayuntamientos, y es verdad, a las comunidades autónomas, y es verdad, unas más que otras, pero ahora, quiero recordar una cosa. Hay una serie de ministerios en Madrid, que según los estatutos de autonomía y la transferencia de competencia que significan, no debieran existir. Podría existir una secretaría general, pero no debieran existir. Y no solamente existen, sino que han incrementado su personal. Siempre que se habla de esto, los unos a veces de una forma explícita y los otros dejándolo entender, o los de más allá diciéndolo de una forma que alguien pueda interpretarlo de esta manera, dicen: «Todo eso es culpa de las autonomías». Alguna parte de culpa tienen, también los ayuntamientos, pero no toda.

Para terminar. Todo esto que hemos estado diciendo, toda esta crisis, puede ayudarnos a recapacitar. Es decir, hay un enfermo, que en sentido figurado podemos decir que es España, que era un nuevo rico. Había ido siempre justito y, de repente, se convierte en rico y se compra un Ferrari. Claro, no solamente porque tiene ilusión, sino porque tiene que deslumbrar al vecino de enfrente que antes era más rico que él. Pero, ese hombre, que durante treinta años conduciendo no había tenido nunca un accidente, ahora, con el Ferrari, lo tiene. Y ahora el personaje éste está en el hospital. Como es un personaje vigoroso –España es un país vigoroso– saldrá de ésta, pero tendrá que hacerlo teniendo en cuenta esta lección.

Todo eso no va a ser nada fácil, ni para el Estado en general ni para Cataluña. En Cataluña, en

concreto, va a ser especialmente difícil porque tenemos una superposición de crisis. Una crisis económica en general y una crisis política, una crisis nacional, una crisis en estos momentos de una relación no fácil, sino difícil, más difícil de lo que habitualmente ha sido entre Cataluña y España. Hay, por lo menos, un cierto desconcierto. Pero, en fin, no pasa únicamente aquí, sino en todas partes, y se va a superar. Y volvemos al papel de los políticos. Se va a superar por muchas cosas: reuniones como esta, con la actuación que tengan los medios de comunicación, con la reflexión en el mundo intelectual, con la educación en valores que se haga desde la escuela, por muchas cosas; pero, además, con una acción de gobierno.

Va a ser una acción de gobierno difícil, porque no tendrá dinero, tendrá poco, y, por lo tanto, tendrá que ser una acción sobre cosas concretas, pero, además, tendrá que ser una acción de discurso, aquello que se dice de que «hechos no palabras, palabras y hechos». Las dos cosas. Palabras también, discurso también, es decir, que sea capaz de hacer entender que el enfermo está en la UVI, pero que es un enfermo vigoroso, que puede salir y saldrá, un discurso que transmita esta idea, valiente, honesto, un discurso de proximidad, acompañado de lo que se pueda hacer, evidentemente acompañado de todo lo que se pueda hacer. Es más, un discurso de carácter también ético, de carácter moral, de carácter de valores, de carácter de confianza, para recurrir a lo que puedan ser nuestras fuerzas profundas.

Nada más. Muchas gracias y perdonen, porque me he alargado muchísimo. Aunque esto de alargarse ha sido un mal general. Me disculpo a medias.

Àngel Castiñeira

Muchas gracias a todos.

Lista de asistentes

Antoni Abad, CECOT
Salvador Alemany, Abertis
Jordi Bagó, Grup SERHS
Alfredo Bassal, Esteve Nuevas Inversiones
Lluís Bassets, El País
Francisco Belil, Siemens
Rafael Bengoa, Gobierno Vasco
Eugènia Bieto, ESADE
Joaquim Boixareu, Irestal
Jordi Botifoll, Cisco Systems
Xavier Brossa, PricewaterhouseCoopers
Xavier Cambra, FemCAT
Carles Capdevila, ARA
Ton Capella, Telstar
Artur Carulla, Agrolimen
Antoni Castells, Generalitat de Catalunya
Joan Coseubiela, ESADE
Emili Cuatrecasas, Cuatrecasas
Sol Daurella, COBEGA
Albert Esteve, Grup Esteve
Llorenç Fluxà, Camper
Joan Font, Grup Bon Preu
Pedro Fontana, Fundació ESADE
Antonio Garrigues Walker, Garrigues Abogados y Asesores Tributarios
David Garrofé, CECOT
Josep Gassó, Fundació Catalana de l'Esplai
Esther Giménez-Salinas, Universitat Ramon Llull
Felipe González, Fundación Progreso Global
Helena Guardans, Sellbytel
Oriol Guixà, La Farga Group
Enrique Iglesias, Secretarí General Iberoamericana
Daniel Innerarity, Universidad del País Vasco
Ramón Jáuregui, Parlamento Europeo
Enric Juliana, La Vanguardia
Marta Lacambra, CatalunyaCaixa
Juan José López Burniol, Fundació ESADE
Joan Majó, Baolab Microsystems
Iván Martín, The Boston Consulting Group
Jaume Masana, CatalunyaCaixa
Josep Mateu, RACC
Juan José Millás, El País
Rafael Nadal, periodista
Javier Nieto, Santa & Cole
Josep Oliu, Banc Sabadell
Ramon Paredes, SEAT
Manel Pérez, La Vanguardia
Josep Piqué, PangeaXXI Consultora Internacional
Elena Pisonero, KPMG
Antonio Pont, Grup Borges
Andreu Puig, Ayuntamiento de Barcelona
Felip Puig, Convergència Democràtica de Catalunya
Jordi Pujol, Càtedra LiderazgoS y Gobernanza Democràtica
Josep M. Pujol, Ficosa International
Manuel Raventós, Raventós i Blanc
Eugenio Recio, ESADE
Lluís Recoder, Ayuntamiento de Sant Cugat del Vallès
Maria Reig, Reig Capital
Pere Rifà, ESADE Creàpolis
Joan Rigol, Fundació ESADE
Miquel Roca, Roca Junyent Advocats Associats
Valentí Roqueta, Roqueta Origen
Manel Rosell, Fundació Caixa Manresa
Màrius Rubiralta, Secretarí General de Universidades
Albert Sáez, El Periódico
Francesc Santacana, Pla Estratègic Metropolità de Barcelona
Javier Santiso, ESADE
Javier Solana, Fundació ESADE
Joan Manuel Soler, Quadris
Joaquín Tagar, Fundación Progreso Global
Adolf Todó, CatalunyaCaixa
Xavier Torra, Simon Holding
Joan Uriach, Fundació Uriach 1838
Pedro Luís Uriarte, Innobasque
Jordi Valls, Autoritat Portuària de Barcelona
Xavier Vidal-Folch, El País
Jordi William Carnes, Ayuntamiento de Barcelona

Equipo académico

Àngel Castiñeira

José M. de la Villa

Francisco Longo

Enrique López Viguria

Carlos Losada

Josep M. Lozano

Thomas Maak

Pau Mas

Manel Peiró

Marcel Planellas

Raimon Ribera

Alfons Sauquet

Ricard Serlavós

Albert Serra

Colección Cuadernos de Liderazgo

- nº1. GARRIGUES, Antonio; PUJOL, Jordi y GONZÁLEZ, Felipe, (2005); *Europa: la necesidad de nuevos liderazgos*, Barcelona: ESADE.
- nº2. INNERARITY, Daniel (2006), *El poder cooperativo: otra forma de gobernar*, Barcelona: ESADE.
- nº3. VARIOS AUTORES (2006), *Los retos del liderazgo hoy*, Barcelona: ESADE.
- nº4. PIO, Edwina (2006), *Management Gurus: An Indian Soundtrack on Leadership and Spirituality*, Barcelona: ESADE.
- nº5. LOWNEY, Christopher (2006), *What 21st Century leaders can learn from 16th century jesuits*, Barcelona: ESADE.
- nº6. JENSEN, Michael C. (2007), *A New Model of Leadership*, Barcelona: ESADE.
- nº7. MAS-COLELL, Andreu (2007), *Lideratge i recerca a Catalunya: necessitats i possibilitats estratègiques*, Barcelona: ESADE.
- nº8. PUJOL, Jordi (2007), *Pensar el Lideratge. Què significa ser líder?*, Barcelona: ESADE.
- nº9. BRUFAU, Antoni (2007), *Pensar el Lideratge. Lideratge i Globalització*, Barcelona: ESADE.
- nº10. EABIS (2006), *Cualidades del liderazgo y competencias de gestión para la responsabilidad de la empresa*, Barcelona: ESADE.
- nº11. OLIU, Josep (2007), *Moments de Lideratge. La sortida a borsa del Banc de Sabadell*, Barcelona: ESADE.
- nº12. OLLÉ, Ramon (2007), *Moments de Lideratge. Liderar el canvi en un entorn multinacional i multicultural: el cas EPSON*, Barcelona: ESADE.
- nº13. TERRIBAS, Mònica (2008), *Els lideratges intangibles de l'era mediàtica*, Barcelona: ESADE.
- nº14. CASTIÑEIRA, Àngel; LOZANO, Josep M. (2008), *Pensar el Liderazgo. El valor de los liderazgos*, Barcelona: ESADE.
- nº15. VARIOS AUTORES (2007), *Liderazgos clave en las sociedades avanzadas. Una reflexión desde Cataluña y España*, Barcelona: ESADE.
- nº16. SAUQUET, Alfons (2008), *Pensar el Liderazgo. Organizar y liderar: el qué, el cómo y el cuándo*, Barcelona: ESADE.
- nº17. AGUILAR, Luis F. (2008), *Gobernanza: normalización conceptual y nuevas cuestiones*, Barcelona: ESADE.

- nº18. IMAZ, Josu J. (2009), *Pensar el Liderazgo. Liderazgo político y liderazgo empresarial*, Barcelona: ESADE.
- nº19. MARTÍN MARURI, Ignacio (2009), *Liderazgo adaptativo y autoridad*, Barcelona: ESADE.
- nº20. GOMÁ, Javier (2009), *Ejemplo y carisma*, Barcelona: ESADE.
- nº21. VARIOS AUTORES (2009), *Liderazgos clave en las sociedades avanzadas. ¿Políticos sin ideas, intelectuales sin poder?*, Barcelona: ESADE.
- nº22. TODÓ, Adolf (2009), *Pensar el Lideratge. El lideratge en temps de canvis*, Barcelona: ESADE.
- nº23. JULIANA, Enric; PUJOL, Jordi; VALLESPÍN, Fernando (2010), *La deriva de España y Cataluña*, Barcelona: ESADE.
- nº24. BOTIFOLL, Jordi (2010), *Momentos de Liderazgo. La evolución del liderazgo en la era internet del siglo XXI*, Barcelona: ESADE.
- nº25 VARIOS AUTORES (2010), *Empresa y liderazgo: ¿Qué liderazgos empresariales necesita nuestro país?*, Barcelona: ESADE.
- nº26 SOLANA, Javier (2010), *Pensar el Liderazgo. Liderazgo y Gobernanza en la nueva estructura de la Unión Europea*, Barcelona: ESADE.
- nº27. MAS, Artur (2010), *Moments de Lideratge. Liderar un projecte de país en temps de relleu i canvis*, Barcelona: ESADE.
- nº28. SERLAVÓS, Ricard (2010), *Pensar el Liderazgo. Las competencias en el ejercicio efectivo del liderazgo*, Barcelona: ESADE.
- nº29. ZAFRA, Manuel (2010), *El liderazgo en el ámbito público local*, Barcelona: ESADE.
- nº30. SEVILLA, Jordi; MARINA, José Antonio (2010), *Ética pública y valores para la gobernanza*, Barcelona: ESADE.
- nº31. LOSADA, Carlos (2010), *Pensar el Liderazgo. El entorno cotidiano donde se ejerce el liderazgo*, Barcelona: ESADE.
- nº32. VALLESPÍN, Fernando (2010). *Las consecuencias políticas y sociales de la crisis económica*, Barcelona: ESADE.
- nº33. VARIOS AUTORES (2011), *Liderazgos clave en las sociedades avanzadas. El liderazgo en tiempos de crisis*, Barcelona: ESADE

abertis

Agrollmen

gasNatural
fenosa

Worlepar Group

IZASA

QUADIS

ESADE
Business School

Executive Education